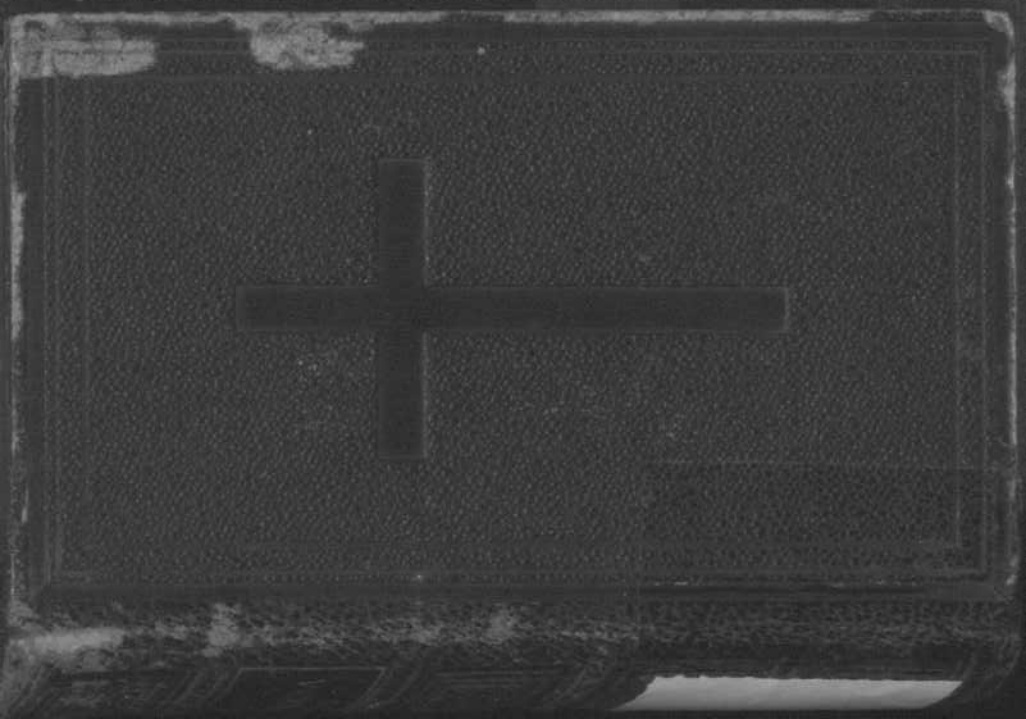

RUEDA Y VUELVE
Ex-Libris
CARLOS DE MOLINS DE MÁS

Librería n.º .....

Tabla .....

N.º .....

CB 1135875

T. 109061

VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESUS

Santa Teresa

VIDA

DE

SANTA TERESA

DE JESUS

VÍRGEN Y FUNDADORA

COMPUESTA CON FRAGMENTOS

DE LA VIDA ESCRITA POR ELLA MISMA

Y DE VARIOS AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Y POSTERIORES

por

D. GERÁSIMO SENDRA

presbitero

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1883

R. 86546

Al R°. Sr. D. PABLO RECOLONS, Presbítero,

Prior de la Casa de Misericordia, en Barcelona.

REVERENDO SEÑOR Y QUERIDO AMIGO,

Desde muchos años estaba yo deseando hallar una ocasion propicia para dar á Vd. un testimonio público de la amistad que siempre me ha profesado, y de los favores sin número que de su acendrada caridad tengo recibidos. Me parece hallarla hoy, y con sumo gusto la aprovecho, dedicando esta obrita al mejor amigo y más constante bienhechor que en la tierra me ha deparado el cielo. Siento no poder ofrecer á Vd. una prueba más digna de la gratitud que le debo.

Permítame Vd., sin embargo, to-

marme la reverente libertad de ofrecérsela con la esperanza de que Vd. se dignará acoger con su acostumbrada bondad esta ligera muestra de los sentimientos que por Vd. abriga el corazon de su muy agradecido y adicto Capellan, amigo y servidor

Q. S. M. B.,

Gerásimo Sendra, Presbítero.

PROLOGO

« *Los libros de piedad, dice san* » *Agustin, son como unas cartas que* » *nos vienen de la patria celestial.* » *Son, pues, avisos é instrucciones del cielo; y esto nos dice de un modo suficiente el aprecio que se merecen, la veneracion con que han de recibirse, la aficion con que es menester leerlos, y el provecho que de ellos debemos sacar.*

Ademas, « *somos hijos de los san-* » *tos,* » *dice el Apóstol; y, bajo este supuesto, nos incumbe una estrecha obligacion de procurar parecernos á ellos, hasta que lleguemos á ser vivas*

copias de nuestros padres en la fe. De otro modo, seriamos hijos degenerados é indignos de llevar el glorioso nombre de cristianos, si no nos esmeráramos en seguir sus huellas y adquirir sus virtudes. Para ello es preciso hacer un estudio particular de la vida que llevaron, del camino que siguieron, de las virtudes que practicaron, y de los ejemplos que dieron y nos dejaron. Esto es lo que se llama la ciencia de los santos, *la primera, la más esencial de todas y la más digna de la atencion y de la ambicion de todo verdadero cristiano, como que de ella depende su futura y eterna felicidad. Con esta ciencia podemos prescindir de todas las ciencias humanas, y sin ella de poco ó nada han de servirnos todas las demas. Pues, en*

las vidas de los santos van consignados sus ejemplos y virtudes, y por lo mismo importa sobre manera cobrar mucha aficion á leerlas para edificarse, instruirse y alentarse á trabajar en ser lo que fueron ellos, si queremos hacernos acreedores del mismo galardon que recibieron ellos.

Así obran las almas piadosas, que ansian por adelantar en el camino de la gloria para que fueron criadas; y, animadas de este celo cristiano, acogen con loable contento toda nueva obra, que pueda servir de pábulo á su devocion, de guía en el ejercicio y la práctica de la virtud y fortificarlas en la ciencia de los santos. Con este intento las ofrecemos hoy el presente librito; no porque no haya ya más de una Vida *de santa Teresa,*

sino porque, con motivo del tercer centenario de su dichosa muerte, que en el presente año se celebra, se complacerá todo Español en ver reunidos en un corto número de páginas los principales y memorables hechos de nuestra ilustre paisana, que es, no sólo la gloria de nuestra patria, sino tambien uno de los más resplandecientes luceros y ricos florones de la Iglesia.

Ardua tarea es, lo confieso, escribir la vida de una santa, que fué la maravilla del siglo XVI; *que Dios suscitó para dar tanto lustre á la Órden de Nuestra Señora del Cármen; cuyas obras, méritos y virtudes darian materia más que suficiente para llenar muchos y voluminosos libros; una vida, por fin, que bajo cualquier*

punto de vista ofrece el más vivo y palpitante interes. « *Para escribir* » *dignamente la vida de santa Teresa,* » *dice el piadoso P. Giry, no deberia* » *emplearse la pluma de un hombre* » *mortal, sino más bien la punta de* » *aquella saeta celestial, con que la* » *traspasó el corazon un ángel, y lo* » *encendió con las más ardorosas* » *llamas del amor divino. Seria me-* » *nester estar penetrado del mismo* » *espíritu de que estaba penetrada* » *ella, ya en sus coloquios con Dios,* » *ya en la fundacion de sus varios* » *monasterios, ya al componer sus* » *excelentes libros, que á todas las* » *almas piadosas dejan pasmadas.* » *Lo cierto es que, si se considera la eleccion que hizo Dios de ella, como*

una mision tan elevada; las tribulaciones por que tuvo que pasar ella para llevar á cabo aquella obra gigantesca, pero que, guiada por la mano del Señor, tuvo la dicha de desempeñar con tan feliz éxito; las visiones con que la favoreció y recreó su amantísimo celestial Esposo; su práctica de las más heroicas virtudes cristianas, dignas de ser propuestas por dechado á todas las generaciones venideras, no podrá dejarse de confesar que la vida de una santa tan extraordinaria encierra un conjunto de cosas y hechos estupendos, que no es fácil contar, y no ménos difícil hallar en las vidas de otros muchos siervos del Señor. Todas estas consideraciones merecen llamar la atencion del público ilustrado y piadoso sobre una

vida en que resplandecen tantos títulos de recomendacion como unos primorosos bordados de oro en un rico paño de seda, ó como unas brillantes estrellas blancas en el cerúleo firmamento del cielo.

Sin embargo, merced á la Vida *que de sí misma escribió la Santa por mandato de su Confesor, algunos años ántes de salir de este mundo, mucho ha disminuido la dificultad del historiador en esta parte, aunque no haya desaparecido por completo. La historia, que de su vida nos dejó santa Teresa, no abraza más que algunos años de su existencia en la tierra, es decir, desde el dia de su nacimiento hasta la época de la reforma de su Órden; por consiguiente no pudo darla por entero. Sólo relata*

los acontecimientos de su vida hasta el año 1562, en que acabó de escribirla; y, como vivió veinte años más, estaríamos sin saber lo que hizo en este último período de su carrera mortal, si tuviéramos que concretarnos á los datos de su historia. Verdad es que despues escribió igualmente el libro de sus Fundaciones, *que permite cegar algun tanto el hueco que queda en la historia de su vida, que duró hasta el año 1582; pero ni aun con esto hubiéramos tenido suficientes documentos para conocer todos los hechos memorables de una vida tan admirable y llena de buenas y santas obras. Afortunadamente la sobrevivieron algunos contemporáneos suyos, que la habian visto, conocido y habian tratado con*

ella, y tomaron á su cargo poner en noticia de la posteridad lo que les constaba á ellos, y no habia podido ó querido la Santa dar á conocer, suprimiendo de intento y por humildad várias cosas que hubieran podido redundar en elogio suyo, á los ojos de los hombres, y rebajando con mucho cuidado el mérito y la gloria de sus grandes y bellas acciones. Pero el Señor, que no habia obrado tantas maravillas por medio de su humilde sierva para que quedaran sepultadas en el sepulcro del olvido ni escondidas debajo de un celemin, quiso que para mayor honra suya y de nuestra Santa no se metieran en tanto escrúpulo sus sucesores y divulgaran lo que tan ingeniosamente quiso ocultar ella; y de este modo por ellos he-

mos podido saber lo que ella deseaba tanto ocultar y dejar ignorar.

Muchos y grandes hombres, ya contemporáneos suyos, ya posteriores, han consagrado sus plumas y talentos á escribir la vida y hacer con elogio el panegírico de la heroína del siglo XVI, *entre los cuales son dignos de notarse especialmente el Ilmo. Sr. Yépes, que fué Confesor de la Santa y de Felipe II. Luégo tambien merecen honrosa mencion el P. Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesus; el P. Juan de Jesus María, de la Órden de Nuestra Señora del Cármen; y el P. Hilarion de Costa, de la Órden de PP. Minimos. Más tarde han hecho otro tanto Godescard, el P. Giry, el P. Croisset, etc., y en nuestros dias el Ilmo. y malogrado*

Sr. Darboy, arzobispo de París, de santa memoria. La Vida *de la Santa, escrita por ella misma, y la biografía que de ella dió á luz este último y digno prelado, hemos tomado especialmente por pauta para componer esta pequeña obrita que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros piadosos hermanos de América y España. Cada vez que hacemos algun extracto de la* Vida *de la Santa que ella misma escribió, lo indicamos, y ponemos á las citas las virgulillas (») correspondientes; los extractos de la biografía del Ilmo. Sr. Darboy son fáciles de conocer, sin necesidad de ver el nombre del autor, con el estilo elevado y dramático que los distingue. Basta leer el primer capítulo que es enteramente suyo, y ponemos como lo*

puso él, para hacerse cargo de ello. Hemos echado igualmente mano de las biografías de la Santa que se hallan en Godescard, el P. Giry, el P. Croisset, etc., para suplir con tan autorizadas plumas la insuficiencia de la nuestra, que ningun reparo ni mérito tenemos francamente en confesar. Los nombres de unos autores tan ventajosamente conocidos nos dan lugar de contar con la favorable acogida que á nuestro modesto trabajo se dignarán hacer las benévolas y piadosas almas de ambos mundos, que deseen tener en su poder una obrita, que las sirva, no sólo de recreo en sus ratos de ocio, sino tambien de espejo donde las sea dado ver y copiar con toda seguridad y sumo provecho espiritual los ejemplos que tengan que

imitar, las virtudes que tengan que practicar, el camino que tengan que seguir, si de véras desean concluir la carrera de su vida tan santamente como concluyó santa Teresa la suya, y llegar á reunirse y cantar por toda una eternidad las alabanzas del Señor con la esclarecida é inmortal paisana cuyas glorias van pomposamente á celebrar.

VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESUS

CAPÍTULO I

SIGLO XVI

Pasado habian los primeros quince siglos de la éra cristiana, quince siglos, en que, rebosando de alegria, hacia el pueblo cristiano alarde de prestar á la autoridad tutelar de la Iglesia la obediencia que la era debida. Habia la Iglesia reunido en su seno y consolado con su afecto ma-

ternal los entendimientos extraviados y engañados por el paganismo; á los Bárbaros del Norte, que con un valor feroz y con la codicia del botin se encaminaban en turbas inmensas hácia el Mediodía, les decia que hay algo que es más fuerte que la espada y mejor que el deleite; en el naufragio universal, en que parecia estar á pique de desaparecer todo elemento de progreso, al mismo tiempo que el Imperio romano, perdido en las tinieblas de la ignorancia y con el yugo de las pasiones conjuradas, ella habia salvado el deber y el derecho, la autoridad y la libertad; habia puesto fin á las ciegas victorias del mahometismo, que queria nada ménos que apagar por completo la luz de las ciencias y ahogar

el genio de la civilizacion europea. En una palabra, todo lo digno de ser honrado, pero pobre, flaco y paciente, en la Iglesia habia hallado benevolencia, amparo y asilo. Verdad es (porque de hombres se vale Dios en el ministerio de su obra, y no los hace impecables la augusta santidad de este ministerio), siempre habrá en asuntos de religion algunas tinieblas en medio de los arroyos de luz, y el escándalo de algunos abusos al lado de la gracia de los más puros preceptos; pero habrá igualmente siempre incorruptibles medios de salvacion y un principio eficaz de salvacion; pues, si Dios es la justicia, tambien es la misericordia, y la Iglesia de la tierra envia sus hijos á la Iglesia del cielo por los caminos

que se llaman *inocencia y arrepentimiento.*

Asi que, cuando un fraile sajon, con el altivo pretexto de una reforma, que él decia necesaria, protestó públicamente contra la autoridad católica, con capa de la independencia de su juicio particular, hizo un acto tan lamentable en sus consecuencias sociales como ilegitimo en si mismo. No fué únicamente el crimen y la desgracia de un hombre que desconoció la ley fundamental de la Iglesia; fué el crimen y la desgracia de una mitad de Europa que finalmente perdió el sentimiento de un deber, exagerándose el concepto de un derecho; que atropelló por todas las antiguas tradiciones de donde sacaba ella su fuerza y gloria;

que rompió el vínculo de su unidad, no sólo religiosa, sino política tambien; que sacó las conciencias de la mano de un Papa para ponerlas en manos de los gendarmas, y, por más que se diga, paró la marcha del mundo moderno. En efecto, desde Lutero y Calvino, la accion de Europa dividida se ha consumido en disensiones intestinas, y no ha tenido más que un peso mucho ménos considerable en la balanza de los destinos del mundo. Ya no se ha hecho la guerra á los Turcos; pero por espacio de ciento veinte años corrió la más pura sangre de los paises cristianos en medio de guerras de religion. No se han emprendido nuevas Cruzadas; pero vive toda África en un estado de degradacion

que es una mengua para la humanidad; la humillacion en que yace la Palestina, forma un doloroso contraste con sus tan ilustres recuerdos; queda inmóvil el Asia entera con sus hombres esclavos y sus mujeres deshonradas. Desde tres siglos no ha sabido la civilizacion de Europa penetrar en todos aquellos países, cuando con tan poco tiempo podria ir de un cabo del mundo al otro, guiada por una direccion única, con todos los medios que á su disposicion tiene: poblacion superabundante, genio superior, espíritu comunicativo, carácter enérgico y emprendedor, y corazon generoso é intrépido.

No hay medio de negarlo; en lo tocante á religion y progreso, á las conciencias individuales y los inte-

reses públicos, fué un espantoso desastre la revolucion religiosa que abrió el siglo XVI, porque desató el haz de los Estados de Europa y destrozó el molde de la unidad cristiana, porque instaló en el mundo una perenne anarquía, mudando la razon del derecho y del deber. Pero está en el secreto de la Providencia poner un freno asi á la malicia de los hombres como al furor de las olas. Las grandes revoluciones políticas ó religiosas imprimen en las almas no sé qué fecunda alteracion de que se desprende la vida; en medio de estos solemnes choques se manifiestan con brillo las fuerzas y la energía del hombre. Por otra parte, acude Dios á socorrer nuestra flaqueza, y junto á nuestros grandes

delitos pone grandes virtudes. Sea cual sea la crueldad de los verdugos, la oponen las víctimas un valor aun más inaudito; resplandece la piedad de los buenos más que la irreligion de los malos; y, para gloria de la humanidad, es ley establecida en este mundo, que no sólo la suma de las virtudes forme equilibrio con la de los delitos, mas tambien la supere y la domine.

Se vió esto especialmente en el siglo XVI, uno de los más borrascosos y más fértiles en lamentables herejías, pero tambien uno de los más ricos en grandes santos y grandes obras. Las pérdidas ocasionadas á la Iglesia y los estragos hechos por el protestantismo hallaban su compensacion, en el extranjero, en las conquis-

tas de los misioneros, y, en el interior tambien, en una maravillosa dilatacion de todas las virtudes. Borró Dios el oprobio de su pueblo y enjugó las lágrimas de su Iglesia, haciendo superabundante la gracia donde habia sido superabundante la iniquidad del hombre. Viéronse levantar legiones de héroes y de heroinas, que resucitaban el antiguo fervor, reprimian la rebeldia de los herejes, excitaban la piedad de los fieles, socorrian los enfermos y necesitados, iban corriendo por las aldeas para extender la enseñanza, se encerraban en los claustros para hacer penitencia, abrazaban la pobreza para no dejarla desesperar, cruzaban los mares para ir á llevar á los idólatras la luz del Evangelio,

y, por fin, respondian á la calumnia con el sacrificio, y á las persecuciones, con las obras de caridad. En el crecido número de aquellas almas tan grandes y gratas á los ojos de Dios, tan útiles á la humanidad, que por la verdad y la virtud lucharon en el siglo XVI, brilla con maravilloso resplandor una mujer que la Iglesia ha puesto en sus altares y que el mundo ha conocido por su nombre de *Teresa de Cepeda*: espíritu superiormente distinguido, corazon de fuego que únicamente por Dios supo arder, y alma enteramente transfigurada en luz y amor.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO É INFANCIA DE SANTA TERESA

El dia 28 de marzo [1] del año 1515, nació santa Teresa en Ávila, ciudad de Castilla la Vieja en España, y capital de la provincia de su nombre, reinando en Castilla D.ª Juana, madre del emperador D. Cárlos, y gobernando por ella su padre, el rey católico D. Fernando; ocupando

---

[1] El P. Croisset, en su AÑO CRISTIANO, pone el nacimiento de nuestra Santa en el dia 12 de marzo de 1515; pero todos los demas biógrafos, como Godescar, el P. Giry, etc., están acordes en señalar el dia 28 de marzo, que pone el Il.mo Sr. Darboy, como fecha de este memorable acontecimiento.

la Silla de san Pedro el papa Leon X, y siendo emperador D. Maximiliano, abuelo del emperador D. Cárlos. Sólo habia dos años que habia Lutero quemado la Bula de Leon X en la plaza pública de Witemberg, cuando vió santa Teresa la luz del mundo. Diéronla sus padres el nombre de *Teresa*, que es lo mismo que *Tarasia*, nombre griego, que quiere decir *milagrosa;* y quizá les infundió Dios la inspiracion de ponerla este nombre, como un presagio de los milagros y maravillas que en ella y por ella se proponia obrar durante la carrera de su vida, y despues de su muerte. Su padre, que era gentil hombre honrado, se llamaba Alfonso Sánchez de Cepeda, y su madre, que era su segunda esposa, Bea-

triz de Ahumada. Por entrambas partes era, pues, de noble linaje. Vivian aquellos afortunados padres con la distincion correspondiente á su rango, y eran ambos muy respetados por su calificada nobleza, pero mucho más aún por sus sentimientos religiosos, elevada virtud y acendrada piedad. Así es que, como dice la misma Santa, « el tener padres » virtuosos y temerosos de Dios me » bastara, si yo no fuera tan ruin, » con lo que el Señor me favorecia » para ser buena. Era mi padre afi- » cionado á leer buenos libros, y ansi[1] » los tenia de romance; para que » leyesen sus hijos. Esto, con el cui-

[1] En las citas se conservará escrupulosamente la ortografía de la Santa.

» dado que mi madre tenia de hacer-
» nos rezar, y ponernos en ser de-
» votos de Nuestra Señora y de algu-
» nos santos, comenzó de edad (á
» mi parecer) de seis á siete años.
» Ayudábame no ver en mis padres
» favor sino para la virtud. Tenian
» muchas. Era mi padre hombre de
» mucha caridad con los pobres, y
» piedad con los enfermos, y aun
» con los criados; tanta, que jamas
» se pudo acabar con él tuviese
» esclavos, porque los habia gran
» piedad: y estando una vez en casa
» una (esclava) de un su hermano,
» la regalaba como á sus hijos:
» decia, que de que no era libre, no
» lo podia sufrir de piedad. Era de
» gran verdad; jamás nadie le oyó
» jurar ni murmurar. Muy honesto

» en gran manera. Mi madre tam-
» bien tenia muchas virtudes, y
» pasó la vida con grandes enferme-
» dades. Grandísima honestidad;
» con ser de harta hermosura, jamás
» se entendió que diese ocasion á
» que ella hacía caso della; porque,
» con morir de treinta y tres años,
» ya su traje era como de persona
» de mucha edad, muy apacible, y
» de harto entendimiento. Fueron
» grandes los trabajos que pasó el
» tiempo que vivió; murió muy
» cristianamente. » Á la sazon, sólo tenia Teresa doce años de edad.

Aunque Alfonso de Cepeda viviera en el mundo, tenia una inclinacion natural á la soledad, y asi daba la mayor parte de su tiempo al retiro y á la oracion. Se habia casado dos

veces, y de ambos lechos habia tenido hijos, tres del primero y nueve del segundo: Teresa era del último. El principal cuidado del padre era dar buena educacion á sus hijos, enseñarles con sus palabras y ejemplos el santo temor de Dios é infundir á todos sus sentimientos de devocion y piedad. Aunque extendia su solicitud á todos sus hijos, se dedicaba de un modo muy especial á la educacion de Teresita, por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Con estas calidades de que Dios la habia dotado, y con un corazon generoso é inclinado á cosas elevadas, las exhortaciones y ejemplos de sus virtuosos padres hicieron la más viva impresion en aquella

alma tan bien dispuesta. No tardó en notarse en ella aquella inclinacion natural á todo lo bueno con que habia nacido, una tierna y anticipada devocion á la Virgen, y, lo que es más todavía, los más felices presagios de la eminente santidad que la han merecido la gloria de ser contada entre los más ilustres hijos de Dios y su Iglesia. Así que desde los primeros años de su niñez dió ya evidentes pruebas de lo que debia ser en edad más avanzada. Empezó entónces á inclinarse á cosas elevadas, desentendiéndose en sus ejercicios de todas las niñerías propias de aquella edad, y no complaciéndose más que en los pensamientos graves y propios de una edad madura.

Hemos apuntado ya que D. Al-

fonso gustaba mucho de leer; pero se dedicaba especialmente á leer libros espirituales, y todos los dias hacia leer la vida de algun santo delante de toda la familia. Teresita habia cobrado muchisimo gusto á tan piadosas lecturas, y no contenta con las que oia hacer en familia, dedicaba con frecuencia sus ratos libres á tan saludable ejercicio, y procuraba hacer entrar en sus miras y tomar parte en sus lecturas á uno de sus hermanos que queria de un modo especial. Todos sus hermanos tenian parte en su afecto; pero habia uno á quien profesaba un cariño particular, por haber entre los dos mayor conformidad de ideas y de gustos, lo que habia engendrado entre ellos una simpatía superior á la de los demas.

Asi lo dice la Santa en el capítulo 1 de su *Vida*. « Tenia uno (hermano), » dice, casi de mi edad, que era » el que yo mas queria, aunque » á todos tenia gran amor, y ellos » á mi; juntábamonos entrambos á » leer vidas de Santos : como veia » los martirios, que por Dios los » santos pasaban, parciame com- » praban muy barato el ir á gozar » de Dios, y deseaba yo mucho » morir ansí; no por amor que yo » entendiese tenerle, sino por gozar » tan en breve de los grandes » bienes que leia haber en el cielo. » Se llamaba Rodrigo aquel hermanito, era de poca más edad, y con él solia retirarse á algun lugar apartado para vacar juntos á leer historias y vidas de los santos. Aunque

niños los dos, echaban de ver lo mucho que habian sufrido los mártires, y, no obstante, consideraban todo aquello como cosa de poca monta si se compara con la bienaventuranza eterna que debe ser su galardon. Tanta impresion hicieron aquellos sublimes ejemplos en sus tiernecitos corazones, que se apoderó de ellos un irresistible deseo de sacrificar sus vidas por el amor de Jesucristo como habian hecho aquellos primeros héroes del Cristianismo. No se cansaban de meditar y decir que la gloria de los santos y las penas de los condenados son eternas y jamas han de tener fin, y el deseo de alcanzar la bienaventuranza eterna y evitar los suplicios eternos les subió de tal modo á la

cabeza, que tomaron una resolucion poco comun á niños de su edad. *¡ Eternamente! ¡eternamente! ¡eternamente!* se decian uno á otro; y estremecidos con el pensamiento de una eternidad desventurada, y ansiosos de asegurarse una eternidad feliz y bienaventurada, resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de Moros en busca del martirio, deseosos de ser descabezados por el amor de su Dios, teniendo á la sazon Teresita sólo siete años, y Rodrigo, diez. De la cita, que hemos aducido, resulta lo que acabamos de poner. Debian viajar pidiendo limosna, y contaban de seguro que tendrian la dicha de ser víctimas de la persecucion de los Bárbaros y de

derramar su sangre, como habian hecho los mártires por el nombre de Jesucristo, asi que hubiesen llegado al pais de aquellos feroces enemigos y perseguidores de nuestra sagrada religion. Conque, hicieron sus preparativos de viaje para ejecutar su proyecto, tomando los pocos víveres con que les permitia cargar su tierna edad, y abandonándose al cuidado de la divina Providencia, por lo tocante á lo demas. Pero, como dice la Santa, « el tener padres nos parecia el mayor embarazo. » Sin embargo no por esto desistieron de su intento los dos filósofos, sino que, escapándose, un dia, secretamente de la casa de sus padres que tanto amaban y parecian temer, iban dirigiéndose á las costas de África. Iban

andando y rogando al Señor que los llenara más y más de su divino amor, que bendijera su viaje y les concediera la gracia de aceptar el sacrificio que le ofrecian de sus vidas, cuando, ántes que hubiesen salido fuera de la ciudad, por la puerta de Adaja, los encontró un tio suyo. Al ver los dos fugitivos, los hizo volver atras, despues de haberles hecho confesar el motivo de su viaje, los restituyó á casa, y volvió á ponerlos en manos de su madre, la cual, noticiosa ya de lo ocurrido, estaba muy sobresaltada de su evasion, y cuidadosa de saber su paradero. Así que los vió regresar, riñó severamente á los dos, y el hermano procuraba disculparse echando toda la culpa á la hermana.

Vueltos á casa, y viendo que no les quedaba esperanza alguna de dar cumplimiento á su voto, se puso Teresita muy pensativa y preocupada otra vez con la memoria de la eternidad, como hacia ántes. Estaba diciendo siempre: *¡ Qué, para siempre; qué, sin fin!* Y, viendo que no habia forma de ser mártires, sin que por esto mudaran sus sentimientos, tomaron el partido de vivir, por lo ménos, separados del mundo. Con esta intencion, resolviendo vivir como ermitaños, se fabricaron en la huerta de su casa dos celditas ó dos pequeñas cuevas que levantaron con ramas de árboles, no por via de juego ó entretenimiento, como suelen hacer los muchachos de su edad, (tenia entónces Teresa siete años),

sino para recogerse á la soledad en ellas. En efecto, alli se retiraba Teresita muchas veces al dia, y en aquella ingeniosa soledad gozaba más libertad para vacar á la oracion. Allí, recogida al pié de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con Jesus en el brocal de un pozo, le pedia con ahinco el agua de la vida eterna: « Dadme, Señor, » esa agua; » sin que todas las injurias del tiempo, como calor, frio, lluvias, ó tempestades fueran capaces de acobardarla ni estorbarla de ir regularmente á su querida soledad para rezar sus devociones en el pobre oratorio que se habia construido. Estos fueron sus ejercicios, siendo niña, estos sus deseos; y dignóse el Señor oir sus oraciones y

cumplir sus votos, dándola en lo sucesivo el aqua viva de la contemplacion con tanta abundancia, que muchas veces la embriagaba, la sacaba de sí misma y la levantaba sobre la tierra. Al paso que tan asidua era al ejercicio de la oracion, se complacia sobremanera en asistir á los pobres y necesitados, segun los medios que tenia á su disposicion. No tenia muchas facultades para practicar la virtud de la caridad, como dice ella misma, y como hubiera deseado; pero, dotada de una alma genorosa y un corazon compasivo, se ingeniaba para suplir la falta de recursos, privándose de muchas comodidades para poder dar limosnas con más abundancia. « Hacia limosna » como podia, dice ella en el capí-

» tulo 1 de su *Vida*, y podia poco.
» Procuraba soledad para rezar mis
» devociones, que eran hartas, en
» especial el rosario, de que mi
» madre era muy devota, y ansí
» nos hacia serlo. »

CAPÍTULO III

MUERE BEATRIZ. — EMPIEZA Á RELAJARSE TERESITA

Fué durante algun tiempo muy exacta Teresa á sus ejercicios de piedad y buenas obras. Daba gusto y edificacion ver cómo empezaba la carrera de su vida aquella agraciada doncella; pero hubo interrupcion en aquellos principios. Empezó el demonio á ver con envidia y sentimiento los buenos principios que en Teresa descubria, y á llenarse de despecho por los dones naturales y sobrenaturales qne Dios la habia infundido. Sospechó que con tan

excelentes disposiciones podria acarrearle graves perjuicios en edad más madura, y resolvió no perdonar medios ni ardides para hacerla una guerra encarnizada, y obligarla á mudar y perderla, si conseguirlo pudiera. No fueron enteramente vanos sus esfuerzos. Se veia Teresa querida de muchos, y principió tambien ella á querer; disminuyó su gusto á la soledad; abrió algun tanto los ojos al mundo; tomó sabor á lo que en él se estima y cobró un poco de aficion á aderezos y galas. En esto, murió su madre; y Teresa, aunque tan jóven (pues sólo tenia doce años de edad á la sazon), tuvo suficiente penetracion para echar de ver la grave pérdida que acababa de tener. Con esto quedó muy afligida,

se fué á desahogar su quebrantado corazon á los piés de una imágen de Nuestra Señora, y con sentidas lágrimas y gemidos la rogó que desde el cielo se dignara servirla de madre, ya que su divino Hijo habia tenido por conveniente arrebatarla la que tenia en la tierra, y que en lo sucesivo fuera siempre su refugio, su asilo y protectora. Aunque hecha con la sencillez propia de una criaturita, fué esta oracion favorablemente acogida y la valió más de lo que habia creido la desventurada huerfanita; pues, andando los tiempos, se lo probaron los grandes favores y gracias especiales que la fueron otorgadas por la intercesion de su madre celestial. Asi lo dice la Santa en el primer capítulo de su *Vida*. « Conocida-

» mente he hallado á esta Virgen » soberana, dice, en cuanto me he » encomendado á ella, y en fin me » ha tornado á sí. » Así que hubo adelantado un poco en edad, entendió más fácilmente las gracias de naturaleza de que la habia dotado Dios, y que decian ser muy considerables: su ingenio fácil, sus modales graciosos y su jovialidad la hacian apreciar de todos, (como ya hemos apuntado), y no habia quien no la colmara de elogios. Con todo, no fué el envanecimiento lo que por poco la perdió, sino los malos libros que se habia aficionado á leer y las comunicaciones que habia trabado.

Habia cobrado gusto á novelas ó libros de caballería. Pesaba mucho esto á su padre; pero sabia muy

bien ella ocultarse á su vista y gastar, sin que nadie lo notara ni sospechara, muchas horas del dia y de la noche en tan vana y peligrosa ocupacion. Y á tal extremo llegó la pasion que en este punto se habia apoderado de ella, que no tenia contento cuando no se le procuraba algun libro nuevo. Su madre, aunque sin quererlo, habia contribuido al gusto que habia cobrado su hija á aquellas lecturas; pues, á pesar de ser señora piadosa, se habia dado á leer novelas; y, lo que todavia es más, las dejaba leer á sus hijas, sin que lo supiera su padre, por constarla que lo hubiera llevado muy á mal. Sin embargo, si hubiera seguido la madre con vida, no hubieran sido tan fatales las consecuen-

cias para la niña; porque, aunque tenia Beatriz la debilidad de permitir á sus hijos que perdieran su tiempo como ella en leer novelas, con su autoridad estorbaba los estragos que pudieran acarrear al alma de ninguno de sus hijos las lecturas ó comunicaciones que pudieran corromper su inocencia. Pero, murió desgraciadamente la madre; la hija quedó más á sus anchuras para soltar las riendas á su pasion favorita, y se dió con mayor ardor á su prurito de leer novelas. Esta fué la primera causa de haberse enfriado Teresita en sus buenos deseos, y de haberse tambien enfriado la piedad en su corazon; y tras una cosa vino otra. Asi lo dice ella en el capítulo 1 de su *Vida*. « Comencé, dice, á

» quedarme en costumbre de leer-
» los (los libros de caballería), y
» aquella falta que en ella (su ma-
» dre) vi, me comenzó á enfriar los
» deseos, y fué causa que comen-
» zase á faltar en lo demas; y pare-
» ciame no era malo, con gastar mu-
» chas horas del dia y de la noche
» en tan vano ejercicio, aunque
» escondida de mi padre. Era tan
» extremo lo que en esto me embe-
» bia, que si no tenia libro nuevo,
» no me parece tenia contento. Co-
» mencé á traer galas, y á desear
» contentar en parecer bien, con mu-
» cho cuidado de manos y cabello,
» y olores, y todas las vanidades que
» en esto podia tener, que eran
» hartas por ser muy curiosa. No
» tenia mala intencion, porque no

» quisiera yo que nadie ofendiera á
» Dios por mí. Duróme mucha cu-
» riosidad de limpieza demasiada;
» y cosas que me parecian á mi no
» eran pecado muchos años : ahora
» veo cuán malo debia ser. »

Esto dió márgen á que se fuera entibiando en ella su primitivo fervor y se viera casi mudado aquel tierno corazoncito, que tanto habia ardido hasta entónces en las llamas del amor divino. Destruyó la vanidad aquellos bellos principios y poquito á poquito comenzó á desmoronar el hermoso edificio que en su alma habia labrado. Noten bien las madres cristianas que á cosas, al parecer de Teresita, pequeñas y no claramente pecado fué debido semejante cambio, y fácilmente echarán de ver

cuánto deben esmerarse en que no caigan en manos de sus hijas libros capaces de alterar sus buenos principios ni dar ocasion á que insensiblemente se vayan pervirtiendo. Afortunadamente no la perdia de vista Dios, que la habia escogido para engrandecer sa gloria y desempeñar una elevada y gloriosa mision; y así no permitió en su misericordia que se descarriara, ni cayera enteramente en manos del enemigo que habia empezado á enseñorearse de su alma con el cebo de curiosidades y vanidades, aunque no constituyeran falta alguna grave, y que sólo duraron unos tres meses.

D. Alfonso de Cepeda, aunque gentil hombre y de tan acreditada nobleza, no era hombre de mundo, no gustaba de hacer visitas ni de

recibir en su casa. Era caballero muy prudente, y temia que las visitas introducirian en su casa una disipacion que apartaria á sus hijos del recogimiento necesario para entregarse más fácilmente á los ejercicios de piedad y á la práctica de las virtudes cristianas en que tenia tanto empeño en criarlos con sus consejos y ejemplos. Sin embargo, no pudo impedir que de vez en cuando fueran á hacerle visita algunos mancebos que eran primos hermanos de Teresita y de la misma edad que ella, poco más ó ménos, y conversaran cada vez mucho tiempo con ella. Iba tambien una jóven, hija de un pariente suyo, no muy asentada, que tenia un carácter ligero y veleidoso, muy aficionada á diversiones pro-

fanas y á leer libros de caballería. Iba con frecuencia á visitar á Teresita, la contaba con alegría las aventuras que habia leido; Teresa tenia mûcho gusto en oirlas, y, á su vez, la contaba tambien las que habia leido ella. Con este vaso procuró el demonio hacerla tragar el pérfido veneno de la aficion á la cosas del mundo, que, aunque sabroso al paladar, es funesto al alma, y no pocas veces la da la muerte. Mucho duraron estas relaciones entre las dos, y se deja fácilmente entender que, teniendo ambas el mismo modo de ver y pensar, se formara entre ellas una amistad, una intimidad, que no las permitiera pasarse una de otra, ni estar mucho tiempo sin verse y hablar siempre del mismo asunto. Dada

á conversaciones de esta especie, nada tiene de extraño que se apagaran enteramente en el corazon de Teresa los preciosos sentimientos de piedad de que la habia llenado el divino Espíritu. Desgraciadamente, en cuanto se iba la jóven parienta, volvia ella á tomar los libros de caballería, se ponia á leer con frenesí las aventuras, y luego hablaba de ellas otra vez, más llena que jamas de sus ilusiones. Sin embargo debemos decir en honor suyo, (y esto debe disculparla algun tanto), esta poco arreglada conducta jamas llegó á pecado mortal, como dice ella misma en el extracto de su *Vida* que hemos aducido y en la que vamos á aducir, porque Dios la habia dado dos guardias fieles para preservarla de esta

desdicha. La primera era el horror natural que tenia á cuanto era contrário á la castidad, de donde provenia que en todas aquellas conversaciones inútiles no tuviera ella ninguna mira ni intencion criminal ó pecaminosa, sino el deseo de pasar algun rato alegre y divertido. La segunda era el temor extraordinario que tenia de comprometer ó perder su honra, que preferia á todos los pasatiempos y diversiones del mundo. Sólo, cuando hubo entrado en sí, echó de ver y deploró el peligro que habia corrido con aquella inclinacion á las vanidades y frivolidades de la vida mundana, y así, en el capitulo II de su *Vida*, dice: « Si yo hubiera » de aconsejar, dijera á los padres, » que en esta edad tuviesen gran

» cuenta con las personas que tratan
» sus hijos; porque aquí está mu-
» cho mal, que se va nuestro natu-
» ral ántes á lo peor, que á lo
» mejor.

» Así me acaeció á mí, que tenia
» una hermana de mayor edad que
» yo, de cuya honestidad y bondad,
» que tenia mucha, desta no tomaba
» nada, y tomé todo el daño de una
» parienta que trataba mucho en
» casa. Era de tan livianos tratos,
» que mi madre la habia mucho
» procurado desviar que tratase en
» casa (parece adivinaba el mal que
» por ella me habia de venir), y
» era tanta la ocasion que habia para
» entrar, que no habia podido. Á
» esta que digo, me aficioné á tra-
» tar: con ella era mi conversacion

» y plàticas; porque me ayudaba á
» todas las cosas de pasatiempo que
» yo queria, y aun me ponia en
» ellas, y daba parte de sus conver-
» saciones y vanidades. Hasta que
» traté con ella, que fué de edad de
» catorce años, y creo que más
» (para tener amistad conmigo,
» digo, y darme parte de sus cosas)
» no me parece habia dejado á Dios
» por culpa mortal, ni perdido el
» temor de Dios, aunque le tenia
» mayor por la honra. Esto tuvo
» fuerza para no la perder del todo;
» ni me parece por ninguna cosa del
» mundo en esto me podia mudar,
» ni haber amor de persona dél,
» que á esto me hiciese rendir.
» Ansí tuviera fortaleza en no ir
» contra la honra de Dios, como me

» lo daba mi natural, para no per-
» der en lo que me parecia á mi esta
» honra del mundo; y no miraba
» que la perdia por otras muchas
» vias. En querer esta vanamente,
» tenia extremo; los medios que
» eran menester para guardarla, no
» ponia ninguno; solo para no per-
» derme del todo, tenia gran mira-
» miento. Mi padre y hermana sen-
» tian mucho esta amistad, repren-
» dianmela muchas veces; como no
» podian quitar la ocasion de entrar
» ella en casa, no les aprovechaban
» sus diligencias; porque mi saga-
» cidad para cualquier cosa mala era
» mucha. Espántame algunas veces
» el daño qne hace una mala compa-
» ñia, y si no hubiera pasado por
» ello, no lo pudiera creer, en espe-

» cial en tiempo de mocedad debe
» ser mayor del mal que hace:
» querria escarmentasen en mi los
» padres, para mirar mucho en
» esto. Y es ansi, que de tal manera
» me mudó esta conversacion, que
» de natural y alma virtuosos, no
» me dejó cási ninguna señal: y me
» parece me imprimia sus condi-
» ciones en ella, y otra que tenia la
» misma manera de pasatiempos.....
» Despues quitado este temor (de
» Dios) del todo, quedóme solo el
» de la honra, que en todo lo que
» hacia, me traia atormentada.
» Con pensar que no se habia
» de saber, me atrevia á muchas
» cosas bien contra ella, y contra
» Dios.

» Al principio dañáronme las

» cosas dichas, á lo que me parece,
» y no debia ser suya la culpa, sino
» mia : porque despues mi malicia
» para el mal bastaba, junto con
» tener criadas, para que todo mal
» hallaba en ellas buen aparejo : que
» si alguna fuera en aconsejarme
» bien, por ventura me aprove-
» chara : mas el interes las cegaba,
» como á mi la aficion. Y pues
» nunca era aficionada á mucho
» mal, porque cosas deshonestas
» naturalmente las aborrecia, sino á
» pasatiempos de buena conversa-
» cion; mas puesta en la ocasion,
» estaba en la mano el peligro y
» ponia en él á mi padre y her-
» manos, de los cuales me libró
» Dios, de manera que se parece
» bien procuraba contra mi vo-

» luntad, que del todo no me per-
» diese : aunque no pudo ser tan
» secreto, que no hubiese quiebra
» de mi honra, y sospecha en mi
» padre. » Demuestran estas pala-
bras de la Santa que las dos riendas,
de que se valió el Padre de las mi-
sericordias para estorbar que fuera
más adelante el extravio de la que
destinaba á ser su esposa, fueron el
horror á cuanto puede empañar la
pureza virginal, y el temor de perder
la honra. Consideraciones dignas de
ser grabadas en los corazones de las
madres para recomendarlas podero-
samente á sus hijas, si desean ver-
daderamente preservarlas de vergon-
zosas caidas, que perderian sus al-
mas, despues de haber comprometido
la honra de sus familias.

Ademas, las primeras palabras de la cita son una queja muy sentida del grande perjuicio que á su virtud ocasionó la familiaridad y trato con una persona algo mundana; y con el escarmiento que padeció en si misma, desea que se entienda bien el daño que causan las comunicaciones de esta especie y que se huyan, á toda costa. Y, en efecto, muchos estragos puede acarrear á una jóven el roce con otra ligera y vana, porque con la amistad y trato se asemejan las costumbres; con esta diferencia, que más bien se pegan los malos ejemplos, que no se imitan las virtudes, sobre todo en almas tiernas y poco experimentadas, las cuales se dejan más fácilmente arrastrar de las malas impresiones con la desgraciada

inclinacion que tenemos al mal, como una cera blanda á la que sin dificultad se da la impresion que se quiere.

CAPÍTULO IV

ES PUESTA TERESA EN UN CONVENTO
CAE ENFERMA
RECOBRA SU ANTIGUO FERVOR

Asi, pues, afortunadamente habia Dios preservado á Teresa de caidas lamentables y muy dignas de temer, cierto es; pero tambien es claro y evidente que corria grandísimos peligros su inocencia. Hemos visto que se habia acabado aquel espíritu de fervor que habia manifestado en sus primeros años, y no hay que dudarlo, muy adelante hubiera pasado aquel desconcierto de vida, si no lo hubiera notado su padre y no hubiera apli-

cado pronto remedio. Pero D. Alfonso velaba, y no pudo dejar de ver que su hija no era la misma que en su niñez; que no tenia la misma piedad y que se habia relajado mucho en sus ejercicios espirituales. Lo sintió en el alma; quiso averiguar la causa, y descubrió que la raiz del mal estaba en las lecturas profanas que hacia y las amistades que habia trabado. Aunque él era aficionado á leer, nunca le habian gustado las lecturas que hacia su hija, y siempre las habia reprendido á su esposa; y, si hubiera sabido que la niña hacia como su madre, no hubiera sido más indulgente con ella, y la cosa no hubiera ido tan adelante. Mas el mal estaba hecho, y se trataba de aplicarle el remedio opor-

tuno. La cuestion era delicada; pero, como era varon prudente y padre bondadoso, no quiso obrar con precipitacion, ni hacer nada que pudiera dar que sentir á una hija que tanto queria. No tardó en presentarse una ocasion que le permitia obrar con prudencia, y sin hacer estrépito ni ofender la susceptibilidad y el amor propio de Teresa, rompiendo abiertamente con ella. Se habia casado la hermana mayor de Teresita; y, como sólo tenía ella quince años á la sazon, el padre se valió del pretexto que le ofrecian el casamiento de su hija mayor y la corta edad de la menor para decir que no era del caso que, siendo tan jovencita, quedara en su casa sin su madre, ni su hermana; y así la puso en un con-

vento de monjas Agustinas de Ávila que se llamaba *Nuestra Señora de Gracia,* en el cual ponian sus hijas las familias de más arraigo. Mucho y muy cordialmente queria á su hija; mucho y muy costoso le fué separarse de ella; pero prefirió la conservacion de la que tanto amaba á su gusto particular. Teresa fué, para no dar un sentimiento á su padre, que queria entrañablemente, y obedecerle. « Era tan demasiado, » dice la Santa en el segundo capi- » tulo de su *Vida,* el amor que mi » padre me tenia, y la mucha disi- » mulacion mia, que no habia » creer tanto mal de mí, y ansí no » quedó en desgracia conmigo. Como » fué breve el tiempo, aunque se » entendiese algo, no debia ser

» dicho con certinidad; porque como » yo temia tanto la honra, todas mis » diligencias eran en que fuese se- » creto, y no miraba que no podia » serlo, á quien todo lo ve. » Efectivamente, sólo habia unos tres meses que Teresa mantenia aquellas comunicaciones peligrosas (como ya hemos dicho en otra parte), cuando la metió su padre en el convento de las monjas Agustinas.

Como en su conducta habia más ligereza que malicia, no la costó mucho separarse del mundo y renunciar sus antiguas costumbres. Aunque tan jóven, entendió muy bien que la precaucion que habia tomado su padre, por más severa que fuese, debia ser necesaria; que ella lo habia merecido; que de otro

modo hubiera corrido gran peligro de caer en la desgracia de los hombres prudentes; y estas consideraciones la servian de algun consuelo y llenaban poco á poco de resignacion en la soledad del claustro. Al principio, la fué muy sensible aquella secuestracion, y la parecieron muy tristes los primeros ocho dias, no tanto por verse en un convento, como por temer que se hiciera pública su conducta anterior, y lo que de ella se diria. « Los primeros ocho » dias, dice la Santa, sentí mucho, » y más la sospecha que tuve se » habia entendido la vanidad mia, » que no de estar allí; porque yo ya » andaba cansada, y no dejaba de » tener gran temor de Dios cuando » le ofendia, y procuraba confesarme

» con brevedad : traía un desaso-
» siego, que en ocho dias, y aun
» creo en ménos, estaba más con-
» tenta que en casa de mi padre. »

No dejaron de notar las monjas el disgusto que experimentaba Teresa desde que habia entrado en aquella casa, y todas trabajaron á porfia en sacarla de la cabeza las ideas tristes que la atormentaban. Todas la consideraban y trataban como madres, y á todas las queria, por verlas tan buenas con ella. Una habia entre ellas, y era la maestra de las pupilas, á la cual se aficionó de un modo particular, y, no sabiendo á quién dirigirse, á ella abrió su corazon, la dió toda su confianza, no se guiaba más que por sus consejos, y puede decirse que esto fué

para ella el momento de la gracia. « Dormia una monja con las que » estabamos seglares, dice la Santa, » que por medio suyo parece quiso » el Señor comenzar á darme luz. »

Tal fué el primer golpe, con que la despertó el Señor y la obligó á volver á Él. De una mala compañía la provenia todo el mal; y de una buena compañía quiso que la proviniera todo su bien. Valióse de aquella circunstancia la buena monja para hacerla ver cuán falsas y funestas son las alegrías profanas y cuán amargo es haberse alejado de Dios. Teresa la escuchaba con gusto, atencion y docilidad, y no tardó su corazon en transformarse y en recobrar los sentimientos que jamas hubiera debido

perder. « Comenzando á gustar de
» la buena y santa conversacion
» desta monja, dice la Santa (cap. III),
» holgábame de oirla cuando ha-
» blaba de Dios, porque era muy
» discreta y santa. Esto á mi pa-
» recer en ningun tiempo dejé de
» holgarme de oirlo. Comenzóme á
» contar como ella habia venido á
» ser monja por sólo leer lo que
» dice el Evangelio : Muchos son los
» llamados, y pocos los escogidos.
» Deciame el premio que daba el
» Señor á los que todo lo dejan por
» él. Comenzó esta buena compañia
» á desterrar las costumbres que
» habia hecho la mala, y á tornar á
» poner en mi pensamiento deseos
» de las cosas eternas, y á quitar
» algo la gran enemistad que tenia

» con ser monja, que se me habia
» puesto grandísima: y si veia alguna
» tener lágrimas cuando rezaba, ó
» otras virtudes, habiala mucha
» envidia; porque era tan recio mi
» corazon en este caso, que si leyera
» toda la pasion, no llorara una
» lágrima: esto me causaba pena. »

De este medio se valió Dios para volver á conquistar aquel corazon que tan adicto le habia sido, y á hacer entrar de nuevo en sí aquella doncella privilegiada que á tan altos destinos queria preparar. Con los buenos ejemplos que á la vista tenía, con los saludables consejos que la daba la monja, y con las luces que en la oracion la comunicaba el Señor, empezaron á abrirsela los ojos y á resucitar en su corazon sus buenos y

primeros deseos. De dia en dia iba echando raices en su alma el buen espíritu, aunque no sin sentir en sí reñidos y continuos combates. Diez y ocho meses pasó así Teresa en el monasterio de las monjas Agustinas de Ávila; pero cuando hubo dicho de véras con el Profeta : *Ahora voy á empezar*, no habiendo nada que fuera capaz de detenerla en el camino de la salvacion, volvió á encenderse el fervor en su corazon. Y no solamente esto, sino que la vida religiosa, que hasta entónces jamas la habia gustado, la pareció la más segura y la más de desear. Sin embargo no quiso obrar con precipitacion en un asunto tan grave y en que estriba la dicha del hombre en la tierra. Empezó, pues, á pensarlo;

se dió seriamente á estudiar su vocacion, pero sin tomar ligeramente un partido. Estaba fluctuando dudosa por la eleccion de un estado, y deliberando si abrazaria el estado religioso ó el estado del matrimonio. Por una parte, deseaba que no fuese Dios servido de darla la vocacion al primero, y, por otra parte, no temia ménos el segundo. Así estubo algun tiempo sin decidirse ni por un partido ni por otro. Por fin, hizo en ella la más viva impresion la vida reglar de las monjas, se encomendó en sus oraciones; se puso más tranquila y sosegada; parecia que luchaba y se fastidiaba ménos, y luégo se la volvió á ver con un semblante más sereno y más jovial.

Tantas perplejidades y tantas irre-

soluciones produjeron en ella un cansancio muy natural, y la causaron tan viva agitacion, que, finalmente, la dió una enfermedad muy grave y muy larga, y tanto, que su padre creyó, año y medio despues, deber sacarla del convento y volvérsela á llevar á su casa para cuidarla, y allí estuvo ella durante mucho tiempo muy débil y lánguida. Cuando se hubo puesto la muchacha algo mejor, conceptuó su padre que el aire del campo contribuiria á restablecerla más pronto, quiso llevarla á casa de su hija mayor, D.ª María de Cepeda, recien casada, á la cual habia siempre profesado el más tierno cariño Teresa; y así lo hizo. Salieron, pues, de Ávila; se pusieron en camino, y de paso visitaron á D. Pedro Sánchez de Ce-

peda, hermano de D. Alfonso, y tio de nuestra Santa. Llevaba aquel señor vida solitaria, era viudo, y se habia retirado á vivir en el campo para estar más separado de los hombres y trabajar con mayor libertad y ahinco en el grande negocio de su salvacion. Dichoso con ver en su casa á su hermano y á su sobrina, hizo cuanto pudo para hacerlos quedar y lo consiguió. D. Alfonso tuvo que regresar á Ávila, y dejó á su hija en casa de su tio, el cual la cuidó lo mismo que si fuera hija suya. Alli estuvo Teresa unos cuantos dias; su tio la hablaba ordinariamente de Dios; la prestaba y hacia leer buenos libros; la daba los mejores ejemplos; y asi fué ella asentando en su alma el desprecio del mundo y sus vanida-

des y el amor á la vida religiosa, cerrando los sentidos á la oposicion que en su corazon la hacian la naturaleza y el enemigo de nuestras almas. En esta batalla consigo misma estuvo tres meses, hasta que en aquel tiempo leyó las epistolas de san Jerónimo que la enardecieron y ayudaron poderosamente á tomar su postrera resolucion.

La Santa nos ha pintado con notable talento de análisis y con rara distincion de lenguaje todas las diferentes fases por que tuvo que pasar su alma, á medida que iba acercándose al fin donde queria llevarla el Señor. Todo la ilumina, todo la atrae, todo la arrastra, hasta que se rinda á la gracia. Es como otro Agustin, con esta sola diferencia, que

no volvia de tan léjos, y que en su lucha llevaba un corazon de doncella, al paso que el futuro doctor de la gracia se resistia con toda la fuerza de la edad y con toda la audacia de un genio indómito.

« En estando buena, sigue diciendo » la Santa (cap. III), lleváronme en » casa de mi hermana, que residia » en una aldea, para verla, que era » extremo el amor que me tenia, y » á su querer no saliera yo de con » ella, y su marido tambien me » amaba mucho, al ménos mostrá- » bame mucho regalo, que con esto » debo mas al Señor, que en todas » partes siempre le he tenido, y todo » se lo servia como la que soy. » Estaba en el camino un hermano » de mi padre, muy avisado y de

» grandes virtudes, viudo, á quien
» andaba tambien el Señor dispo-
» niendo para sí, que en su mayor
» edad dejó todo lo que tenia, y fué
» fraile, y acabó de suerte, que creo
» goza de Dios : quiso que me que-
» dase con él unos dias. Su ejer-
» cicio era buenos libros de romance,
» y su hablar era lo mas ordinario
» de Dios y de la vanidad del mundo.
» Haciame le leyese, y aunque no
» era amiga dellos, mostraba que
» sí; porque en esto de dar con-
» tento á otros he tenido extremo,
» aunque á mí me hiciese pesar,
» tanto que en otros fuera virtud, y
» en mí ha sido gran falta, porque
» iba muchas veces sin discrecion.
» ¡Ó válame Dios, por qué términos
» me andaba su Majestad dispo-

» niendo para el estado en que se
» quiso servir de mi, que sin que-
» rerlo yo me forzó á que me hiciese
» fuerza! Sea bendito para siempre.
» Amen. Aunque fueron los dias
» que estuve pocos, con la fuerza
» que hacian en mi corazon las
» palabras de Dios, ansí leidas,
» como oidas, y la buena compañía,
» vine á ir entendiendo la verdad
» de cuando niña, de que no era
» todo nada, y la vanidad del
» mundo, y como acababa en breve,
» y á temer, si me hubiera muerto,
» como me iba al infierno; y aunque
» no acababa mi voluntad de incli-
» narse á ser monja, vi era el mejor
» y mas seguro estado, y ansí poco
» á poco me determiné á forzarme
» para tomarle. En esta batalla

» estuve tres meses.» Asi, pues, la lectura de buenos libros y los ejemplos y consejos de su virtuoso tio la hicieron tal impresion en el corazon y la abrieron de tal modo los ojos, que vió y más que nunca entendió que todas las cosas del mundo no son más que vanidad y vanidad de vanidades que pasan como el humo, y tomó resueltamente su partido. Habia triunfado por completo en ella la gracia.

CAPÍTULO V

ENTRA TERESA EN RELIGION.—CAE ENFERMA OTRA VEZ. — SUS GRANDES PADECIMIENTOS. — SU ENCENDIDO AMOR POR DIOS Y DESEOS DE SUFRIR.

Cuando hubo Teresa regresado á casa de su padre, se sintió con más vivos deseos de dejar el siglo y consagrarse enteramente y sin reserva al Señor; pero, como no habia recobrado su salud, comenzó á temer que no la bastarian las fuerzas para cargar con los trabajos y las austeridades del estado religioso. En medio de sus quebrantos sólo una cosa la daba algun ánimo, y era el gusto

que hallaba en leer buenos libros. Especialmente las epistolas de san Jerónimo la infundieron tanto valor, que tomó la resolucion de declarar á su padre la intencion que tenia de abrazar el estado religioso, lo que era para ella un punto de la mayor trascendencia. Pues, como dice la Santa en su Vida (cap. III): « Me de-
» terminé á decirlo á mi padre, que
» cási era como tomar el hábito; por-
» que era tan honroso, que me parece
» no tornara atras por ninguna ma-
» nera, habiéndolo dicho una vez. »
Conque para ella declararse y quedar comprometida era igual. Pero tanto la queria su padre, que no asi debia consentir en separarse de ella, y « lo que mas se pudo acabar con
» él fué, que despues de sus dias

» haria lo que quisiese. » Teresa, que desconfiaba de sí misma y de su flaqueza, no quiso arrostrar semejante obstáculo, y, en vez de atacarlo de frente, pidió primeramente á algunos conocidos de su padre que intercedieran para que la consiguieran el ansiado consentimiento; pero, como no tuviera mejor éxito su mediacion, discurrió medio de llegar á sus fines por otra via. Tenía un hermano, que merecia toda su confianza, y á quien habia aconsejado ella que se retirara tambien del mundo. Le comunicó su proyecto, se entendieron los dos y concertaron que harian como habia hecho ella con su hermano Rodrigo en otro tiempo, cuando queria ir á sufrir el martirio en tierra de Moros. Tomó,

pues, á aquel hermano, salieron juntos de casa muy de mañana y se fueron al monasterio de Carmelitas de la Encarnacion de Ávila, en el cual estaba una intima amiga suya, llamada Juana Suárez, que queria mucho, para pedir que la admitieran como novicia. Apénas tenia veinte años de edad, cuando ejecutó aquel designio.

Un paso tan atrevido no dejó de costar algo caro á un corazon tan amante de su padre, con el sentimiento que tuvo, al separarse de él. « Acuérdaseme á todo mi parecer, » dice la Santa (cap. IV), y con » verdad, que cuando sali de en » casa de mi padre, no creo será » mas el sentimiento cuando me » muera, porque me parece cada

» hueso se me apartaba por sí, que
» como no habia amor de Dios que
» quitase el amor del padre y pa-
» rientes, era todo haciéndome una
» fuerza tan grande, que si el Señor
» no me ayudara, no bastaran mis
» consideraciones para ir adelante :
» aquí me dió ánimo contra mi, de
» manera que lo puse por obra. »
Pasada esta borrasca, se puso en camino y llegó á Ávila, el dia 2 de noviembre del año 1335. Presentóse al convento con un aire tan alegre y despejado y un semblante tan sosegado y tranquilo, que nadie sospechó el desasosiego con que estaba, y fué recibida, como deseaba, en compañía de su querida amiga Juana. Sin embargo, á pesar de todo el cariño que la profesaba, no fué este

el motivo que la determinó á escoger aquella casa ántes que otra. Su ánimo era retirarse dónde pudiera servir á Dios con más libertad, y así de buena gana hubiese entrado en otro Instituto, si hubiese creido hallar en él más comodidad para santificarse; no proponiéndose más que su salvacion, poco se cuidaba de su propia satisfaccion.

Tomó el santo hábito de Nuestra Señora del Cármen; y, en cuanto lo hubo tomado, la dió un gran contento cual nunca hasta entónces habia tenido. Dios convirtió la sequedad que tenia ántes su alma en una grandísima é inefable ternura; daban gusto y deleite á la novicia todas las cosas de la Religion y los ejercicios de la Comunidad; los cumplia con

suma diligencia y el mayor gusto. Ninguna dificultad hallaba en el ejercicio de las más heroicas virtudes. No parecia sino que Dios estaba aguardando que Teresa pusierá por obra lo que la habia inspirado, para inundarla de consuelos celestiales, y hacerla ver por experiencia propia lo mucho que favorece á una alma que sabe luchar contra si misma y vencerse para complacerle. Así sucedia que ejercitarse en los oficios más penosos y humildes de la casa la llenaba de más satisfaccion que cuando por vanidad gastaba el tiempo en engalanarse para ser vista y bien parecer en el siglo; por tan dichosa se tenia con no verse obligada á comparecer y tomar parte en las vanas diver-

siones y locuras del mundo, que no cabia dentro de si de contento y placer, ni podia entender por dónde ni cómo habia podido verificarse en ella un cambio tan profundo, tan rápido, tan radical y tan maravilloso. Pero dejémos á la Santa que nos lo cuente con su peregrina sencillez.

« Andaba algunas veces barriendo, » dice (cap. IV), en horas que yo » solia ocupar en mi regalo y gala : » y acordandóseme que estaba libre » de aquello, me daba un nuevo » gozo, que yo me espantaba, y no » podia entender por dónde venia. » Cuando desto me acuerdo, no hay » cosa que delante se me pusiese, » por grave que fuese, que dudase » de acometerla. Porque ya tengo » experiencia en muchas, que si me

» ayudo al principio á determinarme
» á hacerlo (que siendo sólo por Dios,
» hasta comenzarlo quiere, para
» que mas merezcamos, que el alma
» sienta aquel espanto, y miéntras
» mayor, si sale con ello, mayor
» premio, y mas sabroso se hace
» después) aun en esta vida lo paga
» su Majestad por unas vias, que
» solo quien goza dello lo entiende.
» Esto tengo por experiencia, como
» he dicho en muchas cosas harto
» graves, y ansí jamás aconsejaria,
» si fuera persona que hubiera de
» dar parecer, que cuando una
» buena inspiracion acomete muchas
» veces, se deje por miedo de poner
» por obra; que si va desnuda-
» mente por Dios, no hay que temer
» sucederá mal, que poderoso es

» para todo, sea bendito para siem-
» pre. Amen. »

La verdad es, que la dicha proviene del interior del hombre y no del exterior. Más pobre se ve el hombre con los deseos que lo aquejan, que rico con todo lo que puede poseer; esperar ó temer el cansancio más bien que gozar es cosa que poco lo satisface. Los deseos, con que se rompe la cabeza, abren en su corazon un inmenso abismo, que va ensanchándose más y más, á pesar de cuanto en él puede echarse, sin que nada en este mundo, ni tampoco el mundo entero, sea capaz de llenarlo. Es verdaderamente dichoso aquel, (á lo ménos, tan dichoso como sea dable en la tierra) que es dueño de su alma, y

no permite que la domine objeto alguno exterior. No pueden favorecernos ó perjudicarnos los hombres ni las cosas, sino en cuanto queremos; sólo que es menester querer. Mas Dios comunica esta fuerza de voluntad á los que le buscan y le aman, y no hay quien experimente dicha igual á la de los que están consagrados á servirle.

Sin embargo, no hay en este mundo alegria sin mezcla de tristeza; sólo en el cielo se goza un contento exento de sentimientos y puro como el agua cristalina. Asi sucedió á Teresa en su convento, donde tenia que vivir con hermanas, que no eran todavía ángeles, y que, con aspirar á la perfeccion, aun no la habian alcanzado. En medio de

los consuelos con que Dios recompensaba su abnegacion y sacrificio no la faltaron pruebas y disgustos. Preocupada siempre con el recuerdo de su antigua disipacion, la deploraba sin cesar; y, asi que habia cumplido con los deberes que la prescribia la Regla, su gusto era retirarse sola para implorar con lágrimas y gemidos las misericordias del Señor. Sus hermanitas, que observaban su conducta é ignoraban el móvil de su retiro, la hacian cargos que no merecia; y esto lo veia ella con sentimiento. La acusaban á menudo de cosas de poca trascendencia, es verdad, pero que, sin embargo, tenia trabajo en sufrir sin queja, á impulsos del vehemente deseo que tenia de correrlas bien

con todas y de verse estimada de toda la Comunidad. Como la veian buscar siempre la soledad, y ademas la habian sorprendido alguna vez derramando lágrimas, se figuraban que no estaba contenta y que tenía un carácter singular. Pero, como ella no habia llorado más que sus pecados, y sólo pensaba en cumplir las obligaciones de su estado, dejó tronar la tempestad, y no se la escapó ni una palabra para disculparse ni quejarse. Más bien quiso dejar que se creyera lo que se quisiera de su espíritu de retiro, y que se sospechara que estaba disgustada en el claustro; se puso en manos de Dios, y asi venció sus penas.

Sin embargo de todo esto, las mismas monjas, que tan injusta-

mente la denigraban, no podian prescindir de admirar sus prendas y virtudes ni de creerla digna de profesar. Y así sucedió que cuando hubo concluido su año de novicia, hizo su profesion con la mayor alegria y satisfaccion, y con tanta resolucion y valor que dejó admirados á todos los que á ella asistieron. Fué esto, en el mes de noviembre del año 1584.

En cuanto hubo profesado, el Señor la probó de un modo muy particular. La vida de Comunidad tan diferente de la vida de familia en que se habia criado, los desabridos alimentos del convento tan distintos de los sabrosos manjares que se servian á la mesa de su padre, junto con las mortificaciones que añadia

á las que mandaba la Regla, deterioraron otra vez su salud, y volvió á caer tan enferma que se temian las más funestas consecuencias. Decayendo cada dia más, llegó á un estado de extenuacion tal, que quedó como rendida. La acometieron terribles desfallecimientos que iban aumentando sin cesar; la dieron violentos males de corazon; tuvo frecuentes desmayos y otros males que la acarrearon muchisimos y gravísimos padecimientos y alteraron extraordinariamente su salud delicada por su naturaleza. Ella sufrió todos aquellos males con heroica paciencia y admirable resignacion á la voluntad divina, y sólo tenia palabras para bendecir la mano que la heria é implorar la misericordia del

Señor. Se emplearon todos los remedios que podian aliviarla, y su Comunidad no omitió nada de cuanto podia contribuir á conseguir el apetecido resultado. Su padre, que la queria en extremo, se desvelaba, no la perdia de vista y practicaba todas las diligencias necesarias para secundar los esfuerzos de las piadosas monjas, sacar á su hija del paso y hacerla recobrar la salud. Primeramente consultó con los médicos de Ávila; pero tuvieron que confesar que nada entendian en la enfermedad de su hija. Visto esto, constándole que en Becédas habia facultativos muy instruidos, y no haciendo en aquel tiempo voto de clausura las monjas Carmelitas, quiso llevarla á aquella poblacion. Ademas de los mé-

dicos dichos, habia en aquel pueblo una curandera que pasaba por muy hábil en curar las enfermedades por el estilo de las dè Teresa. Sin embargo, principiaba entónces el invierno, la estacion no era muy propicia para curar semejantes enfermedades, y resolvieron que entre tanto iria hasta el mes de abril á la aldea de Castellános de la Cañeda, donde vivia su hermana. Así se hizo, y salió Teresa de su convento acompañada de su fiel amiga Juana Suárez. De paso para Castellános de la Cañeda, fueron á saludar al tio de la Santa (de quien ya se ha hablado), el cual la dió un libro que la enseñara y facilitara el ejercicio de la oracion, y que ella se llevó á casa de su hermana.

Cuando hubo llegado la prima-

vera, Teresa se dirigió á Becédas, acompañada de su padre, su hermana y su amiga Juana. Estuvo en aquel pueblo tres meses; los médicos se valieron de todos los recursos de su arte para hacerla recobrar la salud; pero no acertaron y resultó que, en vez de curarla, todos los remedios que se emplearon, sólo contribuyeron á agravar aquella enfermedad (cuyos caractéres eran extraños), y á arruinar por completo su salud. Así nos lo cuenta la Santa en el capítulo v de su *Vida*. « Es-
» tuve en aquel lugar tres meses,
» dice, con grandísimos trabajos,
» porque la cura fué mas recia que
» pedia mi complexion : á los dos
» meses á poder de medicinas me
» tenía casi acabada la vida; y el

» rigor del mal de corazon, de que
» me fui á curar, era mucho mas
» recio, que algunas veces me pa-
» recia con dientes agudas me asian
» dél, tanto que se temió era rabia.
» Con la falta grande de virtud (por-
» que ninguna cosa podia comer,
» sino era bebida, de gran hastío,
» calentura muy contina y tan gas-
» tada, porque casi un mes me
» habian dado una purga cada dia),
» estaba tan abrasada, que se me
» empezaron á encoger los nervios;
» con dolores tan incomportables,
» que dia y noche ningun sosiego
» podia tener, y una tristeza muy
» profunda. Con esta ganancia me
» tornó á traer mi padre, á donde
» tornaron á verme médicos: todos
» me desahuciaron, que decian sobre

» este mal estaba ética. Desto se
» me daba á mí poco, los dolores
» eran los que me fatigaban, porque
» eran en un ser desde los piés
» hasta la cabeza; porque de ner-
» vios son intolerables, segun de-
» cian los médicos, y como todos se
» encogian, cierto si yo no lo hu-
» biera por mi culpa perdido, era
» recio tormento. »

Pero, si no fué provechosa á su salud hasta aquel dia su salida del convento, lo fué á cierto sacerdote de depravada conducta, que vivia en aquel lugar. Era un mal sacerdote, que se hacia notar por su vida irregular, perdido desde muchos años, teniendo tratos ilícitos con una mujer del vecindario. Era notorio y público el escándalo; no habia quien

no lo supiera; era infamado en su honra aquel ministro; pero no por esto acababa por dejar á aquella mujer que le tenia hechizado, y nadie se atrevia á hablar de ello. Mas gustaban á Teresa los hombres letrados; tenia aquel mal sacerdote algunas letras, aunque no sobradas; y asi á él se dirigió ella para confesarse miéntras permaneció alli. Por otra parte, en concepto de la Santa, un Confesor más instruido que virtuoso es de preferir á otro más virtuoso que instruido, por ser el primero más apto para aconsejar y dirigir. Sea de ello lo que sea, lo cierto es que de ella se valió la divina Providencia para tocar el empedernido corazon de aquel pervertido eclesiástico y apartarle de su mal camino.

Efectivamente, viendo en su penitenta tantas virtudes y dotes como habia Dios depositado en ella, primeramente quedó prendado y confuso á la vez, y, por fin, la cobró una extrema y loca aficion. Condolióse Teresa con ver tan ciego y perdido á aquel desventurado; le tuvo compasion; tomó á pechos su conversion y no aflojó hasta haberla conseguido de la divina misericordia. Encomendó con el mayor fervor y encarecimiento á Dios el alma de aquel infeliz; con mucha maña le arrancó la prenda donde estaban los hechizos; la echó en un rio; entró en sí aquel clérigo; abrió los ojos á la luz; recordó delante del Señor todo el mal que habia hecho; quedó compungido en el alma y convertido;

rompió con aquella mujer; dió gracias á Dios por tan grande beneficio; hizo penitencia; y, al cabo de un año, murió como bueno y digno sacerdote. Esta fué la primera y preciosa conquista que con las armas de la oracion tuvo Teresa la gloria de hacer y ofrecer en obsequio al Autor de nuestra salvacion.

Como hemos dicho ya, estuvo tres meses Teresa en aquel lugar, y, en vez de curar, con los remedios se la aumentaron las dolencias y enfermedades. Cada dia se sentia más enferma, por manera que llegó hasta la última extremidad. La acometió una tos seca; púsose sumamente flaca, pálida y macilenta, hasta que, por fin, paró en consumida y tullida. Viendo esto su padre, mandó que

volviera á su casa donde llegó más enferma que habia salido. D. Alfonso no se cansaba de juntar médicos y más médicos; pero tampoco se cansaba Dios de apretar más y más á Teresa con la enfermedad, por manera que los médicos perdieron completamente la esperanza de curarla, y la desahuciaron.

Estando en esto, llegó el dia de la fiesta de la Asuncion de la Virgen, y en aquella noche la dió un parasismo que la tuvo sin sentido unos cuatro dias, de suerte que la dieron el sacramento de la Uncion, y por tan muerta la tuvieron, que las monjas prepararon su hoya en el convento y la hubieran dado sepultura si no lo hubiera estorbado su padre, asegurando que no habia

muerto todavía su hija; y de tal modo habia cundido y se habia acreditado la noticia de su muerte, que la hicieron las honras en un convento de frailes de la Órden, fuera de Ávila. Pero no se habia equivocado D. Alfonso; no habia aun muerto su hija ni estaba para enterrar; Dios la conservaba para grandes cosas, y despues de aquellos cuatro dias volvió en si la que lloraban ya como muerta; se confesó lo mejor que pudo, y comulgó con el mayor fervor y copiosas lágrimas.

No habia, pues, muerto Teresa; mas despues de aquellos cuatro dias de parasismo habia quedado de manera que, como dice ella misma en el capitulo VI de su *Vida*, « Sólo el » Señor puede saber los incompor-

» tables tormentos que sentia en mi.
» La lengua hecha pedazos de mor-
» dida : la garganta de no haber
» pasado nada, y de la gran flaqueza
» que me ahogaba, que aun el agua
» no podia pasar. Todo me pare-
» cia estaba descoyuntada, con
» grandisimo desatino en la ca-
» beza. Toda encogida hecha un
» ovillo, porqué en esto paró el tor-
» mento de aquellos dias sin po-
» derme menear ni brazo, ni pié,
» ni mano, ni cabeza, mas que si
» estuviera muerta, si no me me-
» neaban; solo un dedo me pare-
» cia menear de la mano derecha.
» Pues llegar á mí, no habia cómo;
» porque todo estaba tan lasti-
» mado, que no lo podia sufrir.
» En una sábana, una de un cabo, y

» otra de otro, me meneaban : esto
» fué hasta Pascua florida. »

En este pequeño cuadro quedan pintados muy vivamente los trabajos que padeció la Santa, y que fueron el punto de partida para sus progresos en la perfeccion. Verdaderamente es mucho lo que sufrió ; pero no fué ménos heroica, ni ménos indecible su apacibilidad. Se acordaba entónces de sus lecturas ; la fortalecia el pensar y recapacitar lo que por los hombres habia sufrido Dios ; y parecia ir aumentando su resignacion á la par del dolor, como para vencerlo y dominarlo. Todo lo que olia á piedad infundia los más vivos consuelos en su alma, la cual á veces se elevaba en sus oraciones sobre todas las cosas de la tierra, y se

quedaba como engolfada en Dios. Manaban fuentes de lágrimas de sus ojos: las faltas, por más leves que fueran, abultaban de un modo extraordinario á su vista, y con su amargo arrepentimiento de impetuosos sentimientos de amor se veia sobresaltado su corazon. De ahi provino que tan severamente calificara, en su *Vida* que escribió, unos pecados que con tan extraña y gustosa facilidad suelen perdonarse á si mismos los hombres cuando no han llegado todavia al elevado punto que habia alcanzado Teresa, á la edad de veinte años.

CAPÍTULO VI

MEJORA LA SALUD DE TERESA.
REGRESA Á SU CONVENTO. MUERE SU PADRE.
SUS LUCHAS PARA ROMPER
ABSOLUTAMENTE CON EL MUNDO Y DARSE
ENTERAMENTE Á DIOS.
LA VENCE FINALMENTE LA GRACIA CON
LEER LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTIN.

Por fin, se mitigaron algun tanto aquellos acerbos, agudos y continuos dolores, que por espacio de casi tres años habia sufrido; y, viéndose un poquito mejor, quiso volverse á su amado convento para continuar su vocacion religiosa. « Di » luego tan gran priesa de irme al

» monasterio, dice la Santa en el ca-
» pítulo VI de su *Vida*, que me hice
» llevar ansí. Á la que esperaban
» muerta, recibieron con alma; mas
» el cuerpo peor que muerto, para
» dar pena verle. El extremo de la
» flaqueza no se puede decir, que so-
» los los huesos tenía : ya digo, que
» estar ansí me duro mas de ocho me-
» ses : el estar tullida, aunque iba me-
» jorando, cási tres años. » Al cabo de estos tres años sanó enteramente, merced á la proteccion de san José, al cual se habia encomendado mucho, y á quien ella misma confiesa ser deudora de su curacion y de otras muchas gracias que por su intercesion habia pedido, sin que jamas salieran frustadas las esperanzas que en él habia puesto; y por lo mismo

imploraba siempre con tanta confianza su proteccion é hizo tantos esfuerzos para propagar su culto y devocion. Asi lo dice ella en el capitulo VI de su *Vida*.

« Tomé por abogado y señor al » glorioso san Josef, dice y encomen- » dóme mucho á él : vi claro, que » ansí desta necesidad como de » otras mayores de honra y pérdida » de alma, este padre y señor mio » me sacó con mas bien que yo lo » sabía pedir. No me acuerdo hasta » ahora haberle suplicado cosa que » la haya dejado de hacer. Es cosa » que espanta las grandes mercedes » que me ha hecho Dios por medio » de este bienaventurado Santo, de » los peligros que me ha librado, » ansi de cuerpo como de alma :

» que á otros Santos parece les dió
» el Señor gracia para socorrer una
» necesidad, á este glorioso Santo
» tengo experieneia que socorre en
» todas; y que quiere el Señor dar-
» nos á entender, que ansi como le
» fué sujeto en la tierra, que como
» tenia nombre de padre siendo
» ayo, le podia mandar, ansi en el
» cielo hace cuanto le pide. Esto
» han visto algunas otras personas,
» á quien yo decia se encomendasen
» á él, tambien por experiencia: ya
» hay muchas que le son devotas de
» nuevo, experimentando esta ver-
» dad... Querria yo persuadir á to-
» dos fuesen devotos deste glorioso
» Santo, por la gran experiencia que
» tengo de los bienes que alcanza
» de Dios. No he conocido persona,

» que de veras le sea devoto y haga
» particulares servicios, que no la
» vea mas aprovechada en la virtud;
» porque aprovecha en gran manera
» á las almas que á él se encomien-
» dan... Sólo pido por amor de Dios,
» que lo pruebe quien no me creyere,
» y verá por experiencia el gran
» bien que es encomendarse á este
» glorioso Patriarca, y tenerle devo-
» cion... Pues él hizo como quien
» es, en hacer de manera que pu-
» diese levantarme y andar, y no
» estar tullida; y yo como quien
» soy en usar mal desta merced. »

Así que volvió á estar en su convento, iba á menudo á visitarla su padre, el cual, como hombre muy adelantado en virtud, la instaba y movia á que trabajara con todo celo

y ahinco en hacerse cada dia más perfecta y santa, valiéndose para ello de un lenguaje que respiraba la más eminente piedad. Pero de allí á poco se vió atacado de su postrera enfermedad. Asi que la hija recibió la noticia del estado de su padre, corrió á prodigarle los cuidados que estaban á sus alcances para ver si podia conservarle la vida.

Ella misma nos cuenta en el capítulo VII de su *Vida* el afecto y devocion con que corrió á cuidar á su venerado padre. « Fuíle yo á curar, » dice, estando mas enferma en el » alma que él en el cuerpo... Pasé » harto trabajo en su enfermedad; » creo le servi algo de los que él » habia pasado en las mias. Con » estar yo harto mala me esforzaba,

» y con que en faltarme él me fal-
» taba todo el bien y regalo, porque
» en un ser me le hacia : tuve tan
» gran ánimo para no le mostrar
» pena, y estar hasta que murió
» como si ninguna cosa sintiera,
» pareciéndome se arrancaba mi
» alma cuando veia acabar su vida,
» porque le queria mucho. Fué cosa
» para alabar al Señor la muerte que
» murió y la gana que tenia de mo-
» rirse. »

Pero todos los cuidados fueron por demas, pues, algunos dias despues hizo el venerable anciano la muerte del justo, dejando á todos sus hijos sumidos en el más profundo y legítimo dolor. Mas no quiso morir sin darles ántes los más religiosos consejos ; y, derramando copiosas lágri-

mas, manifestó el grande sentimiento que le cabia por no haber servido más fielmente al Señor, sin embargo de que hubiese llevado siempre una vida perfectamente correcta y cristiana. Como, ántes de morir, padeciera muy vivos dolores, y le arrancaran algunas quejas, se esmeraba Teresa en consolarlo, recordándole la devocion que tenia á Jesus cuando llevaba la cruz á cuestas, y con esto dejó de quejarse y gemir. Se puso á aguardar la muerte; estuvo tres dias agonizando y murió como un ángel. Así lo dice la Santa en el mismo capitulo VII de su *Vida*, añadiendo : « No sé para qué he dicho esto, sino » es para culpar mas mis ruindades » después de haber visto tal muerte » y entender tal vida, que por pare-

» cerme algo á tal padre la habia » yo de mejorar. »

Tenia veinte y cuatro años Teresa, cuando la muerte se llevó á su querido padre. Durante la enfermedad de D. Alfonso, su hija pudo ver y conocer á un Padre dominico, llamado P. Vicente Varron, hombre muy letrado, lector de teologia, y Presentado de su Órden, sugeto bueno y temeroso de Dios, con quien se habia confesado su padre en los últimos años de su vida, y con quien se confesó ella tambien con gran provecho de su alma. En efecto, despues de haber andado á pasos agigantados por el camino de la piedad y virtud, se habia entibiado su fervor, y fué aquel buen Religioso el ángel de que se valió el Señor

para volver á encender en su corazon el fuego sagrado y medio apagado. Así que se vió algo mejor, siguieron visitándola muchas personas que iban á verla durante su enfermedad. No la disgustaban á ella aquellas visitas; muy al contrário, se complacia en ellas, cobró de este modo gusto á conversaciones y tratos; y aquellas frecuentes conversaciones con gentes del mundo engendraron ciertas amistades, que, sin ser absolumente malas, la eran sumamente nocivas. Hubiese querido gozar las dulzuras de la oracion en el oratorio y las delicias de la sociedad en el locutorio; ser monja en el coro y seglar en la porteria; aunar el retiro y el siglo, é imprimir la misma direccion á dos corrientes opuestas.

No habia solucion posible para semejante problema; y no dejaba ella de saber que, segun el Evangelio, nadie puede servir dos amos á un mismo tiempo. Por lo mismo era su corazon una especie de teatro donde sin tregua ni respiro estaban luchando dos poderosos é irreconciliables antagonistas, y esto la quitaba toda paz y sosiego y la llevaba desazonada, pesarosa y angustiada. Así nada extraño es que ella misma nos diga en el capitulo VII de su *Vida*:

« Pasaba, dice, una vida trabajo-
» sisima, porque en la oracion en-
» tendia mas mis faltas. Por una
» parte me llamaba Dios, por otra
» yo seguia al mundo. Dábanme
» gran contento todas las cosas de
» Dios. Teníanme atada las del

» mundo. Parecia que queria concer-
» tar estos dos contrarios tan ene-
» migos uno de otro, como es vida
» espiritual y contento, y gustos, y
» pasatiempos sensuales. En la ora-
» cion pasaba gran trabajo porque
» no andaba el espíritu señor sino
» esclavo; y ansi no podia encer-
» rarme dentro de mí, que era todo
» el modo de proceder que llevaba
» en la oracion sin encerrar conmigo
» mil vanidades. Pasé ansi muchos
» años que ahora me espanto; qué
» sugeto bastó á sufrir que no dejase
» lo uno ú lo otro; bien sé que
» dejar la oracion no era ya en mi
» mano, porque me tenia con
» las suyas el que me queria
» para hacerme mayores mer-
» cedes. »

Entre las personas que de fuera iban á verla habia una con la cual trabó mucha amistad. Cierto dia que estaban dialogando juntas, el Señor la abrió los ojos para hacerla ver el grande peligro que corria, y « darla » á entender, como dice ella en el » capítulo VII de su *Vida*, que no la » convenian aquellas amistades, y » avisarla, y darla luz en tan grande » sequedad. Representóseme, añade, » Cristo delante con mucho rigor, » dándome á entender lo que de » aquello le pesaba : vile con los » ojos del alma mas claramente que » le pudiera ver con los del cuerpo, » y quedóme tan imprimido, que há » esto mas de veinte y seis años, y » me parece lo tengo presente. Yo » quedé muy espantada y turbada,

» y no queria ver mas á con quien
» estaba. »

Tuvo Teresa esta vision en la portería de su convento estando con la persona de que habla, y entónces se le manifestó el Señor atado á la columna cubierto de llagas, y particularmente en un brazo junto al codo, desgarrado un pedazo de carne. Desgraciadamente aquella saludable impresion no fué duradera; poco á poco fué desapareciendo aquel sobresalto, y finalmente quedó persuadida de que aquello que habia visto no era más que fanstasma de imaginacion, ó artificio del demonio. Y así, no obstante la voz interior que la decia que era menester romper aquella cadena para siempre, cedió á las instancias de que se valieron para

hacerla volver á aquellas amistades y empezar de nuevo aquellas conversaciones, y creyó lo que la aseguraban, de que no sólo no podian dañar á su reputacion aquellas relaciones, mas ántes bien la hacian mucha honra. Persuadida de ello seguia viviendo en el convento, medio monja y medio seglar, ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, complaciéndose más en el segundo que en el primero, y no reparando en dispensarse con suma facilidad de los ejercicios de Comunidad. Pero si, por una parte, se veia combatida por el enemigo de su salvacion, Dios, por otra, tenia siempre puesta la mano en la aldaba de la puerta del corazon de Teresa, amonestándola y rogándola blanda y

amorosamente que se lo entregara y sacrificara enteramente y sin reserva. Mucho trabajo tenia ella en resolverse á tan generoso sacrificio; Dios y las criaturas estaban, á la vez, solicitando su corazon, y no se decidia ni por un partido ni por otro. Neutral entre los dos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, y su corazon era como un campo de batalla donde estaban guerreando los dos competidores para conquistarlo, como ya hemos dicho. En medio de esta continua lucha, Dios sumamente misericordioso se valió de otra vision que la Santa cuenta en el mencionado capítulo de este modo : « Estando otra vez con » la misma persona, vimos venir

» hácia nosotros, y otras personas
» que estaban allí tambien lo vieron,
» una cosa á manera de sapo grande,
» con mucha mas ligereza que ellos
» suelen andar; de la parte que
» él vino, no puedo yo entender
» pudiese haber semejante saban-
» dija en mitad del dia, ni nunca la
» ha habido; y la operacion que
» hizo en mí, me parece no era sin
» misterio; y tampoco esto se me
» olvidó jamás. ¡Ó grandeza de
» Dios, y con cuánto cuidado y
» piedad me estábades avisando de
» todas maneras, y qué poco me
» aprevechó á mí!

» Tenia allí una monja que era mi
» parienta, antigua y gran sierva
» de Dios y de mucha religion, esta
» tambien me avisaba algunas veces;

» y no solo no la creia, mas dis-
» gustábame con ella, y parecióme
» se escandalizaba sin saber por
» qué. »

Seria menester poder entrar en el corazon de Teresa para hacerse cargo de lo que estaba sufriendo con tanto luchar, y de lo amargo que la era la vida que llevaba; pues una vida tan atribulada más bien podia llamarse muerte que vida. Sin embargo, como era muy natural, estaba deseando gozar una vida verdadera, y bien veia que no era vivir, ni jamas podia esperar vivir. si tenia que continuar luchando sin cesar contra aquella especie de muerte. « Deseaba vivir,
» dice en el capítulo VIII de su *Vida*,
» que bien entendia que no vivia,
» sino que peleaba con una sombra

» de muerte, y no habia quien me
» diese vida, y no la podia yo to-
» mar; quien me la podia dar tenia
» razon de no socorrerme, pues
» tantas veces me habia tornado á
» sí, y yo dejádole. » Con estas palabras concluye el mencionado capítulo, y prosiguiendo la misma materia y por el mismo estilo sigue hablando en el capítulo IX, que empieza así: « Pues ya andaba mi
» alma cansada, y aunque queria,
» no la dejaban descansar las ruines
» costumbres que tenia. Acaecióme,
» que entrando un dia en el orato-
» rio, vi una imágen que habian
» traido allí á guardar, que se habia
» buscado para cierta fiesta que se
» hacia en casa. Era de Cristo muy
» llagado, y tan devota, que en mi-

» rándola, toda me turbó de verle
» tal, porque representaba bien lo
» que pasó por nosotros. Fué tanto
» lo que sentí de lo mal que habia
» agradecido aquellas llagas, que
» el corazon parece se me partia;
» y arrojéme cabe él con grandi-
» simo derramamiento de lágrimas,
» suplicándole me fortaleciese ya
» de una vez, para no ofenderle. »

No habia la primera vision referida dejado de hacer impresion en el corazon de Teresa, mas no tanto como lo que acabamos de poner; la vista de la imágen del Señor en tan lastimoso estado la movió de un modo tan vivo, la llenó de tanta compuncion y la arrancó tantas lágrimas, que salió renovada y fortalecida en el espíritu. Fué ciertamente

para ella el momento de la gracia. « Esta postrera vez desta imágen » que digo, añade Teresa en el » mencionado capítulo IX, me pa- » rece me aprovechó mas; porque » estaba muy desconfiada de mí, y » ponia toda mi confianza en Dios. » Paréceme le dije entónces, que » no me habia de levantar de allí » hasta que hiciese lo que le suplí- » caba. Creo cierto me aprovechó, » porque fuí mejorando mucho » desde entónces. » Y así sucedió. Las dos llamadas, que acababa de hacer Dios á su corazon, dieron sus frutos y fueron dos golpes decisivos que la determinaron á romper con todas sus flaquezas y á darse enteramente al Señor, renunciando de todas véras á todo lo que hasta

entónces habia dividido su corazon entre el Criador y las criaturas. Estaba totalmente mudada y resuelta, y puso inmediatamente mano á la obra. Así nos lo enseña ella misma, diciendo en otra parte : « Es otro » libro de aquí adelante, digo otra » vida nueva; la de hasta aquí era » mia : la que he vivido desde que » comencé á declarar estas de ora- » cion, es que vivia Dios en mi, á lo » que me parecia; porque entiendo » yo era imposible salir en tan poco » tiempo de tan malas costumbres y » obras... Pues comenzando á qui- » tar ocasiones, y á darme á la ora- » cion, comenzó el Señor á hacerme » las mercedes, como quien de- » seaba, á lo que pareció que yo las » quisiese recibir. » Desde aquel

acto se hubiera dicho que habia salido Teresa del mundo en que se la habia visto vivir, y habia entrado en otro hemisferio, donde veia las cosas bajo otro aspecto y estaba resuelta á llevar otra suerte de vida. Para ello la era indispensable la ayuda del Señor, sin la cual nada podemos hacer de bueno ; se la pidió, Dios se la otorgó extendiendo su misericordiosa mano sobre ella ; fué Teresa fiel en aprovecharla, y de allí adelante fué muy diferente su vida, y fué ella creciendo cada dia en virtud y santidad. Verdad es que, cuanto más se esmeraba ella en que no fuesen en balde los auxilios de Dios, tanto más se complacia Él en prodigárselos.

Efectivamente, en medio de los

terribles combates que estaba sufriendo Teresa, para sacarla de ellos dispuso el Señor que tuviera la dicha de tratar con el P. Vicente Varron, de quien ya hemos hablado; las grandes luces, que en la vida espiritual y la direccion de las almas habia adquirido aquel siervo de Dios, le merecieron la confianza de Teresa; se confesó con él; le abrió su corazon; le puso de manifiesto el estado de su alma, y aquel buen Religioso fué el principal instrumento de que se valió la Providencia para ganar enteramente el corazon de su sierva. Bajo la direccion de aquel docto Padre entró ella seriamente en sí, tomó las armas contra sí misma; se desentendió para siempre de las relaciones que tanto perjuicio causa-

ban á su alma; se dió sin reserva al cumplimiento de las obligaciones de su estado; recobró su antiguo fervor, y tomó mayor vuelo su piedad, sosteniéndola los ejemplos de los santos, cuyas vidas se complacia particularmente en leer. Profesaba tierna devocion á santa Magdalena, y pensaba muy á menudo en su conversion, especialmente en el acto de comulgar. Cifraba sus delicias en imitar á aquella santa é ilustre penitenta, en hincar como ella su rodilla á los piés del Salvador, regarlos con sus lágrimas, y procurar por este medio merecer el perdon de sus pecados. Imploraba muchas veces su poderosa intercesion cerca de su divino Maestro.

No era ménos afectuosa la devo-

cion que tenia á san Agustin. Por aquel tiempo vinieron á sus manos las *Confesiones* de aquel glorioso Padre de la Iglesia; se dió á leerlas con el más vivo interés, y aquella lectura fué, por decirlo asi, como el bosquejo de su perfecta conversion. El poderoso atractivo, que la merecia aquel santo doctor, la hacia siempre presente su memoria. « Yo » soy muy aficionada á san Agustin, » dice la Santa en el capitulo IX de » su *Vida*, porque el monasterio á » donde estuve seglar era de su » órden, y tambien por haber sido » pecador, que de los Santos, que » despues de serlo el Señor tornó » á si, hallaba yo mucho consuelo, » pareciéndome en ellos habia de » hallar ayuda; y que como los

» habia el Señor perdonado podia
» hacer á mí : salvo que una cosa
» me desconsolaba, como he dicho,
» que á ellos sola una vez los habia
» el Señor llamado, y no tornaban
» á caer, y á mí eran ya tantas, que
» esto me fatigaba; mas conside-
» rando en el amor que me tenia,
» tornaba á animarme, que de su
» misericordia jamas desconfié, de
» mí muchas veces.»

Producia en el alma de Teresa una viva y firme confianza la lectura del libro en que pone de manifiesto el ilustre doctor los extravíos de su vida y su vuelta á Dios. Pareciéndola ver en los rasgos de aquel arrojado y tempestuoso talento como en un espejo representada la batalla que pasaba en su alma, siguió devorando, más

bien que leyendo, aquel librito; al mismo paso se le fué mudando el corazon. Asi que hubo llegado á aquel punto en que cuenta su conversion el santo doctor, la pareció que á ella misma daba el Señor aquella misma voz que habia dado al Santo en el huerto; la hizo una impresion tal que jamas se la borró de la memoria, por manera que aun mucho tiempo despues hablaba de ella de un modo muy patético; y se quedó rendida y hecha un mar de lágrimas. Esto no es más que la repeticion de lo que sobre este particular dejó escrito la Santa en el capítulo IX de su *Vida* : « Como comencé á leer las confes- » siones, paréceme me veia yo allí; » comencé á encomendarme mucho » á este glorioso Santo. Cuando lle-

» gué á su conversion y lei como » oyó aquella voz en el huerto, no » me parece sino que el Señor me » la dió á mi, segun sintió mi cora- » zon : estuve por gran rato que » toda me deshacia en lágrimas, y » entre mi mesma con gran afliccion » y fatiga. » Su alma quedó conmovida como si la hubieran traspasado con una saeta; y, anegada en profundo llanto, no se cansaba de repetir aquellas palabras del santo doctor : « Señor, ¿hasta cuándo? » ¿hasta cuándo, Señor? ¿mañana, » mañana? ¿porqué no ahora? » ¿porqué no se acabará hoy el fin » de mi torpeza? » El Señor, que estaba esperando lo que le pedia Teresa, se compadeció de su desconsuelo y trabajo, oyó sus voces y

gemidos, condescendió con sus lastimosos y fervorosos ruegos, la tendió benignamente la mano de su misericordia, y desde entónces ardió su alma en nuevos fervores y deseos, se fortalecieron sus virtudes, salió de su corazon toda aficion á vanidades y pasatiempos, cobró grande aborrecimiento á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y, transportada de agradecimiento, decia, como vemos por el mismo capítulo IX : « Yo me admiro ahora cómo podia » vivir eu tanto tormento ; sea Dios » alabado, que me dió vida para » salir de muerte tan mortal : paré- » ceme que ganó grandes fuerzas » mi alma de la divina Majestad, y » que debia oir mis clamores, y » haber lástima de tantas lágrimas. »

CAPÍTULO VII

ENCENDIDO AMOR DE TERESA POR DIOS. SUS VEHEMENTES DESEOS DE SUFRIR.

Fué para Teresa aquella época una de las más memorables de su vida, porque desde entónces fué cuando principió á andar con ardor en el camino de la perfeccion. Fortalecida con la gracia que acababa de recibir, rompió, por fin, todas las prisiones; concibió un gusto más vivo y más constante por la oracion, un extraordinario esmero en huir las ocasiones que podian disipar ó per-

turbar su alma; todo anunciaba ya que una extraordinaria revolucion acababa de estallar en su fervor. Se engrandeció á su vista el horizonte del mundo espiritual; y, habiéndosela ensanchado el corazon, respiró hácia el cielo con un desahogo y una libertad que no conocia todavía. Resintió su alma algo análogo á lo que se experimenta en la cima de los móntes : allí el aire vivo y puro da vigor al cuerpo, disipa las nubes del entendimiento, y arrastra el pensamiento hasta no sé qué cosa infinita; entónces se hace el hombre, en cierto modo, igual al espectáculo que tiene delante de sí, y se pone en armonía con las grandezas que le presenta la naturaleza. Guiada por una luz superior y sobrenatural,

tomó Teresa su vuelo hácia las regiones celestiales; desde las alturas en que se habia colocado, midió la extension de los cielos espirituales, y vió cómo todas las verdades, que son unos soles inteligibles, van gravitando al rededor del sol de la suprema verdad; y del sumo gozo que la infundió semejante espectáculo, la vino la inspiracion mística y un sublime delirio de amor divino. Habia Dios encendido en el corazon de su sierva un fuego de amor tan grande y un deseo tan poderoso de verle, que no era para ella la vida presente más que un largo martirio. Quedó herida de una llaga divina, que, con consumirla y hacerla morir, la infundia un inefable deleite, con el cual no hay medio de comparar

todos los deleites de este mundo [1].
Al bajar, despues de aquellos ine-

---

[1] Vió Teresa, por aquellos tiempos, al lado izquierdo de su cuerpo, un serafin de peregrina belleza, en forma corporal, que en sus manos traia un dardo de oro largo, á cuyo cabo tenia en la punta un poco de fuego. Metiala el serafin el dardo por el corazon, y traspasábala hasta las entrañas. Cuando se lo metia en el corazon, producia en él una llama de amor de Dios que la dejaba, por decirlo así, enteramente abrasada y sin poder aguantar aquel incendio devorador; y, cuando se lo retiraba, parecia que la arrancaba las entrañas, y tan abrasada la dejaba, que la hubieran creido enajenada y fuera de sí. Arrancábala ligeros gemidos el dolor de aquellas sagradas heridas, sin que lo pudiera ella resistir; pero, por otra parte, tal era la suavidad, que de aquel dolor en su alma nacia, que la dejaba tan sumamente embriagada, que ni ver, ni hablar queria, sino solamente gozar de la dulzura de su trabajo y de las delicias de su amor. Sólo gustaba de abrasarse con aquella sabrosa pena, que para ella era la mayor gloria de cuantas hay en la creacion.

narrables arrobamientos, de aquellas sublimes regiones, desgraciadamente tan poco exploradas hoy dia, y al volverse á hallar en el destierro de este mundo, prorumpió su alma desconsolada en sentidos ayes y lastimosos gemidos, y salieron de su boca palabras de tal suavidad y poder, que á nadie pueden hallar indiferente ó insensible; ni siquiera los mundanos leerian, sin quedar encantados, aquellas páginas tan animadas y palpitantes en que todo respira el grave pensamiento y el ardiente amor de la gloria celestial.

Asi que ha llegado una alma á gozar, como Teresa, de las delicias del amor de Dios, muy insipidas la parecen todas las de la tierra. Por lo mismo fastidio la da la vida; anda

en busca de la soledad para suspirar con más libertad por su amado. Se va, preguntándose sin cesar á si misma y repitiendo: *¿Dónde está tu Dios?* Tan viva es el ansia que tiene por poseerle, que la causa un delicioso martirio. Es una especie de agonía, acompañada de cierta dulce alegría, que en nada se parece á cuantos gozos pueden experimentarse en este mundo. Hubiera podido Teresa decir como san Agustin: « Dadme uno » que ame, y entenderá lo que digo. »

Así nada es de extrañar que con tanto ardor hable Teresa cuando se trata de este divino amor. « No es » como acá, dice en el capítulo XXI » de su *Vida*, que está toda la vida » llena de engaños y dobleces; » cuando pensais teneis una volun-

» tad ganada, segun lo que os mues-
» tra, venis á entender que todo es
» mentira; no hay ya quien viva en
» tanto tráfago, en especial si hay
» un poco de interés. Bienaventu-
» rada alma, que la trae el Señor á
» entender verdades. ¡Ó qué estado
» este para los reyes! ¡Cómo les
» valdria mucho mas practicarlo,
» que no un gran señorío! ¡Qué
» rectitud habria en el reino! ¡Qué
» de males se excusarian y habrian
» excusado! »

Y no se venga á creer que pusiera á Teresa triste y de mal humor aquella tan elevada y grave devocion; pues no era así. Muy al contrário, en todo su exterior habia y se echaba de ver una amable y encantadora jovialidad, una grande y graciosa

serenidad. No queria que pareciera la piedad convertirse en tristeza en los que la practican, sino que, al contrário, se manifestara revestida de aquella apacible alegria que dispone favorablemente los ánimos, los atrae y conquista. En este sentido hablaba nuestra Santa cuando decia que va muy equivocado el que se persuade, como hacen algunos, que no puede haber acuerdo entre la devocion y la libertad de espiritu. Y lo prueba ella misma en el hecho de escribir sobre las más arduas y elevadas materias, con la firmeza de un hombre de edad madura y talento sobresaliente y el cándido y casi jovial humor de un niño. No nos ha puesto ella por escrito su vida y lo que la pasó en sus rela-

ciones con Dios más que para obedecer al director de su conciencia; jamas pronunció su nombre propio ni el de nadie, y pide que se guarde su secreto. « Por pensar Vm. » (dice en los capítulos X y XI, » dirigiéndose á su confesor), hará » esto que por el amor del Señor » le pido, y los demas que lo han » de ver, escribo con libertad; de » otra manera seria con gran escrú- » pulo, fuera de decir mis pecados, » que para esto ninguno tengo; » para lo demas basta ser mujer, » para caérseme las alas, cuanto » mas mujer y ruin... Habré de » aprovecharme de alguna compa- » racion, que yo las quisiera » excusar por ser mujer y escribir » simplemente lo que me mandan;

» mas este lenguage de espíritu es
» tan malo de declarar á los que no
» saben letras, como yo, que habré
» de buscar algun modo, y podrá
» ser las menos veces acierte á que
» venga bien la comparacion; ser-
» virá de dar recreacion á Vm. de
» ver tanta torpeza. »

Fundándose en este principio, que incumbe al hombre una estrecha obligacion de ir adelantando siempre en la virtud é imprimir á su vida un carácter de perfeccion que vaya creciendo sin cesar, hace presente Teresa que es preciso huir de todo pecado, sea cual sea, y darse esforzadamente á la oracion y mortificacion; despues trabajar para llegar á parecerse más y más al Salvador de los hombres; y, final-

mente, formar una intima union con Dios, aplicándose á amarle con todo el corazon. Trató particularmente este último punto muy por extenso en el capítulo XVI, haciendo ver por qué grados va el alma elevándose á Dios. « El gusto y » suavidad, y deleite es mas sin » comparacion que lo pasado; es » que da el agua de la gracia á la » garganta á esta alma, que no pueda » ya ir adelante, ni sabe cómo tornar » atras; querria gozar de grandísi- » ma gloria... Yo no sé otros tér- » minos como lo decir, ni como lo » declarar, ni entónces sabe el alma » qué hacer, porque ni sabe si » hable, ni si calle, ni si ria, ni si » llore. Es un glorioso desatino, » una celestial locura á donde se

» desprende la verdadera sabidu-
» ria, y es deleitosisima manera de
» gozar el alma. » Efectivamente, no parece sino que á veces se deshace de si misma y ya no es dueña de ella misma : semejante á una arpa cuyas cuerdas harian los vientos mover y vibrar, sus acentos, á impulos de un soplo que no viene de la tierra, resuenan formando una perfecta armonía con los cantos de la eternidad. Saliendo entónces del profundo recogimiento en que estaba engolfada conversando con su Dios, levanta la voz para dirigirse á su padre celestial y querido Esposo, con un lenguaje desatinado, por decirlo asi; y con todo el delirio de un corazon que sufre y que goza á un mismo tiempo, en su herida quisiera

ser toda ella lenguas para alabarle y bendecirle. « Dice mil desatinos » santos, atinando siempre á con- » tentar á quien la tiene ansí... Y luégo, en el mismo capitulo, poniéndose en el estado de esta alma bienaventurada, prorumpe la Santa para probarlo con su ejemplo, enajenada de agradecimiento y amor, exclamando : « Quered ahora, Rey » mio, suplicooslo yo, que pues » cuando esto escribo, no estoy » fuera desta santa locura celestial » por vuestra bondad y miseri- » cordia, que tan sin merecimientos » mios me haceis esta merced, que » lo estén todos los que yo tratare » locos de vuestro amor, ó permi- » tais que no trate yo con nadie, ó » ordenad, Señor, como no tenga yo

» cuenta en cosa del mundo, ó sa-
» cadme dél. No puedo yo, Dios
» mio, esta vuestra sierva sufrir tan-
» tos trabajos, como sin verse sin
» Vos le vienen; que si ha de vivir,
» no quiere descanso en esta vida,
» ni se le deis Vos. Querria ya esta
» alma verse libre; el comer la
» mata; el dormir la congoja: ve
» que se le pasa el tiempo de la
» vida pasar en regalo, y que nada
» la puede regalar fuera de Vos; que
» parece vive contra natura, pues ya
» no quisiera vivir en sí sino en
» Vos. »

No contenta con verse abrasada la Santa con las sagradas llamas del amor de Dios, hubiera deseado que lo hubieran estado todas las criaturas de la tierra, y especialmente los pre-

dicadores. Así lo dice paladinamente en el capítulo XVI de su *Vida* á su confesor, á quien dirige la historia que de ella escribió. « Hasta los » predicadores van ordenando sus » sermones para no descontentar; » buena intencion terrán y la obra » lo será, mas ansi se enmiendan » pocos. ¿Mas cómo no son muchos » los que por los sermones dejan » los vicios públicos? Sabe que me » parece, porque tienen mucho seso » los que los predican. No están sin » él con el gran fuego del amor de » Dios, como lo estaban los após- » toles, y ansí calienta poco esta » llama : no digo que sea tanta » como ellos tenian, mas ellos te- » nian, mas querria que fuese mas » de lo que veo. » Por ahí puede

inferirse cúal era el corazon, la elocuencia, la fe y el amor de la Santa.

Acostumbrada Teresa á estos divinos consuelos, sentia que la iban creciendo más y más en el alma sus ardientes deseos del cielo; y esta ansia, en que se consumia, la dictó uno de los himnos más célebres y sublimes en la Iglesia de Dios, en el cual explica y canta con deleite estas palabras que se hallan en el estribillo : *Muero porque no muero.* Lo trasladamos aquí, y es como sigue :

« *Vivo sin vivir en mí,*
» *Y tan alta vida espero,*
» *Que muero porque no muero.*

GLOSA

« Aquesta divina union
» Del amor con que yo vivo,
» Hace á Dios cautivo
» Y libre mi corazon :
» Mas causa en mí tal pasion
» Ver á mi Dios prisionero,
» Que muero porque no muero.

« ¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
» ¡Qué duros estos destierros!
» ¡Esta cárcel y estos hierros,
» En que el alma está metida!
» Solo esperar la salida
» Me causa un dolor tan fiero,
» Que muero porque no muero.

« ¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
» Do no se goza el Señor!
» Y si es dulce el amor,

» No lo es la esperanza larga :
» Quíteme Dios esta carga,
» Mas pesada que de acero,
» Que muero porque no muero.

« Solo con la confianza
» Vivo de que he de morir;
» Porque muriendo el vivir
» Me asegura mi esperanza :
» Muerte do el vivir se alcanza,
» No te tardes, que te espero,
» Que muero porque no muero.

« Mira que el amor es fuerte ;
» Vida no me seas molesta,
» Mira que solo te resta,
» Para ganarte, perderte ;
» Venga ya la dulce muerte,
» Venga el morir muy ligero,
» Que muero porque no muero.

« Aquella vida de arriba
» Es la vida verdadera :
» Hasta que esta vida muera,

» No se goza estando viva :
» Muerte no seas esquiva :
» Vivo muriendo primero,
» Que muero porque no muero.

« Vida, ¿qué puedo yo darle
» Á mi Dios que vive en mí,
» Sino es perderte á ti
» Para mejor á él gozarle?
» Quiero muriendo alcanzarle,
» Pues á él solo es el que quiero,
» Que muero porque no mucro.

« Estando ausente de ti,
» ¿Qué vida puedo tener?
» Sino muerte padecer
» La mayor que nunca ví :
» Lástima tengo de mí,
» Por ser mi mal tan entero,
» Que muero porque no muero.

« El pez que del agua sale,
» Aun de alivio no carece :
» Á quien la muerte padece,

» Al fin la muerte le vale :
» ¿Qué muerte habrá que iguale
» Á mi vivir lastimero?
» Que muero porque no muero.

« Cuando me empiezo á aliviar
» Viéndote en el Sacramento
» Me hace mas sentimiento
» El no poderte gozar :
» Todo es para mas penar,
» Por no verte como quiero,
» Que muero porque no muero.

« Cuando me gozo, Señor,
» Con esperanza de verte,
» Viendo que puedo perderte,
» Se me dobla mi dolor :
» Viviendo en tanto pavor,
» Y esperando como espero,
» Muero porque no muero.

« Sácame de esta muerte,
» Mi Dios, y dame la vida,
» No me tengas impedida

» En este lazo tan fuerte :
» Mira que muero por verte,
» Y vivir sin ti no puedo,
» Que muero porque no muero.

« Lloraré mi muerte ya,
» Y lamentaré mi vida,
» En tanto que detenida
» Por mis pecados está.
» Ó mi Dios, ¿cuándo será,
» Cuando yo diga de vero,
» Que muero porque no muero? »

El amor de Dios, que á Teresa causaba este martirio que con tanta elocuencia pinta, hallaba su pábulo en las prácticas de religion, y sobretodo en la oracion y la frecuentacion de los Sacramentos de la Iglesia; pero el único alivio, que para semejante martirio hallaba, era el embeleso de sus quejas. Sentia el fuego

de este amor que la estaba abrasando el corazon y hubiese querido remediarlo; pero la dificultad consistia en hallar este remedio; y, no acertando en descubrirlo, preguntaba á su amantísimo Jesus hasta cuándo alargaria su suplicio, y lo que podia ella hacer para aliviarlo. Se le quejaba de que la habia hincado una saeta en lo más vivo de las entrañas y del corazon, de que la habia herido con los dardos de su amor y de que no la sanaba, y de que la daba la muerte sin quitarla la vida. No se quejaba del encendido amor que tenía por su Dios, que tan de véras amaba, sino de que la vida presente la estorbaba de ir á la gloria á gozar por toda una eternidad del divino objeto de su ardiente amor. Todas

sus quejas, palabras y obras emanaban del grande y ardiente brasero del amor divino que habia abrasado su corazon. Con este amor se regocijaba infinito de que sea Dios lo que es, y de que posea los inapreciables tesoros de gloria y felicidad que abriga en su esencia. Con este amor tomaba parte en toda la honra que asi en el cielo como en la tierra le tributan los ángeles, los santos y sus fieles siervos. Con este amor hubiera dado gustosa mil veces su vida para estorbar todo pecado en este mundo y ganar los corazones de todos los hombres á su amantísimo Redentor. Con este amor lloraba amarga y entrañablemente los delitos y las abominaciones de que sabia que estaba llena la tierra, y se entregaba á las

mayores austeridades y mortificaciones para dar alguna satisfaccion á su Dios ofendido. Con este amor se apartaba de la socieded y relaciones con las criaturas para vivir á solas con su Amado. Con este amor estaba anhelando con una santa impaciencia por salir de la prision de su cuerpo é ir á gozar con más prontitud de los tiernos abrazos del celestial Esposo de su alma. Con este amor se la hacian más llevaderos y ligeros todos los trabajos y cruces, por más grandes y graves que fueran. Con este amor no vivia en sí, sino por su Dios, no pensaba más que en su Dios, no hablaba más que de su Dios, no gustaba más que de su Dios, en solo Dios cifraba todas sus ansias, votos y esperanzas, y fuera de Él ningun

agrado ni atencion la merecian, ántes bien la eran intolerables todos los vanos placeres de este mundo.

Bien la correspondia Dios, inundando su alma de inefables consuelos en este ejercicio de amor; pero esta misma consideracion la hacía ansiar con mayor fervor por verse desatada de los lazos de su cuerpo, que la impedian elevarse á la region donde sin pena ni trabajo hubiera gustado los imponderables consuelos que tiene Dios reservados en el cielo á los que de todo corazon le aman en la tierra. Por esto se quejaba tanto de vivir y deseaba tanto morir; miraba la vida corporal como enemiga de su dicha y sólo deseaba que concluyera. « Muérase, decia, en ese » paraiso de delicias. ¡Bienaventu-

» rada tal muerte, que ansí hace » vivir ! » Estos mismos pensamientos expresa de un modo no ménos enérgico en otra *Glosa*, en la cual, despues de haber repetido algunos de los versos que hay en la anterior, concluye con sus deseos de morir. Dice así :

GLOSA

« Vivo ya fuera de mí,
» Despues que muero de amor ;
» Porque vivo en el Señor,
» Que me quiso para sí :
» Cuando el corazon le dí,
» Puso en mí este letrero,
» Que muero porque no muero.

« Esta divina union,
» Y el amor con que yo vivo,
» Hace á mi Dios mi cautivo,

» Y libre mi corazon;
» Y causa en mí tal pasion
» Ver á Dios mi prisionero,
» Que muero porque no muero.

« ¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
» ¡Qué duros estos destierros!
» ¡Esta cárcel y estos hierros,
» En que está el alma metida!
» Solo esperar la salida
» Me causa dolor tan fiero,
» Que muero porque no muero.

« Acaba ya de dejarme
» Vida, no me seas molesta;
» Porque muriendo, ¿qué resta,
» Sino vivir y gozarme?
» No dejes de consolarme
» Muerte, que ansí te requiero,
» Que muero porque no muero. »

Ya vimos en el capítulo anterior que el padre de Teresa habia siempre

profesado una tierna devocion á Jesus, cuando le llevaban los sayones al Calvario cargado con el peso de la cruz en que debia morir para redimirnos de nuestros pecados, y que la hija se valia de esta consideracion para alentar á D. Alfonso en medio de los dolores que le arrancaban algunas quejas en los últimos momentos de su vida. Pues, la Santa profesaba igual devocion á Jesus pendiente del árbol de la cruz, y cuando se ponia á meditar sobre este doloroso misterio, parece que su amor tomaba un vuelo más elevado, que esta consideracion la arrancaba ímpetus más apasionados y la infundia más tiernos afectos y más sublimes inspiraciones. Se deduce esto claramente del siguiente *Soneto á*

Jesus crucificado, cuya autenticidad puede contestarse, como dicen los Bolandistas, por el mero hecho de no hallarse en las ediciones antiguas de la Santa, por más que respire los acentos de la Santa:

« No me mueve, mi Dios, para [quererte
» El cielo que me tienes prometido,
» Ni me mueve el infierno tan temido
» Para dejar por esto de ofenderte.

« Tú me mueves, mi Dios, muéveme [el verte
» Clavado en esa cruz y escarnecido;
» Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
» Muévenme las angustias de tu muerte.

« Muéveme, en fin, tu amor de tal [manera,

» Que, aunque no hubiera cielo, yo te
[amara,
» Y, aunque no hubiera infierno, te
[temiera.

« No me tienes que dar, porque te
[quiera,
» Porque, si cuanto espero no esperara,
» Lo mismo que te quiero te quisiera.»

Puesta Teresa en espíritu al pié de aquel árbol de vida, regado con la preciosa sangre del Salvador, en compañía de la Virgen, del discípulo amado y la ilustre penitente, no se cansaba de contemplar con tierna compasion á nuestro divino Maestro en tan lastimosa situacion. Profundamente conmovida y deshecha en lágrimas, la excitaba aquella consideracion al amor de la cruz para reproducir en sí una viva copia del

divino dechado que se representaba. No la bastaba sacar de aquella meditacion los motivos de amar, de que era susceptible su alma, á Aquel que estaba ella viendo dar con gusto su vida por nuestro amor, sino que, aplicándose á sí misma aquellas palabras de la Escritura que dice : *Mira y obra segun el ejemplo que se te ha mostrado en la montaña*, tomó enérgicamente la resolucion de seguir con denuedo varonil é invicta constancia las sangrientas huellas del que la habia ganado el corazon. Renunció para siempre los regalos y gustos de la vida para consagrarse exclusivamente á la penitencia y mortificacion. Ya ningun atractivo tenian para ella los adornos y galas, sino la corona de espinas; ni consi-

deraba digno de su aprecio otro lecho que el duro madero de la cruz; y, ansiosa de parecerse, cuanto pudiera, á Jesus muriendo en medio de oprobios y trabajos, dijo con heroico arrojo y de lo más intimo de su corazon aquellas dos admirables palabras, que eran como su devisa particular, y que de siglo en siglo van repitiendo con admiracion las generaciones : *Señor, ó morir ó padecer*. Si, Dios y Señor mio, ó padecer ó morir para asemejarme á Vos, es cuanto os pido. Ya no me será posible vivir sin sufrir ; preciso es que sufra ó que muera. Y dejándose llevar de sus ansias por ir á reunirse con el único objeto de su amor y dueño de su corazon, añadia á las palabras que acabamos de citar, y

van impresas en el capítulo XL de su *Vida*: « Dame consuelo oir el reloj, » porque me parece que me llego » un poquito mas para ver á Dios, » de que veo ser pasada aquella » hora de la vida. » Y ya en el capítulo XXXIV habia ella escrito tambien: « ¡Ó gran cosa es á donde » el Señor da esta luz de entender » lo mucho que se gana en padecer » por él. No se entiende esto bien » hasta que se deja todo, porque » quien en ello se está, señal es que » lo tiene en algo; pues si lo tiene » en algo, forzado le ha de pesar de » dejarlo, y ya va imperfecto todo y » perdido. »

Por otra parte, y para fortificar á su sierva en aquella santa resolucion, el Señor se sirvió decirla en

una vision, que el merecimiento del hombre no consiste en gozar, sino más bien en trabajar, sufrir y amar; que su Padre mira con un cariño más particular á aquellos á quienes envía cruces más pesadas, con tal que las acepten y lleven con gusto y amor; y que Él mismo no podria probarla de un modo más seguro y sensible cuánto la queria, sino escogiendo para ella lo que habia escogido Él para sí mismo. Por lo mismo, desde aquel dia, manifestó Teresa una inalterable paciencia en medio de los disgustos que tuvo que sufrir; una inmutable confianza en su divino Esposo, cuando más arreciaban las persecuciones que la promovieron y cuando mayores fueron los obstáculos que tuvo que vencer;

y un invencible valor para emprender y llevar á cabo las cosas más arduas, difíciles y escabrosas. Parecia complacerse en medio de las pruebas y contradicciones, por manera que casi hubiera podido decirse que las iba buscando. Quien la veia, no hubiera dicho sino que habia renunciado Teresa toda especie de goces en este mundo, y que sólo pedia, ansiaba y esperaba penas, trabajos y cruces.

CAPÍTULO VIII

VIRTUDES DE LA SANTA: PENITENCIA, OBEDIENCIA, HUMILDAD, POBREZA, CASTIDAD, CARIDAD, PACIENCIA Y ORACION.

Con tan santas disposiciones, no perdiendo de vista á Jesus crucificado y deseando crucificar su propia carne, á ejemplo de aquel sublime dechado, cobró grande odio á su cuerpo, y siguiendo las huellas de otro grande siervo de Dios, san Pedro de Alcántara, contemporáneo suyo, consideró su cuerpo como su capital enemigo, le declaró guerra de muerte, é hizo con él un pacto, de no darle tregua ni descanso miéntras estu-

viera con vida. Ayudada en esta encarnizada lucha con el recuerdo de sus culpas pasadas, cuyo dolor la llegaba al corazon, soltó la rienda á su espíritu de penitencia de manera, que pareceria increible que hubiera podido soportar tantas austeridades y mortificaciones, si no la hubiera asistido de un modo visible el Señor por cuyo amor castigaba sus carnes y se imponia tantos sacrificios. Vigilias, ayunos, cilicios, disciplinas, nada la parecia excesivo ni bastante para borrar completamente de su conciencia hasta la más ligera mancha de cuantas faltas habia podido cometer. Tenia una salud muy quebrantada, y de esta consideracion queria valerse el demonio para espantarla y poner un freno á su espí-

ritu de mortificacion; pero supo ella cerrarle los oidos, y fué adelante con arrojo é intrepidez. Porque, dice ella en el capítulo XIII de su *Vida:*

« Cuando el demonio ve un poco de
» temor, no quiere él mas para ha-
» cernos entender que todo nos ha
» de matar y quitar la salud: hasta
» en tener lágrimas, nos hace temer
» de cegar. He pasado por esto y
» por eso lo sé; y no sé yo qué
» mejor vista ni salud podemos de-
» sear. Como soy tan enferma, hasta
» que me determiné en no hacer
» caso del cuerpo ni de la salud,
» siempre estuve atada sin valer
» nada, y ahora hago bien poco.
» Mas como quiso Dios entendiese
» este ardid del demonio, y como
» me ponia delante el perder la

» salud, decia yo : Poco va en que » me muera : sí, el descanso : no » he ya menester descanso, sino » cruz. » Con esto, se encrueleció santamente, tomó las armas y las volvió contra sí misma; animada de una sed insaciable de padecer y derramar su sangre por aquel que primero derramó la suya por ella, se constituyó verdugo de su cuerpo, se declaró por irreconciliable enemiga suya; y, pregonando contra él, lo afligió y martirizó en cuanto la fué posible. Nada perdonó; cada dia, inventaba nuevos suplicios y nuevas maceraciones. Léjos de querer dispensarse, so pretexto de mala salud, del ayuno de la Regla, que duraba ocho meses por año, ni de las demas mortificaciones que prescribia la

misma Regla, no consultando más que su extraordinario fervor y sus deseos de sufrir, los aumentaba sin temer por su propia vida. « Puso los » ojos en Dios, (dice el Ilmo. Sr. Yé- » pes, que habia sido confesor de la » Santa,) y las manos tan fuerte- » mente en el castigo de su cuerpo, » que mostraba bien el aborreci- » miento que le tenía ; porque luego » se vistió de un cilicio de hoja de » lata, hecho y agujereado á modo » de rallo, con que afligia y ator- » mentaba la carne, dejándola toda » llagada. Tomaba disciplinas muy » ordinarias y muy rigurosas, unas » veces con ortigas, otras (y esto » era lo más comun) con unas lla- » ves, hasta venírsele á hacer llagas, » de las cuales manaba y corria mu-

» cha materia; pero la medicina
» con que las curaba era renovarlas
» con nuevos golpes y nuevos azotes,
» tomando por cura la causa de
» la herida; y, cómo la que estaba
» encarnizada en si misma, y cebada
» con el gusto del que hacia á Dios
» con este sacrificio de su cuerpo,
» buscaba mil modos como darle
» más afliccion y tormento; y asi
» una vez juntó muchas zarzas, y,
» desnudando su cuerpo, comenzó á
» entrar y revolverse entre ellas,
» como si fuera en alguna regalada
» cama, acordándose de la que Cristo
» habia tenido en la cruz, hacién-
» dosele con esta consideracion las
» espinas rosas; porque cuando á los
» siervos de Dios les fatiga el ham-
» bre, y les da pena el manjar desa-

» brido, y les muerde la vestidura
» áspera, y les quebranta la cama
» dura, y les aflige cualquiera otra
» manera de penitencia y aspereza,
» por muy grave que sea, todo se
» les hace dulce y sabroso, viendo lo
» que voluntariamente Jesucristo,
» su Señor, su Padre y su Rey,
» padeció por su amor. Tales pen-
» samientos y tales consideraciones
» eran unos como estímulos y des-
» pertadores, que en la santa virgen
» despertaban unos deseos tan
» grandes de penitencia, que qui-
» siera despedazar su cuerpo si
» Dios le diera licencia para ello; y
» hallaba tan gran gusto en esto, que
» decia que tomaba aquellos rigores
» de penitencia para descansar de la
» gran fuerza que interiormente le

» hacia el amor de Dios. Esta era la » penitencia exterior; pero la inte- » rior, que era la contricion y dolor » grande de haber ofendido á Dios, » era sin comparacion mucho mayor, » como declaran bien sus continuas » lágrimas y suspiros, los cuales » fueron en tanto exceso, que la » pusieron á peligro de perder la » vida. » Bien podian representarla que eran excesivas sus austeridades, que su flaco cuerpo no tenia fuerzas para sufrirlas y que con ellas comprometia su salud y su vida; nada era capaz de arredrarla, ni hacerla dejar las armas que habia empuñado contra si misma, ni de entregarse sin excepcion y sin perdonarse á todos los rigores de la penitencia.

La obediencia de Teresa á sus

superiores y confesores rayaba en sencillez de niño, persuadida, como estaba, de que para adelantar en el camino de la perfeccion no podia prescindirse de tener un espíritu dócil y humilde. Tenia por máxima, que puede muy bien suceder que se equivoque uno, tomando por revelaciones particulares lo que en realidad es una mera ilusion del entendimiento; pero que no es posible engañarse, escuchando la voz de los superiores; porque en semejantes casos la culpa, si la hay, incumbe á quien manda desacertadamente, y no á quien cumple con lo que le manda la obediencia. Asi lo atestigua el papa Gregorio XV en la Bula de su canonizacion. « Teresa, dice, » tenia por máxima, y repetia á me-

» nudo que podia ella equivocarse
» en su modo de discernir las visio-
» nes y revelaciones, pero que, con
» obedecer á sus superiores, no
» tenia que pasar cuidado de equi-
» vocarse. » No estaba siempre de acuerdo con el modo de ver y pensar de sus directores y superiores; pero su regla invariable era someterse á la voluntad ó parecer de sus superiores, contentándose con pedir al Señor que la preservara de todo error. La obediencia y la humildad, en su concepto, eran de preferir á toda especie de conviccion interior; en lo cual iba muy acertada. Por otra parte, no ignoraba que hay leyes establecidas para guiar las almas de los fieles, y que estas leyes debian servirla de regla en todo su modo de obrar, sin

que, por más adelantada que pudiera creerse en el camino de la perfeccion, nada en este mundo pudiera dispensarla de acatar obediencia á semejantes leyes. Llevaba tan adelante el espíritu de obediencia, que el P. Álvarez, que fué uno de sus confesores, quedó admirado de la suma docilidad de su penitenta y decia que, no obstante las gracias sublimes que habia recibido de Dios, cualquiera cosa que pudiera él prescribirla, la ejecutaba ella siempre con la misma docilidad que el niño más rendido. Estribaba esto en que, segun la Santa, la obediencia es el alma de la vida religiosa, el camino más seguro y más corto para llegar á una eminente santidad, y el medio más eficaz para domar nuestras pa-

siones, para someter y sujetar nuestra voluntad á la de Dios, y para sacrificarnos enteramente y sin reserva á su gloria y servicio. Por esto con tanto empeño recomendaba esta preciosa virtud á sus hijas y hermanitas, diciéndolas en el capitulo v de sus *Fundaciones* : « ¡Ó dichosa obe-
» diencia...! Pues ea, hijas mias,
» no haya desconsuelo ; mas cuando
» la obediencia os trajere empleadas
» en cosas exteriores, entended,
» que si es en la cocina, entre los
» pucheros anda el Señor, ayudán-
» doos en lo interior y exterior.

« Acuérdome, que me contó un
» religioso, que habia determinado
» y puesto muy por sí, que ninguna
» cosa le mandase el perlado, que
» dijese de no, por trabajo que le

» diese; y un dia estaba hecho pe-
» dazos de trabajar, y ya tarde, que
» no se podia tener, y iba á descan-
» sar sentándose un poco, y topóle
» el perlado, y dijole que tomase el
» azadon y fuese á cavar á la huerta:
» él calló, aunque bien afligido el
» natural, que no se podia valer,
» tomó su azadon, y yendo á entrar
» en la huerta... se le apareció
» Nuestro Señor con la cruz á cues-
» tas, tan cansado y fatigado, que
» le dió bien á entender, que no
» era nada el que él tenia en aquella
» comparacion. Yo creo, que como
» el demonio ve que no hay camino
» que mas presto lleve á la suma
» perfeccion que el de la obedien-
» cia, pone tantos disgustos y difi-
» cultades, debajo de color de bien,

» y esto se note bien, y verán claro
» que digo verdad. En lo que está
» la suma perfeccion, claro está que
» no es en regalos interiores, ni en
» grandes arrobamientos ni en vi-
» siones, ni en espíritu de profecia,
» sino en estar nuestra voluntad tan
» conforme con la de Dios, que nin-
» guna cosa entendamos que quiere
» que no la queramos con toda
» nuestra voluntad, y tan alegre-
» mente tomemos lo amargo como
» lo sabroso, entendiendo que lo
» quiere su Majestad. »

Y, para dar mayor peso á sus exhortaciones, añadia el ejemplo á lo que aconsejaba con la palabra ó la pluma. Así sucedió, entre otras cosas, que, despues de haber compuesto un rico Comentario sobre *El*

Cantar de Cantares, un confesor ignorante la mandó entregarlo á las llamas. Semejante órden hubiera descontentado cualquier otra persona ménos perfecta que Teresa; pero ella lo hizo al punto, prefiriendo la obediencia á las luces que del cielo habia recibido. Y solia decir que, en caso de que un ángel la mandara alguna cosa, si la estorbaban sus superiores, más bien haria la voluntad de estos que lo que la hubiese mandado el mensajero divino. Efectivamente, tan esclava era de las órdenes de sus prelados, que jamas obedecia las inspiraciones y revelaciones de Dios mismo, sin asegurarse ántes que no discordaban con los mandatos de sus superiores.

Poseia Teresa en grado eminente

la virtud de la humildad, que, desde que la Virgen santisima hizo saber al mundo que Dios la habia escogido por madre de su divino Hijo con motivo de su humildad, ha sido siempre tenida en mucho por todos los santos y siervos del Señor. Tan conocida tenia su nada, y tan profundamente penetrada estaba de la corrupcion de su naturaleza, que no tenia más que sentimientos de desprecio de si misma, no podia sufrir que hicieran el menor aprecio de ella, y procuraba destruir, lo más que podia, el buen concepto que de ella formaban los demas. Tan de punto habia subido su humildad, que permitia á sus confesores que divulgaran sus faltas, y ella misma las divulgaba tambien, y este era su modo

de responder á los que la tributaban elogios. No hay más que leer la *Vida* que de si misma escribió ella para notar el sumo cuidado que pone para rebajar el mérito de sus obras, para exagerar sus culpas sumamente leves y querer pasar por la mujer más ruin. Esta última palabra parece que estaba siempre á la punta de su pluma. Subió tan de punto su humildad, que deseaba poner una confesion general de su vida en la que escribió; pero tuvo que dejarlo porque no se la quiso permitir. Jamas estaba más contenta que cuando la decian injurias ó la calumniaban; y, en vez de quejarse ó llevarlo á mal, decia que empezaban á conocerla como era y que no la trataban sino como merecia. La abnegacion y hu-

mildad de Teresa, parecieron de un modo particular, cuando hubo reunido en su persona los dos títulos de superiora y fundadora; pues entónces, léjos de ensoberbecerse de su elevada posicion, sólo se valia de ella para probar más y más su humildad, desempeñando los cargos más bajos y los empleos más repugnantes en los conventos por donde pasaba; hacia en el Capítulo la confesion de sus faltas más mínimas con unos sentimientos que dejaban asombradas á sus hermanas, y se complacia en hacer penitencias públicas por ellas. Por fin, con el atractivo particular que la merecia esta virtud, hace los mayores elogios de ella en todas sus obras, y la recomienda muy especialmente á sus monjas, encargándo

las que de nada se quejen, mas ántes bien se alegren cuando las sobrevenga alguna tribulacion; que no se metan en justificarse, áun cuando sean acusadas sin razon ni motivo, á no ser que asi lo pida la caridad ó la prudencia; y que miren con horror todo lo que se parezca á preeminencias y distinciones, por ser la disposicion contrária uno de los mayores azotes de la humildad y todas las otras virtudes.

Tenía la Santa en mucho la santa virtud de la pobreza, considerando la suma falta de todo en que habia nacido Jesus en el pesebre de Belen y muerto pegado á la cruz en el Calvario; y esta piadosa consideracion, que tenia siempre delante la vista, la infundia un tierno amor por la po-

breza evangélica. Asi sucedia que, si llegaba á faltarla alguna de aquellas cosas que son necesarias á la vida, daba gracias al Señor como si la hubiera dispensado un señalado favor, y jamas se ponia de mal humor por ello : todo parecia bien á aquella bendita alma que sólo buscaba en la tierra lo conducente para encaminarse y llegar al cielo. Su primer designio era que no tuvieran rentas los conventos de su Órden; pero, como sus superiores modificaran esta disposicion, quiso sin embargo que los edificios de los conventos fueran pequeños, sencillos y nada vistosos ó elegantes, llegando hasta pedir á Dios, en cuanto podia permitirselo la conciencia, que, si jamas hacian construir sus hijas conventos lujosos

ó suntuosos, se desplomaran sobre ellas y las dejaran aplastadas á todas. Las recomendó sumamente el espíritu de pobreza en los muebles y vestidos, que nada pidieran para sí á sus padres, que se alegraran si las faltaba alguna cosa de necesidad, y que procuraran con la labor de manos tener suficientes medios de vivir. Con el mayor encarecimiento las recomienda esta preciosa virtud en todos sus escritos, especialmente en el capitulo II de su *Camino de perfeccion*, donde entre otras cosas las dice. « Mirad, hermanas, que va » mucho en esto muerta yo, que » para esto os lo dejo escrito, que » mientras yo viviere, yo os lo acor- » daré, que por experiencia veo la » gran ganancia : cuando menos hay,

» mas descuidada estoy. Y sabe el
» Señor, que á todo mi parecer da
» mas pena cuando mucho sobra,
» que cuando nos falta. No sé si lo
» hace como ya tengo visto, nos lo
» da luego el Señor. Seria engañar
» el mundo otra cosa, hacernos po-
» bres no siéndolo de espiritu, sino
» en el exterior. Conciencia se me
» haria, á manera de decir, y pare-
» cerme ya era pedir limosna las ri-
» cas, y plegue á Dios no sea ansi:
» que á donde hay estos cuidados
» demasiados, de que dén, una vez
» ú otra se irán por la costumbre,
» podrán ir, y pedir lo que han me-
» nester, por ventura á quien tiene
» mas necesidad; y aunque ellos no
» pueden perder nada, sino ganar,
» nosotras perderiamos.

« No plegue á Dios, mis hijas,
» cuando esto hubiese de ser, mas
» quisiera tuviérades renta. En nin-
» guna manera se ocupe en esto el
» pensamiento, os pido por amor de
» Dios en limosna. Y la mas chi-
» quita, cuando esto entendiese al-
» guna vez en esta casa, clame á su
» Majestad, y acuérdelo á la mayor,
» con humildad le diga que va er-
» rada; y valo tanto, que poco á
» poco se irá perdiendo la verda-
» dera pobreza. Yo espero en el
» Señor no será ansí ni dejará á sus
» siervas : y para esto, aunque no
» sea para mas, aproveche esto que
me habeis mandado escribir, por
» despertador. Y crean mis hijas,
» que para vuestro bien me ha dado
» el Señor un poquito á entender

» los bienes que hay en la santa
» pobreza, y las que lo probaren lo
» entenderán, quizá no tanto como
» yo, porque no solo no habia sido
» pobre de espíritu, aunque lo tenia
» profesado, sino loca de espíritu.
» Ello es un bien, que todos los
» bienes del mundo encierra en sí:
» es un señorío grande. Digo que es
» señorear todos los bienes dél otra
» vez, á quien no se le da nada
» dellos. ¿Qué se me da á mí de to-
» dos los reyes y señores, si no
» quiero sus rentas, ni de tenerlos
» contentos, si un tantico se atra-
» viesa de descontentar en algo por
» ellos á Dios? Ni ¿qué se me da de
» sus honras, si tengo entendido en
» lo que está ser muy honrado un
» pobre, que es en ser verdadera-

» mente pobre? Tengo para mi, que
» honras y dineros cási siempre an-
» dan juntos : y que quien quiere
» honra, no aborrece dineros ; y que
» quien los aborrece, se le da poco
» de honra.

« Entiéndase bien esto, que me
» parece que esto de honra siempre
» trae consigo algun interese de
» rentas y dineros, porque por ma-
» ravilla hay honrado en el mundo si
» es pobre, antes aunque lo sea en si,
» le tienen en poco. La verdadera
» pobreza trae una honraza consigo,
» que no hay quien la sufra (la po-
» breza que es tomada por solo
» Dios digo) no ha menester con-
» tentar á nadie, sino á él : y es
» cosa muy cierta, en no habiendo
» menester á nadie, tener muchos

» amigos. Yo lo tengo bien visto por
» experiencia; porque hay tanto
» escrito desta virtud, que no lo sa-
» bria yo entender, cuanto mas de-
» cir : y por no la agraviar en
» loarla yo, no digo mas en ella :
» solo he dicho lo que he visto por
» experiencia. Y yo confieso, que he
» ido tan embebida, que no me he
» entendido hasta ahora. Mas pues
» está dicho, por el amor del Señor,
» pues son nuestras armas la santa
» pobreza, y lo que al principio de
» la fundacion de nuestra órden
» tanto se estimaba y guardaba en
» nuestros santos Padres (que me
» ha dicho quién lo sabe, que de un
» dia para otro no guardaban nada)
» ya que en tanta perfeccion en el
» exterior no se guarde, en el inte-

» rior procuremos tenerla. Dos
» horas son de vida, grandisimo el
» premio : y cuando no hubiere nin-
» guno, sino cumplir lo que nos
» aconsejó el Señor, era grande la
» paga, imitar en algo á su Majestad.
« Estas armas han de tener
» nuestras banderas, que de todas
» maneras lo queramos guardar, en
» casa, en vestidos, en palabras, y
» mucho mas en el pensamiento. Y
» mientras esto hicieren, no hayan
» miedo caya la religion desta casa,
» con el favor de Dios, que como
» decia santa Clara, grandes muros
» son los de la pobreza. Destos
» decia ella, y de humildad queria
» cercar sus monasterios : y á buen
» seguro si se guarda de verdad,
» que esté la honestidad, y todo lo

» demás fortalecido mucho mejor
» que con muy suntuosos edificios.
» De esto se guarden por amor de
» Dios, y por su sangre se lo pido
» yo : y si con conciencia puedo
» decir, que el dia que tal hicieren,
» se torne á caer la casa, que las
» mate á todas, yendo con buena
» conciencia, lo digo, y lo suplicaré
» á Dios... Parezcámonos en algo á
» nuestro Rey, que no tuvo casa,
» sino en el portal de Belen á donde
» nació, y la cruz á donde murió. »
Así hablaba la Santa á sus monjas sobre la pobreza, dándolas al mismo tiempo el ejemplo; para dar mayor peso á lo que enseñaba y aconsejaba, ponía primero por obra lo que quería persuadir. Así sucedia que nadie era más pobre que ella; y, sin em-

bargo de que fuera muy limpia y no fuera amiga de la suciedad, la gustaba tener la celda, los vestidos y muebles más ruines de la casa.

Seria superfluo extendernos mucho sobre la virtud angélica de una sierva del Señor de tan elevada santidad. Llevaba gravada en su semblante la pureza de su alma. En la Bula de su canonizacion se lee en términos expresos y positivos que conservó la virginidad desde su nacimiento hasta la muerte; y ella misma lo da muy bien á entender, diciendo tantas veces en su *Vida*, que jamas hubiera consentido en ofender gravemente á Dios, lo que no puede evitarse cuando se lastima esta preciosa virtud, cuya violacion no admite parvidad de materia. Uno

de sus confesores, refiriéndose á la pureza de la Santa, la llama un tesoro virginal. Otro decía que él no la miraba como una criatura compuesta de carne y sangre, sino como un ángel libre de los desórdenes de la concupiscencia. Por fin, como, cierto dia, la consultaran sobre puntos relativos á impureza, confesó ella que nada entendia en aquellos asuntos y que nunca habia tenido cosa alguna de que confesarse sobre esta materia.

Del amor encendido, que tenia Teresa por Dios, puede inferirse cuál debia ser el amor y caridad que la animaban por sus prójimos, supuesto que la constaba que el precepto del amor de Dios y el del prójimo se parecen por manera, que no

se puede observar el uno sin observar el otro, y que en estos dos preceptos estriba toda la ley. Por lo mismo su caridad por el prójimo era correspondiente al amor que en su corazon ardia por Dios. Hubiera dado mil vidas y sufrido mil muertes, y los más horrorosos suplicios para salvar una sola alma. No se la pasó ningun dia de su vida sin que tuviera ocasion de practicar con sus semejantes alguna obra de caridad cristiana. Al ejemplo y segun los consejos de nuestro divino Maestro, rogaba con ahinco y ternura por los que la contradecian; y subia más de punto su caridad, cuando era mayor la malicia de los otros, de modo que, para hacerse querer de ella, no era menester más que hacerla algun

agravio ó causarla perjuicio. Jamas la salió de la boca una palabra agria contra los que la habian dado que sufrir con sus injusticias; siempre, al contrário, hablaba de ellos con respeto, y los excusaba, diciendo que tenian una intencion recta, y que los defectos de una pecadora tan ruin eran más que suficientes para justificar su modo de obrar con ella. La caridad de Teresa no tenia límites; asi los muertos como los vivos tenian parte en ella. Bien lo saben las muchas benditas almas, que del Purgatorio sacó con sus oraciones, lágrimas y penitencias. Bien podrian decirlo tambien los muchos necesitados que en ella hallaron siempre proteccion y amparo. Era muy ingeniosa para aliviarlos en su pobreza,

no sólo con las limosnas que les daba, hasta privarse de lo necesario, y quitarse de la boca el mendrugo de pan que necesitaba ella, sino tambien visitando y cuidando los enfermos, y obrando milagros en beneficio de los que veia afligidos y oprimidos de dolor.

Estaba en su carácter conservar una inalterable paciencia en medio de cuantos sinsabores tuvo que sufrir, y una inmutable confianza en Jesucristo al traves de las persecuciones que experimentó y de los obstáculos que tuvo que vencer. Su vida no fué más que una serie sin interrupcion de violentas enfermedades, de contradicciones y persecuciones; pero, cuanto más agudos eran sus dolores y atroces las persecuciones, tanto más alegre, contenta

y satisfecha la veian. Se reia en medio de los cargos que la hacian, de los baldones y falsos testimonios de que la cargaban, y confesaba ella misma que ninguna música la gustaba tanto como aquella. Cuando la daban golpes, ó la prohibieron que continuara sus fundaciones, ó la amenazaron de que la llevarian á la Inquisicion, ó el diablo hizo que se la rompiera el brazo izquierdo con una caida que dió, se quedó tan tranquila como cuando estaba gustosamente gozando de los consuelos celestiales con que la favorecia Dios. No, jamas se desmentia su paciencia, y, entre otras cosas, bastaria para probarlo lo que la sucedió en cierta iglesia de Toledo. Estaba allí recogida la Santa con algunas compañe-

ras, y estaba tambien otra mujer que habia ido con chanclos. Perdió uno; y, viendo que se habia puesto Teresa algo apartada y estaba cubierta con su manto, se figuró que era ella quien se lo habia quitado, sin embargo de que no la conociera. Con esto, tomando en mano el otro chanclo que la quedaba, se va á la Santa, se la echa encima y la descarga una lluvia de golpes sin piedad ni compasion. Teresa la dejaba hacer sin quejarse ni decir nada y sin dar la menor señal de impaciencia; y, viendo esto sus compañeras, corrieron á sacarla de las manos de aquella rabiosa mujer; mas ella se contentó con decir: « ¡Bendiga Dios á esta » buena mujer; ya bastante me » dolia la cabeza! »

Poca cosa diremos del espíritu de oracion de Teresa, seria meternos en un abismo, á cuyo fondo jamas habiamos de llegar. No sólo fué una de las almas que Dios favoreció de un modo muy especial en la ciencia de elevarse hácia Él y de hablarle, mas tambien puede decirse que el Espíritu Santo la dió á la Iglesia para enseñar la doctrina, el camino, el arte, los secretos y generalmente todo el modo de obrar en este ejercicio. La historia de su *Vida*, que escribió ella misma, puede decirse que no es otra cosa más que una descripcion de los caminos que Dios la hizo seguir para llegar poco á poco á unirse íntimamente con su Majestad, y se vale de esta circunstancia para señalar los escollos, que pueden hallarse en este

camino, y que ella evitó con el gran cuidado que puso en consultar hombres sabios, como san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja, el P. Baltasar Álvarez, Fray García de Toledo y demas. En sus otras obras habla tambien sobre este mismo punto, y lo hace con una larga experiencia de las diferentes moradas por que debe pasar el alma para llegar á gozar tranquila y constantemente del objeto de su amor.

Con lo dicho pondremos fin á este capítulo de las virtudes de la Santa, que sólo hemos podido dar en compendio, sin hablar de todas, porque, querer enumerarlas y explicarlas todas, hubiera sido nunca jamas acabar. Mucho habria que decir sobre las demas virtudes, que poseia Teresa

en grado eminente, como las cuatro virtudes cardinales, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, su confianza en Dios, y demas; pero tenemos que prescindir, por no permitirlo el cuadro de esta obrita.

CAPITULO IX

REFORMA

En la Turquía asiática, en el bajalato de Acre en Siria, existe una montaña célebre en los anales de la religion por los milagros que en ella obró el santo profeta Elías; está sentada en la Palestina, en la parte que cupo en suerte á la tribu de Issachar: es el *Monte Carmelo*. Ademas de haber servido de morada al mencionado profeta, sirvió tambien de retiro á millares de religiosos cristianos, que dejaban el siglo y se retiraban allí para vivir ignorados y escondidos en cuevas cortadas en

peña viva, de las cuales se ven todavía algunas en el vertiente del monte: la más notable es la que, segun los naturales, fué habitada por el santo profeta, y de la cual han hecho un santuario los Musulmanes. No presentan más que ruinas el convento de Elías y el antiguo convento de los Carmelitas; sin embargo, se ven aún algunos restos de capillas, en las cuales se celebran los divinos Oficios. Está entre las montañas de Nazareth, por la parte del Oriente, y entre el mar Mediterráneo, por la parte del Occidente. Ofrece una bella perspectiva sobre el golfo de Acre y sobre las alturas del Líbano. Cuando habla de él la sagrada Escritura, siempre nos lo pinta como un punto sumamente fértil y ameno. Cuando

el Esposo del *Cantar de Cantares* quiere ponderar las gracias de su Esposa, dice que tiene una cabeza tan floreciente como el Carmelo. Y cuando quiere el profeta Isaias pintar con vivos colores el brillo y la majestad del Mesias que veia en espiritu, como si estuviera ya en el mundo, dice que le ha sido dada la gloria del Libano, y que ha sido revestido de todas las bellezas del Carmelo y Saron. Al contrário, cuando quieren los profetas hablar de algun gran desconsuelo y de una destruccion universal, dicen que el Carmelo se ha convertido en desierto; que se han secado sus árboles, que solian estar siempre verdes; que se han desterrado de él las alegrias y diversiones, y que, por más firme é in-

móvil que parezca, se ha agitado y conmovido.

En aquel monte ganó Elías contra los ochocientos cincuenta sacerdotes de Baal la insigne victoria, que leemos en el capítulo XVIII del Libro tercero de los Reyes. En la cima del mismo monte uno de sus discípulos, que envió siete veces al mar, vió, la sétima vez, la misteriosa nube que, deshaciéndose en lluvia, convirtió en dichosa fertilidad la esterilidad de los campos que habia durado por espacio de tres años y medio, en castigo de los delitos que habian perpetrado Acab y Jezabel. Desde aquella época fijó su morada en el Carmelo el profeta Elías junto con Eliseo, que fué el primero y el más célebre de sus hijos espirituales,

y reunió allí un crecido número de santos personajes, á los cuales se dió el nombre de *Hijos de los profetas* y á los cuales dió él particulares documentos y reglas por donde se regian y gobernaban, y les prescribió tambien ciertas reglas de abstinencia, ayunos, oraciones y otros ejercicios que los distinguian del comun de los Judios.

Algunos autores han escrito que aquellos Religiosos del Antiguo Testamento se perpetuaron hasta el tiempo de la venida de nuestro divino Redentor, cuanto lo permitieron el largo dominio de los reyes de Babilonia, de Persia, de Siria, de Egipto, y las guerras de los príncipes de Asemonia; qué los honraron con su visita Nuestro Señor Jesu-

cristo, su santísima Madre y el santo Precursor del Mesias; que despues de la pasion y resurreccion del Hijo de Dios, se retiraron tambien allí algunos nuevos cristianos, y continuaron llevando la vida solitaria de los discípulos de Elías y de Eliseo; y que, por fin, todo el tiempo que transcurrió desde que se estableció la religion cristiana hasta Bertoldo, que fué el primer P. General de la Órden de Nuestra Señora del monte Carmelo, es decir, hasta el siglo XII, siempre vivieron en aquel memorable monte algunos ermitaños, los cuales encerrados en cuevas, ó en celdas que construian con tierra y ramas de árboles, conservaron el espíritu de religion que allí habian establecido primeramente los anti-

guos profetas, y luégo aquellos primeros cristianos. De donde concluyen que el Instituto de Nuestra Señora del Monte Carmelo tiene por jefe y primer fundador al grande profeta Elías, y abraza no sólo todos los siglos de la Ley de Gracia, mas tambien cerca de nueve siglos de la Ley escrita, que fueron desde el tiempo de Elías hasta el nacimiento de nuestro divino Redentor.

Esta opinion tiene sus partidarios, como tambien sus adversarios; sin embargo, son muy verosímiles, sin ser enteramente convincentes, las pruebas en que se apoya. Por otra parte, jamas han dudado de ella un crecido número de papas, cardenales y obispos que la han autorizado, aprobando los Oficios en que está

mencionada; y en su tradicion han fundado muchas devociones suyas santa Maria Magdalena de Pazzis, santa Teresa, san Juan de la Cruz y otros muchos santos y santas de esta Órden, á los cuales reveló grandes secretos el Señor. No nos meteremos en esta controversia, que poco viene al caso; y, sin tomar partido por ninguna de estas dos opiniones, nos concretaremos á exponer la historia de este santo Instituto desde la cuna del Cristianismo.

Hemos dicho que el santo Precursor habia ido á visitar á los solitarios del monte Carmelo. Cuando él se presentó, vió que no se habia conservado en toda su pureza entre ellos el espíritu de su profesion, reformó la relajacion que en la Reli-

gion del profeta Elías se habia introducido, desterró los abusos que en ella se habian establecido, y volvió á levantar lo que estaba decaido. Así, pues, debe reconocerse á san Juan Bautista como el primer reformador, y como la segunda fuente de donde manó el Instituto de los frailes Carmelitas, que tantos servicios ha prestado y tanta gloria ha dado á la Iglesia de Dios. Bajo tan esclarecido maestro y director fué andando esta Órden entónces casi al mismo paso de la Iglesia primitiva, corriendo por los desiertos, y escondiéndose en las cuevas que en los móntes habia, para librarse de las persecuciones que los enemigos de la religion la suscitaron en los primeros siglos. Esto, sin embargo, no estorbó

que muchos de aquellos santos solitarios cayeran en manos de sus perseguidores y perecieran victimas de los enemigos de la religion, se llevaran la palma del martirio, y de este modo disminuyera de tal modo su número, que escasamente quedara rastro de frailes Carmelitas. Pero, así que fué calmándose aquella horrenda tempestad, salieron nuevos hombres, animados del espíritu de sus antecesores y ansiosos por seguir sus huellas y ofrecer otra vez al mundo el tierno espectáculo de los tiempos pasados. El primero de ellos fué el inmortal Antonio. Egipto fué el teatro de su vida penitente y monástica. Como, á pesar del crecido número de mártires entre aquellos santos hombres, no habian quedado

enteramente extinguidos, se puso él bajo la direccion de los pocos que habian sobrevivido á la tormenta, hizo grandes progresos en la virtud y santidad; salió muy aventajado y gran maestro en el arte de la direccion; recibió otros discipulos; los formó en la vida religiosa, y restauró con el auxilio del Señor la disciplina monástica, dándola el mejor lustre que jamas tuvo. Su escuela fué como el seminario de donde fueron saliendo varones escogidos para formar y diseminar otros varios Institutos. Uno de sus más esclarecidos discípulos fué el célebre Hilarion, el cual con las luces, que en la escuela de tan sabio maestro habia adquirido, reformó y renovó en Palestina este modo de vida, y restableció llevàn-

dola á un más elevado grado de perfeccion, la Órden del profeta Elías en el lugar que habia sido su cuna. Así cobró nueva vida la Congregacion de frailes Carmelitas, y en breve volvieron sus religiosos á llevar vida más monástica, guardando la santa Regla que Juan, patriarca Jerosolimitano, habia dado á Caprasio. Juan habia sido ántes monje de la misma Órden, y Caprasio, despues de Hilarion, era P. prior de los ermitaños de aquel monte. Fueron poblándose cada dia más y más de monjes los desiertos de Egipto y Palestina, y con su santa vida llenaron de gozo y gloria la Iglesia de Dios, y la repararon considerablemente de los quebrantos que habia padecido durante la persecucion. Cerca de trescientos

años duró aquella felicidad y resplandor de los descendientes del profeta; cuando, despues de aquel dichoso periodo de la Órden, salieron Ahumar y otros instrumentos de iniquidad, que con su odio contra la religion volvieron á perseguirla de nuevo y con inhumana crueldad, acabando con las preciosas vidas de tantos santos y siervos del Señor.

Pocos fueron los monjes que permanecieron en Oriente, cuando se vieron otra vez hostigados y perseguidos por los tiranos de aquella triste época; y ademas aquellos pocos fueron repartiéndose por todas partes, á derecha é izquierda, buscando escondrijos donde no los alcanzaron las manos y cuchillas de los feroces tiranos y sus satélites. Algu-

nos quedaron, sin embargo, en el Carmelo, y fueron sucediéndose unos á otros, hasta que, por los años de 1160, cierto patriarca de Antioquia, llamado Aimerico ó Americo, que despues subió á la Silla de San Pedro, tomando el nombre de Alejandro III, visitó á aquellos Religiosos, y visto que vivian en celdas apartados unos de otros, los favoreció, los ayudó, los juntó é hizo que viviesen como monjes en Comunidad. Edificóles una iglesia junto á la fuente de Elias, á honra de la Virgen, tomando ellos con este motivo apellido de *Hermanos de la madre de Dios del monte Carmelo*. Pero no paró todo en esto ni fué suficiente para reformar un Instituto que en tal estado llegó á verse; no

fué más que un principio de reforma, que debia continuarse y perfeccionarse algunos años despues. Efectivamente, en el año 1205, Dios suscitó otro reformador en la persona de san Alberto, patriarca de Jerusalen. Ántes habia sido tambien Religioso del monte Carmelo; y, contristado de la decadencia de sus hermanos, les dió una Regla nueva y escrita y llena del espíritu de Dios, que, si no era obra suya, á lo ménos la aprobó como Legado que era de la Sede Apostólica. Era la que convenia para volver á levantar un edificio que casi estaba todo caido. Adoptáronla y pusiéronla en práctica los monjes Carmelitas, y por espacio de algunos años volvió á florecer entre ellos el amor de la disciplina y el espíritu de

su Instituto. Al principio, usaban de una capa vareada de blanco y rubio, como afirman traia Elías, y fué la que dejó á Eliseo; aunque no falta quien diga tambien que los Moros, dueños de aquella comarca, les obligaron á llevarlas asi para distinguirlos de sus alfaquíes, que vestian de blanco.

Desgraciadamente no hay que contar con la estabilidad de las cosas de este mundo; y por la experiencia de todos los dias sabemos harto bien cuánto está la inconstancia en el carácter del hombre. Era muy austera la Regla primitiva, que habia dado san Alberto á los monjes del Carmelo; andando los tiempos, estos se cansaron de observarla; acudieron á la Silla Apostólica; y, despues

de haber conseguido alguna mitigacion del papa Inocencio IV, con nuevas súplicas é instancias, en el año 1431, arrancaron á Eugenio IV una Bula por medio de la cual se les concedia otra segunda mitigacion de cosas más graves é importantes. Con esta nueva victoria, que favorecia la relajacion, sufrió lastimosas heridas la observancia; fueron poco á poco decayendo los monjes de su fervor y espíritu primitivo, y tantas fueron las bajas que fué dando la Órden de *Nuestra Señora del monte Carmelo*, que casi habia mudado de aspecto por completo, y no parecia sino que se habian enturbiado, ó más bien agotado, aquellas primeras fuentes de Elías y Eliseo; que no eran ya de conocer los descendientes de los

Bautistas y Antonios, por lo degenerados que se habian puesto; y que no se veian ya aquellos abundantes y sabrosos frutos de observancia, rigor y penitencia que solia producir en otro tiempo aquel sagrado Instituto. Pero no se habia acortado la mano de Dios, y aquel misericordioso Señor, que no perdia de vista aquella preciosa parte de su viña, y que con tanta solicitud habia proveido de quien reformase la Religion de los Carmelitas en las demas caidas que habia dado, no tuvo ménos providencia en el siglo XVI. Puso de manifiesto su vigilancia, su sabiduría y la fuerza de su brazo, escogiendo en el sexo débil una mujer fuerte para remediar los males que habia que remediar; para inducir á

mujeres y hombres á aceptar una Reforma que tanta repugnancia debia naturalmente inspirar á sus sentidos; y para dar principio y llevar á cabo una obra, que otros muchos, que se hubieran considerado como muy superiores á ella, se hubieran creido incapaces de cumplir. si se les hubiera ocurrido pensarlo. Pero era obra de Dios, y un instrumento frágil bastó para acometer con denuedo tan gloriosa empresa y desempeñarla con tan admirable resultado.

Estaba Teresa en el convento de la Encarnacion de Ávila, recapacitando los pecados de su vida pasada y los males y estragos con que estaban afligiendo á Europa las sectas que acababa de dar á luz el averno. Meditando sobre las faltas de su

juventud, se la representaron las tinieblas del infierno, las penas y tormentos que en aquellos calabozos iene preparados á los réprobos la justicia del supremo Juez ofendido y vengador; y se estremecia con pensar en la desgraciada suerte, que allí la aguardaba si no se retiraba del camino que ántes llevaba y que podia arrastrarla mucho más allá, si no rompia de un modo absoluto con las ocasiones en que poco á poco se habia ido enredando. Pensaba tambien en el premio y la gloria que Dios ha preparado en su reino á sus fieles siervos y escogidos; y salia de sus meditaciones ansiosa por dar á la divina justicia la debida satisfaccion para no incurrir en los condignos castigos, y trabajar lo más que pudiera

para hacerse acreedora á los bienes y dicha de los justos en el cielo cerca de Dios. Por otra parte, la afligia en extremo la consideracion de las almas desgraciadas que por toda la eternidad perdia la ceguedad y el furor de los luteranos. Estaba siempre ocupada con estos pensamientos, y de noche y de dia rogaba con ahinco y fervor al Señor que la inspirara el medio de remediar tantos males. No sosegaba su espiritu con estos cuidados, ni se llenaban sus deseos con cosa alguna de las que ideaba para remedio de tantos y tan graves males, daños, desgracias y calamidades.

Pues, sucedió que, miéntras andaba ella asi tan pensativa, desasosegada y atormentada, la vino del cielo la inspiracion de aspirar á vida más

perfecta que la que hasta entónces habia llevado, y la que se llevaba en su convento; y que este medio podria muy bien ser el más seguro y acertado para atraerse las miradas benignas del Señor y de ser oida en sus votos y deseos. Persuadida de que era realmente una voz venida de lo alto la que acababa de hablarla al corazon, resolvió responder sin demora á aquel saludable aviso, á aquel divino llamamiento. Entró en sí misma; pensólo seriamente y no quiso diferir la ejecucion de su proyecto y resolucion. Discurriendo el modo más eficaz para el buen éxito de sus deseos, notó desde luégo que no podia esperarlo en el convento de la Encarnacion en que vivia; que difícil habia de serla seguir en aquella

casa todo el impulso de su celo; y que lo que en aquel monasterio no estaba de acuerdo con una perfecta regularidad, hubiera de preciso puesto un obstáculo insuperable á sus nuevos designios. En los dias, que dió á la disipacion, no habia advertido que aquella casa no era la que más la convenia; pero, en cuanto la cayeron las escamas de los ojos y sin ninguna hesitacion se hubo propuesto seguir prácticas y máximas más severas; así que con arrojo varonil hubo dicho, á ejemplo del rey profeta: *He dicho que ahora mismo he de empezar;* vió que no la era posible seguir conformándose con las libertades que allí se habian admitido y se toleraban, y nada fué capaz de detenerla. Cierto es que la Regla,

que en el convento de la Encarnacion estaba en vigor y se observaba, era la que á los monjes del Carmelo habia dado en otro tiempo san Alberto, pero no en toda su pureza, sino mitigada con el consentimiento de Inocencio IV y de Eugenio IV, y semejante mitigacion no sentaba al nuevo fervor de Teresa. Añádase á esto que no sólo se habian adoptado en aquella casa las mitigaciones consentidas por los mencionados papas, mas tambien, andando los tiempos, el convento habia abierto sus puertas á la relajacion.

Efectivamente, como no bastaran las rentas de la casa para la subsistencia de más de ochenta monjas que habia, las unas escribian á sus padres, las otras á sus amigos, para pedir lo

que las faltaba y necesitaban. Estas relaciones con el siglo eran causa de que iban al convento muchas personas, que primeramente eran recibidas por cortesanía, y despues con gusto; de lo cual provino que ni habia exactitud en observar la Regla, ni uniformidad en el modo de ver y pensar. Cuando llegaban las visitas al locutorio, acudian las monjas, y se iban con sus deudos ó amigos, unas á derecha, otras á izquierda, formando grupos separados, y se ponian á hablar libremente con los que las visitaban, sin hacer el menor caso de las leyes del silencio. Y no sólo esto, sino que, ántes que lo hubiese prohibido el santo Concilio de Trento, con el beneplácito del P. Provincial se salia de la casa, lo mismo

por causas graves que por motivos frívolos y caprichosos; y así no se guardaba clausura. Habia ademas otros inconvenientes, entre los cuales es digno de citarse el mucho regalo con que parecia á Teresa que se vivia, y que ella hallaba muy poco conforme con el espíritu de penitencia y mortificacion. Todo esto la tenia sumamente disgustada y la inclinó al deseo de reformar su Órden. Así fué que, sin revelar á nadie los proyectos que en su corazon formaba y guardaba, iba discurriendo el medio de asentar una vida áspera y penitente, que fuera más conforme con el primer instituto de su Órden; pero veia cuán difícil la era satisfacer este santo designio en una casa que tanto de él se habia separado.

Sin embargo, no era suyo aquel pensamiento, sino de Dios, que bien habia de proveer que se pusiera por obra; y, ya que no podia Teresa pensar en restablecer la Regla primitiva en el convento de la Encarnacion, era menester pensar en otro lugar y abrir otro monasterio en que pudiera dar libre carrera á sus vivos deseos de vida más austera y penitente. La mayor dificultad consistia en hallar los recursos necesarios para la compra y construccion de la nueva casa; y ella no tenia ninguno; pero era obra de Dios; Él lo habia de tomar por su cuenta, y así la mandó que, sin reparar, tratara de llevar adelante el proyecto que Él la habia inspirado, segun nos cuenta ella misma en el capítulo XXXII de su *Vida*.

« Habiendo un dia comulgado, dice,
» mandóme mucho su Majestad lo
» procurase con todas mis fuerzas,
» haciéndome grandes promesas de
» que no se dejaria de hacer el mo-
» nasterio, y que se serviria mucho
» en él, y que se llamase san Josef,
» y que á la una puerta nos guar-
» daria él, y Nuestra Señora á la
» otra, y que Cristo andaria con
» nosotras, y que seria una estrella
» que diese de sí gran resplandor;
» y que aunque las religiones esta-
» ban relajadas, que no pensase se
» servia poco en ellas; ¿qué seria
» del mundo, si no fuese por los
» religiosos? Que dijese á mi con-
» fesor esto que me mandaba, y que
» le rogaba él que no fuese contra
» ello, ni me lo estorbase. » La

voluntad de Dios era terminante; queria una reforma en la Órden del Carmelo, y que fuera Teresa quien la emprendiera y llevara á cabo, asegurándola que Él no la abandonaria ni dejaria de asistirla en todas sus necesidades y dificultades. Y, para confirmarla más en esta verdad, no se contentó con decírselo una sola vez, sino várias veces, como escribe ella en el mencionado capítulo. « Fueron » muchas veces, dice, las que el » Señor me tornó á hablar en ello, » poniéndome delante tantas causas » y razones, que yo veia ser claras, » y que era su voluntad, que ya no » osé hacer otra cosa sino decirlo á » mi confesor, y dile por escrito todo » lo que pasaba. Él no osó determi- » nadamente decirme que lo dejase,

» mas veia que no llevaba camino
» conforme á razon natural, por ha-
» ber poquísima y casi ninguna
» posibilidad en mi compañera, que
» era la que lo habia de hacer. »

Eran evidentes, convincentes y suficientes las pruebas de la voluntad de Dios; pero, para no exponerse á ilusiones en asunto de tanta transcendencia, y no acarrearse dicterios y zumbas, juzgó prudente tomar consejo de hombres letrados y experimentados en la vida espiritual. Su confesor, no queriendo tomar sobre sí la responsabilidad de un consejo tan grave, la encargó lo pidiera á su prelado, el P. Provincial, que, á la sazon, era el P. Ángel de Salazar, santo varon, y hombre muy religioso y amigo de toda reformacion. Sin

embargo, no fué Teresa la que consultó con él, sino doña Guiomar de Ulloa, amiga de la Santa, á la cual habia ella confiado el secreto de su proyecto, y aquella señora lo habia aprobado, habia entrado en sus miras, y la ofreció su ayuda y cooperacion. Fué aquella señora á avistarse con el P. Salazar; fué muy bien recibida; trató este asunto con él; el P. Provincial vino muy bien en ello, dióla todo el favor que era menester, y la dijo que él admitiria la casa. Teresa, por su parte, consultó con el P. Fray Luis Beltran, que era hombre de grande santidad en aquella época y de mucha fama y autoridad en España. Escribióle la Santa una carta para pedirle consejo, dándole cuenta de lo que hasta allí habia pasado; y

como dice Fr. Vicente Justiniano en las adiciones que hizo á la vida del P. Fr. Luis Beltran : « La bien-
» aventurada madre Teresa de Jesus,
» fundadora de las descalzas y des-
» calzos carmelitas, en los primeros
» años que trató de fundar la refor-
» macion de su órden procuró con-
» sultar su intento con muchas per-
» sonas espirituales, particularmen-
» te con el P. Fr. Luis Beltran.
» Envióle una carta, y dióle cuenta
» de su deseo, y de algunas revela-
» ciones que habia tenido sobre ello:
» el P. F. Luis, encomendando á
» Dios en sus oraciones y sacrificios
» los buenos intentos della, al cabo
» de tres ó cuatro meses le respon-
» dió en esta forma:

CARTA DEL PADRE FRAY BELTRAN PARA LA MADRE TERESA DE JESUS

« Madre Teresa, recibí vuestra
» carta, y porque el negocio sobre
» que me pedis parecer es tan en
» servicio del Señor, he querido
» encomendárselo en mis pobres
» oraciones y sacrificios; y esto ha
» sido la causa de haber tardado en
» responderos: agora digo en nom-
» bre del mismo Señor que os
» armeis para tan grande empresa,
» que él os ayudará y favorecerá;
» y de su parte os certifico que no
» pasarán cincuenta años que vuestra
» religion no sea una de las mas
» ilustres que haya en la Iglesia de

» Dios : el cual os guarde, etc. En » Valencia.

» FRAY LUIS BELTRAN. »

Habia Teresa consultado ya ántes con san Pedro de Alcántara por escrito, pidiéndole dictámen y luces, y el santo la habia respondido que la cosa, en su concepto, era muy acertada; que daria mucha gloria á Dios; y que así no habia que pensar en dejarla de hacer. Ademas de otros sujetos con que consultó, acudió al Ilmo. Sr. obispo de su diócesis, el cual fué del mismo parecer que los demas : todos fueron unánimes en aprobar y alentar su generosa resolucion.

Contenta y satisfecha con tantos testimonios y aprobaciones como de

todas partes habia Teresa recibido, se habian disipado todas sus dudas, y se preparaba á poner manos á la obra, procediendo con la circunspeccion y madurez que exigia su proyecto, y sin precipitacion ninguna, cuando una circunstancia imprevista vino á dar nuevo impulso á su celo y á decidirla á acelerar su obra. Asi nos lo dice ella misma en el capitulo I de su *Camino de perfeccion*. « En este tiempo, dice, » vinieron á mi noticia los daños de » Francia, y el estrago que habian » hecho estos luteranos, y cuanto » iba en crecimiento esta desventu- » rada secta. Dióme gran fatiga, y » como si yo pudiera algo, ó fuera » algo, lloraba con el Señor, y le » suplicaba remediase tanto mal.

» Pareciame que mil vidas pusiera
» yo para remedio de una alma de
» las muchas que allí se perdian. Y
» como me vi mujer y ruin, impo-
» sibilitada de aprovechar en lo que
» yo quisiera en el servicio del
» Señor (y toda mi ansia era, y aun
» es, que pues tiene tantos ene-
» migos y tan pocos amigos, que
» esos fuesen buenos) determiné
» hacer eso poquito que era en mi,
» que es seguir los consejos evan-
» gélicos con toda la perfeccion que
» yo pudiese, y procurar que estas
» poquitas que están aquí hiciesen
» lo mesmo, confiada en la gran
» bondad de Dios que nunca falta de
» ayudar á quien por él se deter-
» mina á dejarlo todo; y que siendo
» tales cuales yo las pintaba en mis

» deseos, entre sus virtudes no
» ternian fuerza mis faltas, y podria
» yo contentar en algo al Señor, y
» que todas ocupadas en oracion
» por los que son defendedores de la
» Iglesia, y predicadores y letrados
» que la defienden, ayudásemos en
» los que pudiésemos á este Señor
» mio que tan apretado le traen á
» los que ha hecho tanto bien, que
» parece le querrian tornar ahora
» á la cruz estos traidores, y que no
» tuviese á donde reclinar la ca-
» beza.

« ¡Ó Redentor mio, que no puede
» mi corazon llegar aquí sin fati-
» garse mucho! ¿Qué es esto ahora
» de los cristianos? ¿Siempre han de
» ser los que mas os deben, los
» que os fatiguen? ¿A los que me-

» jores obras haceis? ¿Á los que
» escogeis para vuestros amigos?
» ¿Entre los que andais, y os comu-
» nicais por los Sacramentos? ¿No
» están hartos de los tormentos
» que por ellos habeis pasado? Por
» cierto, Señor mio, no hace nada
» quien ahora se aparta del mundo.
» Pues á Vos tienen tan poca ley,
» ¿Qué esperamos nosotros? ¿Por
» ventura merecemos nosotros me-
» jor nos la tengan? ¿Por ventura
» hemos hecho mejores obras, para
» que nos guarden amistad? ¿Qué
» es esto? ¿Qué esperamos ya los
» que por la bondad del Señor no
» estamos en aquella roña pestilen-
» cial, que ya aquellos son del de-
» monio? Buen castigo han ganado
» por sus manos; y bien han gran-

» jeado con sus deleites fuego eterno.
» Allá se lo hayan, aunque no me
» deja de quebrar el corazon, ver
» tantas almas como se pierden.
» Mas del mal no tanto, querria no
» ver perder mas cada dia. Ó her-
» manas mias en Cristo, ayudadme
» á suplicar esto al Señor, que para
» esto os junto aqui : este es vuestro
» llamamiento; estos han de ser
» vuestros negocios; estos han de
» ser vuestros deseos; aquí vues-
» tras lágrimas; estas vuestras peti-
» ciones. No, hermanas mias, por
» negocios acá del mundo, que yo
» me rio, y aun me congojo de las
» cosas que aqui nos vienen á en-
» cargar supliquemos á Dios, hasta
» pedir á su Majestad rentas y
» dineros, y algunas personas que

» querria yo suplicasen á Dios los
» repisasen todos..... Estáse ar-
» diendo el mundo : quieren tornar
» á sentenciar á Cristo, como dicen,
» pues le levantan mil testimonios :
» quieren poner su Iglesia por el
» suelo, y hemos de gastar tiempo
» en cosas, que por ventura si Dios
» se las diese, tendriamos un alma
» menos en el cielo. No, hermanas
» mias, no es tiempo de tratar con
» Dios negocios de poca impor-
» tancia. »

Tal fué el primer estímulo que movió á Teresa á poner en planta ántes su proyecto. Otra cosa contribuyó tambien poderosamente á alentarla á hacer mayor penitencia y encerrarse en un claustro donde ella y sus compañeras, enteramente separadas

de toda relacion y contacto con el siglo, pudieran vacar más libremente á la santificacion de sus almas y llenar el mundo de admiracion con el restablecimiento de la Regla primitiva, de la estricta observancia; y fué una espantosa vision con que la favoreció el Señor, y en la cual la puso de manifiesto las tinieblas, las penas y los horrorosos tormentos que en el infierno la estaban prevenidos, si hubiera continuado en la vida relajada de su convento de la Encarnacion. De este modo la cuenta la Santa en el capitulo XXXII de su *Vida* « Estando un dia en oracion » me hallé en un punto toda sin » saber cómo, que me parecia estar » metida en el infierno. Entendi que » queria el Señor que viese el lugar

» que los demonios allá me tenian
» aparejado, y yo merecido por mis
» pecados. Ello fué en brevísimo
» espacio; mas aunque yo viviese
» muchos años, me parece imposible
» olvidárseme. Parecíame la entrada
» á manera de un callejon muy
» largo y estrecho, á manera de
» horno muy bajo, y oscuro y an-
» gosto : el suelo me parecia de un
» agua como lodo muy sucio, y de
» pestilencial olor, y muchas saban-
» dijas malas en él : al cabo estaba
» una concavidad metida en una
» pared á manera de alacena, á
» donde me vi meter en mucho
» estrecho. Todo esto era deleitoso
» á la vista en comparacion de lo
» que allí senti : esto que he dicho
» va mal encarecido.

« Estotro me parece que á un
» principio de encarecerse como es,
» no lo puede haber, ni se puede
» entender; mas senti un fuego en
» el alma, que yo no puedo entender
» cómo poder decir de la manera
» que es, los dolores corporales tan
» incomportables, que con haberlos
» pasado en esta vida gravisimos, y
» (segun dicen los médicos) los
» mayores que se pueden acá pasar;
» porque fué encogérseme los ner-
» vios cuando me tulli, sin otros
» muchos de muchas maneras que
» he tenido, y aun algunos, como
» he dicho, causados del demonio,
» no es todo nada en comparacion
» de lo que alli senti, y ver que
» habian de ser sin fin y sin jamás
» cesar. Esto no es, pues, nada en

» comparacion del agonizar del
» alma : un apretamiento, un aho-
» gamiento, una afliccion tan sen-
» sible, y con tan desesperado y
» afligido descontento, que yo no
» sé cómo lo encarecer : porque
» decir que es un estarse siempre
» arrancando el alma, es poco;
» porque ahí parece que otro os
» acaba la vida, mas aquí el alma
» mesma es la que se despedaza. El
» caso es, que no sé cómo encarezca
» aquel fuego interior, y aquel des-
» esperamiento sobre tan gravi-
» simos tormentos y dolores. No
» veia yo quién me los daba, mas
» sentiame quemar, y desmenuzar
» (á lo que me parece), y digo que
» aquel fuego y desesperacion inte-
» rior es lo peor. Estando en tan

» pestilencial lugar tan sin poder
» esperar consuelo, no hay sen-
» tarse, ni echarse, ni hay lugar,
» aunque me pusieron en este como
» agujero hecho en la pared, porque
» estas paredes que son espantosas
» á la vista, aprietan ellas mesmas,
» y todo ahoga, no hay luz, sino
» todo tinieblas oscurisimas. Yo no
» entiendo cómo puede ser esto,
» que con no haber luz, lo que á la
» vista ha de dar todo pena se ve. No
» quiso el Señor entonces viese mas
» de todo el infierno, después he
» visto otra vision de cosas espan-
» tosas, de algunos vicios el cas-
» tigo : cuanto á la vista muy mas
» espantosas me parecieron : mas
» como no sentia la pena, no me
» hicieron tanto temor, que en esta

» vision quiso el Señor que verda-
» deramente sintiese yo aquellos
» tormentos, afliccion en el espíritu,
» como si el cuerpo lo estuviera
» padeciendo. Yo no sé cómo ello
» fue, mas bien entendí ser gran
» merced, y que quiso el Señor yo
» viese por vista de ojos de donde
» me habia librado su misericordia;
» porque no es nada oirlo decir, ni
» haber yo otras veces pensado en
» diferentes tormentos (aunque po-
» cas, que por temor no se lleva
» bien mi alma) ni que los demo-
» nios atenazan, ni otros diferentes
» tormentos que he leido, no es
» nada con esta pena, porque es
» otra cosa : en fin, como de dibujo
» á la verdad, y el quemarse acá es
» muy poco en comparacion deste

» fuego de allá. Yo quedé tan espan-
» tada, y aun lo estoy ahora escri-
» biéndolo, con que ha cási seis
» años, y es ansi, que me parece el
» calor natural me falta de temor,
» aquí á donde estoy, y ansí no me
» acuerdo vez que tenga trabajo ni
» dolores, que no me parezca no
» nada todo lo que acá se puede
» pasar; y ansi me parece en parte,
» que nos quejamos sin propósito.
» Y ansi torno á decir, que fue una
» de las mayores mercedes que el
» Señor me ha hecho, porque me
» ha aprovechado muy mucho, ansí
» para perder el miedo á las tribu-
» laciones y aflicciones desta vida,
» como para esforzarme á pade-
» cerlas, y dar gracias al Señor que
» me libró, á lo que ahora me

» parece, de males tan perpetuos y
» terribles..... Seais bendito, Dios
» mio, por siempre, y como se ha
» parecido que me queriades Vos
» mucho mas á mí, que yo me
» quiero. »

Con estas dos consideraciones especialmente estorbó misericordiosamente el Señor á Teresa que pasara adelante en el camino que ántes llevaba, la previno y sacó afortunadamente con su poderosa mano de las ocasiones en que se iba enredando, y la revistió de valor y energía para atropellar por todas las dificultades y resistencias que pudieran ofrecérsela en el cumplimiento de su ardua y heroica mision.

CAPÍTULO X

CONSTITUCIONES

Resuelta la Reforma, era preciso ver lo que debia reformarse y cómo convenia hacerlo; pues no se proponia Teresa fundar una nueva Religion, sino quitar los abusos que, andando los tiempos, se habian introducido en la que profesaba, para encaminarla á mayor perfeccion, es decir, reducirla á su perfeccion primitiva. Era esta una obra muy delicada y superior á las luces y fuerzas humanas; pero no la faltaron tampoco en esta circunstancia las luces y providencia divina para descubrir

y dar á su Reforma las reglas y modo de vida acomodadas para alcanzar la elevada perfeccion que se proponia; y así sólo con la asistencia del Señor pudo idear y dar las Constituciones convenientes á las personas deseosas de abrazar el nuevo Instituto.

Como hemos dicho ya en otra parte, el convento de la Encarnacion, en que estaba Teresa, seguia la Regla de san Alberto, no como la habia dado dicho santo á los monjes del Carmelo, sino suavizada con las mitigaciones que de la Santa Sede habia conseguido la Órden. La Regla de san Alberto era sacada de otra que Juan, patriarca jerosolimitano habia dado en otro tiempo á los ermitaños del mismo monte, y que

era muy austera, rigurosa y difícil de observar. Y como de ermitaños, que vivian en celdas separadas, resolvieran aquellos solitarios llevar vida comun y conventual, no podia convenir, en todas sus partes, la Regla que hasta entónces habian seguido, y como se la habia dado san Alberto, y acudieron al papa Inocencio IV, que á la sazon ocupaba la Cátedra de san Pedro, pidiéndole se dignara moderarla en algunos puntos esenciales, para que se pudiera adaptar á su nuevo modo de vivir. Dignóse condescender benignamente aquel pontífice; y así la Regla de san Alberto, moderada por Inocencio IV, es la que se llama *Regla primitiva de los PP. Carmelitas*. Púsose, pues, en práctica la Regla de san Alberto

con las moderaciones aprobadas, pero no se sostuvo el fervor de aquellos primeros Religiosos; sus sucesores hallaron que no bastaban sus fuerzas para seguir una Regla de tanto rigor y aspereza; que no podia la naturaleza humana resistir á tanto peso y tanta carga; que convenia mitigarla, y con este fin recurrieron otra vez á la autoridad apostólica. Tenia entónces la Iglesia por sumo pontífice al papa Eugenio IV, el cual escuchó bondadosamente los ruegos de aquellos monjes, y otorgó las mitigaciones que se le pedian. Pero, entibiándose cada dia más el espíritu de los descendientes de Elías, recurrieron sucesivamente á otros papas para conseguir nuevas mitigaciones, por manera que, al fin, tan menoscabada

estaba la observancia (sobre todo con los abusos que se habian introducido), que se vivia en los conventos con anchura y libertad, sin rastro, por decirlo así, de mortificacion y penitencia, y no eran ya de conocer los Carmelitas, y particularmente las Carmelitas en tiempo de nuestra Santa. Esto la llegaba al alma á Teresa, y esto es lo que se propuso reformar, restableciendo la Regla primitiva de su Órden, dada por san Alberto, pero conservando las moderaciones consentidas por Inocencio IV, y poniendo algunas nuevas Constituciones, las cuales han añadido á la Regla nuevo rigor y estrechura. El Ilmo. Sr. obispo de Ávila, que era el prelado de Teresa, aprobó estas primeras adiciones, las cuales

fué ella aumentando, al paso que iba aumentando tambien el número de sus conventos. Vamos á poner algunas de estas Constituciones, no todas, sino las más principales é importantes y sin atenernos al mismo órden con que las escribió la Santa.

§ I

REGLAS QUE SE DEBERÁN OBSERVAR PARA RECIBIR NOVICIAS

« Mirese mucho que las que se
» hubieren de recibir sean personas
» de oracion, y que pretendan toda
» perfeccion y menosprecio del
» mundo, porque si no vienen desa-
» sidas de él, podran llevar mal lo
» que aqui se lleva, y vale mas

» mirallo antes que echarlas des-
» pues. Y que no sean de menos de
» diez y siete años, y tengan salud,
» entendimiento y habilidad para
» rezar el Oficio divino, y ayudar en
» el coro; y no se dé profesion si no
» se entendiere en el año de novi-
» ciado tener condicion, y las demas
» cosas que son menester para lo
» que aquí se ha de guardar. Y si
» alguna cosa destas le faltare, no
» se reciba.

» Contentas de la persona, si no
» tiene que dar ninguna limosna á
» la casa, no por eso se deje de
» recibir, como hasta aquí se ha
» hecho. Téngase grande aviso que
» el recibir novicias no vaya por
» intereses, porque poco á poco
» podia entrar la codicia de manera

» que miren mas á la limosna que
» á la bondad y calidad de la per-
» sona; esto no se haga en ninguna
» manera, que será gran mal. Siem-
» pre tengan delante la pobreza que
» profesan, para dar en todo olor
» de ella, y miren que no es esto lo
» que las ha de sustentar, sino la
» fe y la perfeccion, y fiar en solo
» Dios. Esta constitucion se mire
» mucho, y se cumpla, que con-
» viene, y se lea á las hermanas.
» Para recibir alguna el hábito
» hagan mucha diligencia en las
» partes que tiene de la salud é
» ingenio para poder llevar esta
» santa observancia, porque despues
» de recibidas es dificultoso el re-
» medio, pero no por eso hecha la
» diligencia en el año de la apro-

» bacion, se admitan á la profesion
» de quien no se tuviere la espe-
» ranza que conviene para la obser-
» vancia y bien de la religion, y en
» esto encargamos la conciencia á
» la priora y maestra de novicias,
» y á las demas religiosas. »

Despues de haber indicado el modo de obrar con las postulantes y las novicias, indica la Santa el tacto, la prudencia y discrecion con que conviene educarlas y dirigirlas, diciendo asi á las maestras : « La
» maestra de novicias sea de mucha
» prudencia, oracion y espíritu, y
» tenga mucho cuidado de leer las
» constituciones á las novicias y
» enseñarlas todo lo que han de
» hacer, ansi de ceremonias como
» de mortificacion, y ponga mas en

» lo interior que en lo exterior,
» tomándoles cuenta cada dia cómo
» aprovechan en la oracion, y cómo
» se han en el misterio que han de
» meditar, y qué provecho sacan, y
» enséñelas cómo se han de haber
» en tiempo de gustos y sequedades,
» y en ir quebrando ellas mismas
» su voluntad aun en cosas menudas.
» Mire la que tiene este oficio que
» no se descuide en nada, porque
» es criar almas en que more el
» Señor. Trátelas con piedad y amor,
» no se maravillando de sus culpas,
» porque ha de ir mortificando
» poco á poco á cada una segun lo
» que viere que puede sufrir su
» espíritu : haga mas caso de que
» no haya falta en las virtudes que
» en el rigor de la penitencia, y

» mande la priora que la ayuden á
» enseñarlas á leer.

» Cuando la priora viere que no
» tiene persona que sea bastante
» para maestra de novicias, séalo
» ella, y tome este trabajo por cosa
» tan importante, y mande á alguna
» de las hermanas que la ayude. »

Tres cosas muy importantes recomienda la Santa en esta parte de sus Constituciones, como que de ellas depende el porvenir de las doncellas, que pidan el santo hábito, y de las Comunidades en que deban vivir : Estúdiense con mucha atencion su vocacion y sus disposiciones naturales; no sea el interes la llave que las abra ó cierre las puertas del convento; no sea admitida á profesar la novicia que no dé pruebas de una

vocacion cierta y verdadera. Lo contrário engendraria inconvenientes, que, á toda costa, se deben procurar evitar en toda Comunidad. No son ménos dignos de notarse los sabios consejos que da á las monjas que estén encargadas de cultivar aquellas jóvenes plantas.

§ II

DEL HÁBITO, VESTIDO Y CAMA DE LAS MONJAS

En el capítulo VIII de sus Constituciones pone la Santa el modo con que deben vestir las monjas, y dice así : « El vestido sea de jerga, ó de » sayal de color burielado sin tin- » tura, y echésele el menos sayal

» que ser pueda para hábito : tenga
» la manga angosta, no mas ancha
» en la boca que en el principio,
» sin pliegues; sea redondo, no mas
» largo atrás que adelante, y que
» llegue hasta los piés. El escapu-
» lario de lo mismo, cuatro dedos
» mas alto que el hábito. La capa
» de coro de la misma jerga blanca
» en igual del escapulario, que lleve
» siempre la menos jerga que ser
» pueda, atento lo necesario, no
» supérfluo. El escapulario traigan
» sobre las tocas. Sean las tocas de
» sedeña ó lino grueso, no plegadas.
» Túnicas de estameña, y sábanas
» de lo mesmo. El calzado alpar-
» gatas, y por la honestidad calzas
» de sayal, ó de estopa, ó cosa
» semejante. Almohadas de esta-

» meña, salvo con necesidad, que
» podrán traer lienzo. Las camas
» sin ningun colchon, sino con jergon
» de paja, que probado está por
» personas flacas, y no sanas, que
» se puede pasar, no colgada cosa
» alguna, si no fuere á necesidad,
» alguna estera de esparto, ó ante-
» puerta de alfamar ó sayal, ó cosa
» semejante que sea pobre. Traerán
» cortado el cabello, por no gastar
» tiempo en peinarlo; jamás ha de
» haber espejo ni cosa curiosa, sino
» todo descuido de sí. »

§ III

DE LA POBREZA Y TRABAJO DE MANOS

Siempre profesó la Santa un amor extremo á la labor de manos y á la

virtud de la pobreza, al ejemplo de nuestro divino Redentor, que ni siquiera tenia donde recostar su cabeza. Asi es que con el mayor ahinco recomienda una y otra cosa á sus hermanas en sus Constituciones. Hablando de la santa pobreza, dice asi : « Hase de vivir de limosna sin » ninguna renta en los conventos » que estuvieren en pueblos ricos y » caudalosos, donde esto se pudiere » llevar, y en los pueblos donde no » se pudieren sustentar de solas las » limosnas, puedan tener renta en » comun, pero en todo lo demas no » haya alguna diferencia de los mo- » nasterios de renta á los de pobreza. » Y miéntras se pudieren sufrir no » haya demanda : mucha séa la » necesidad que las haga traer de-

» manda, sino ayúdense con la labor
» de sus manos, como hacia san
» Pablo, que el Señor las proveerá
» de lo necesario. Como no quieran
» mas, y se contenten sin regalo,
» no les faltará para poder sustentar
» la vida : si con todas sus fuerzas
» procuran contentar al Señor, su
» Magestad tendrá cuidado que no
» les falte su ganancia. En ninguna
» manera poséan las hermanas cosa
» en particular, ni se les consiénta,
» ni para el comer, ni para el vestir,
» ni tengan arca, ni arquilla, ni
» alacena, sino fuere las que tienen
» los oficios de Comunidad, ni nin-
» guna otra cosa en particular, sino
» que todo sea comun. Esto importa
» mucho, porque en pocas cosas
» puede el demonio ir relajando la

» perfeccion de la pobreza, y por
» esto ténga mucho cuidado la priora
» en que cuando viere alguna her-
» mana aficionada á alguna cosa,
» ora séa libro ó celda, de quitar-
» selo, y que esto se guarde en todos
» los monasterios, ora téngan renta,
» ora no; y séa con mucho rigor,
» y la perlada lo ejecúte, y no con-
» siénta que se quebrante, y que el
» provincial la castigue con mucho
» rigor si se quebrantare. »

Despues de haber tomado Teresa estas disposiciones en cuanto á la pobreza, pasa á la labor de manos, diciendo: « No se hága labor curiosa;
» séa la labor hilar, ú otras cosas
» que no sean tan primorosas que
» ocupen el pensamiento, para no
» le tener en el Señor. No cosa de

» oro, ni plata, ni se porfie en lo
» que han de dar por ello, sino que
» buenamente tomen lo que se les
» diere, y vieren que no les con-
» viene, no hágan aquella labor.

» Taréa no se dé jamás á las her-
» manas; cada una procúre trabajar,
» para que coman las demas. Tén-
» gase mucha cuenta en lo que
» manda la Regla, que quien qui-
» siere comer que ha de trabajar,
» así que lo hacia San Pablo, y si
» alguna vez por su voluntad qui-
» siese tomár labor tasada para aca-
» barla cada dia, que lo puedan
» hacer; mas no se les dé peni-
» tencia, aunque no la acaben. »

Esta obligacion del trabajo de manos, que aquí pone la Santa á sus hermanas, deriva naturalmente

de la que las habia impuesto ántes, relativamente á la pobreza, no consintiendo por ningun estilo que tengan rentas; pues, no teniendo medios de existencia que las permitan vivir con holganza, claro es que deben suplirlos con el trabajo de sus manos, mayormente oponiéndose igualmente ella á que vayan pidiendo limosna. Pues, lo que no dan las rentas ó la caridad, debe darlo el trabajo manual á quien no quiera ser indefectiblemente victima de su holgazaneria.

Esta disposicion de Teresa está conforme con la que dió el Señor en el paraiso terrenal, condenando á nuestros padres y á todos sus descendientes á comer el pan con el sudor de su rostro, en castigo de su

pecado. Á nadie deshonra el trabajo; lo que deshonra, es, querer estar mano sobre mano y alargarla para pedir y sacar limosna más bien que valerse de ella para ganar su subsistencia. Una de las cosas más tristes, que en este mundo puedan verse, es un hombre falto de voluntad y energia para trabajar, y listo y arrojado para mendigar, prefiriendo la mendicidad y la miseria á una existencia decorosa y conveniente por medio de su trabajo. Si tuvieran todos los hombres amor al trabajo, como debieran, no habria en la tierra tantos crímenes, revoluciones y desgracias como tienen que deplorarse, cada dia, con mengua de la humanidad.

Por lo mismo que la Santa

conocia las ventajas de la labor de manos y los inconvenientes de la ociosidad, recomienda de un modo muy especial el trabajo, no sólo en sus Constituciones, sino cada vez que se la ofrece la ocasion de hacerlo, dando por razon principal: *Porque no halle el demonio por vuestra ociosidad entrada para vuestras almas*. Por lo mismo trabajaban los antiguos padres en los desiertos, y no era para ganar sus vidas, supuesto que se alimentaban con las raices y productos de la tierra que hallaban en sus soledades, sino porque, como dice Casiano, era entre ellos muy recibida esta sentencia que el monje ocupado no era tentado más que por un demonio y el ocioso era combatido de muchos. Y asi vemos que uno de

aquellos padres, san Pablo, el primer ermitaño, trabajaba siempre sin esperanza alguna de lucro; hacia cestillas y espuertas; y, en lugar de venderlas para sacar algun provecho, las amontonaba en su cueva y al cabo del año las pegaba fuego. Buscaba, no la ganancia temporal, sino el fruto espiritual, y esto es lo que queria Teresa procurar á sus hermanas, obligándolas al trabajo manual, en vez de andar vagueando por el monasterio, perdiendo en el locutorio el tiempo que podian consagrar á la oracion para provecho de sus almas, ó al trabajo de manos para ganar su vida.

Esta vida de trabajo manual en las Comunidades es la que llevó y nos enseñó la sagrada familia des-

pues que el Verbo divino se hubo revestido de nuestra carne por amor de los hombres. En pocas palabras nos la pinta de un modo tierno un escritor de nuestro siglo : « Siendo » aun jovéncito, dice con su estilo » poético Orsini, tomó Jesus su » destral y se fué acompañando á su » anciano padre nutricio á los pue- » blos donde les daban trabajo. » Jamas dejó de asistir á su madre » con el trabajo que le permitian su » edad y sus fuerzas. Cuando hu- » bieron tenido que huir á Egipto, » no habia comodidad alguna en la » familia; pero se ayudaron á pro- » veer á las cosas de primera nece- » sidad con toda especie de priva- » ciones, de trabajo y ánimo varonil. » Se entregaron á duros trabajos

» Jesus, María y José, y Aquel que
» podia mandar á legiones de ángeles
» jamas pidió para sí y para los
» suyos más que el pan del dia. » Y
hablando de nuestra Santa uno de
sus confesores, el Ilmo. Sr. Yépes,
tambien nos hace de ella un cuadro
por el estilo del que acabamos de
poner. « No solo encargaba la santa
» madre el trabajo de manos, dice,
» sino que era la primera en ellos,
» porque con estar tan cargada de
» enfermedades, siempre que las
» ocupaciones forzosas la dejaban,
» se ocupaba en hilar ó coser, ó en
» otra cosa semejante, de suerte
» que un punto no estaba ociosa.
» Cuando iba á la red á negociar
» con personas muy graves, llevaba
» consigo alguna obra de manos con

» que ocuparse, de que no se edifi-
» caban poco los que allí estaban,
» si alguna lo sentia. Y asi solia
» decir, era gran ventaja hablar
» estando las rejas cerradas, porque
» podian negociar y trabajar junta-
» mente. Era tan amiga del trabajo
» de manos, que cuando le man-
» daban escribir algun libro lo sentia
» mucho, porque le impedia el hilar
» y otros trabajos de manos propios
» de mujeres, y de su gusto y con-
» dicion, por ser tan humilde. » Así nada es de extrañar que, teniendo la Santa tanto amor al trabajo de manos, procurase con tanto empeño inspirarlo á sus hermanas y discípulas, como dice tambien el autor que acabamos de citar. « Deseaba
» la Santa, dice, que en sus monas-

» terios no se hiciesen delicadas sus
» monjas, teniendo por honra el
» ocio, por devocion el descuido, y
» el demasiado sueño por necesidad,
» sino que se enseñasen á trabajar,
» y no se desdeñasen de poner las
» manos en lo que es tan propio de
» mujeres, porque el trabajo cor-
» poral es la sal que preserva de
» corrupcion nuestra vida y nuestra
» alma, particularmente la castidad
» en las mujeres, que cuanto de
» suyo son más inclinadas al regalo
» tanto mas fácilmente se les pega
» el ocio y se pierden con él. Que si
» los hombres que son varoniles,
» con el regalo conciben ánimo y
» condicion de mujeres, ¿las mu-
» jeres qué será? »

§ IV

DE LAS COMUNIONES

« La Comunion sea cada domingo,
» y dias de fiesta de Nuestro Señor,
» y de Nuestra Señora, y de nuestro
» padre san Alberto, y de san José,
» y de la advocacion de la casa, y
» el Juéves santo, y el juéves del
» Santísimo Sacramento, y el juéves
» de la Ascension, y los demas
» dias que al Confesor le pareciere
» conforme á la devocion y espíritu
» de las hermanas, con licencia de
» la madre priora, sin la cual las
» hermanas fuera de los dias que
» aquí van señalados no puedan
» comulgar aunque el confesor se lo
» diga. »

Nuestro divino Salvador fué el objeto principal y culminante de los deseos de los patriarcas, profetas y santos del antiguo Testamento, los cuales suspiraban sin cesar para verle bajar de las regiones celestiales y vivir en medio de los hombres, segun estaba prometido y ellos estaban ansiando y esperando, y hubieran cifrado su gusto en tenerle entre ellos, conversar con Él, bendecirle y adorarle. Lo que no gozaron ellos, gozamos felizmente nosotros; y, aprovechando esta dicha, procuran las almas piadosas llegarse con la mayor frecuencia posible á la sagrada mesa, y recibir en ella al divino Esposo de nuestras almas, hablarle dentro de su corazon, bendecirle y adorarle, y recibir, en

cambio, sus gracias y favores. Muchas son las almas que participan de esta dicha, acercándose cada dia al pié de los altares para tener el consuelo de recibir á Jesus sacramentado. Santa Teresa era una de ellas, tenia el inefable consuelo de comulgar cada dia; y, sin embargo, en este punto de sus Constituciones, sólo permite á sus hermanas recibir el pan de los ángeles, ciertos dias que señala, á no ser con la anuencia de la madre superiora y de los Confesores. Extraña podrá parecer esta restriccion, si se examina de un modo superficial este punto tan importante; pero lo parecerá ménos si se examinan con más profunda atencion las grandes disposiciones de pureza y preparacion que se re-

quieren para cumplir este acto augusto entre todos las de nuestra sagrada religion. Las tenia Teresa; pero no todas sus hermanas habian llegado á tan elevado grado de virtud y perfeccion como ella, y asi no podian pretender iguales gracias. Por otra parte, no limitaba los dias de Comunion de un modo absoluto, y dejaba á las luces de las superiores y de los Confesores la solucion de esta importante cuestion, no queriendo exponerse á privar de los preciosos frutos de la Comunion frecuente á las hermanas más aventajadas en virtud y que pudieran ser más acreedoras á ellos.

§ V

DE LOS CONFESORES

« La priora con el provincial ó
» visitador búsque clérigo, de cuya
» edad, vida y costumbres, haya la
» satisfaccion que conviene, y siendo
» persona tal, con parecer del pro-
» vincial, podrá tambien ser Con-
» fesor de las Religiosas; pero no
» obstante el tal Confesor ordinario,
» podrá la priora no solo las tres
» veces que el santo Concilio de
» Trento permite, pero tambien
» otras, admitir para confesar las
» tales Religiosas algunas personas
» religiosas de los mismos Descalzos,
» y otros Religiosos de cualquier
» Órden que sean, siendo personas

» de cuyas letras y virtud tenga la
» priora la satisfaccion que con-
» viene; y lo mesmo podrá hacer
» para los sermones, y que ni el
» provincial que ahora es, ó por
» tiempo fuere, no les pueda quitar
» esta libertad, y á los tales Confe-
» sores, asi Descalzos como los
» demas, por causa de las confesar,
» les puedan aplicar cualquier li-
» mosna ó fruto de capellania. »

La eleccion de Confesor es uno de los puntos más esenciales y dignos de atencion, no sólo para las personas que viven en Comunidad, sino tambien para las que viven en el mundo. De esta eleccion depende muchas veces la salvacion de las almas. Un Confesor ignorante puede hacer mucho mal, no teniendo cien-

cia suficiente para apreciar la gravedad de los pecados y para dirigir las almas en el camino de la salvacion y perfeccion. Por esto insiste tanto la Santa aquí y en otras partes en que los eclesiásticos, que tengan que escogerse para confesar sus monjas, tengan letras. Ademas de las letras quiere la Santa que los Confesores de sus monjas sean hombres virtuosos y de experiencia, porque esto ayuda igualmente no poco para la sana direccion de las almas; y no pocas veces la experiencia es preferible á mucha ciencia, miéntras se tenga la suficiente. Por consiguiente es una cuestion que debe estudiarse mucho. En este punto de sus Constituciones habia dejado Teresa mucha latitud á las prioras de sus conventos

para escoger los Confesores de sus Comunidades ; esta latitud rayaba en excesiva ; ya, ántes que muriera ella, lo echó de ver, lo confesó, y lo sintió; y, entrando en sus miras, los prelados de la Órden quitaron despues esta facultad á las superioras de los conventos, y fueron los Provinciales de la Órden los que quedaron exclusivamente encargados de la delicada mision de proveer de Confesores á las monjas que tenian bajo su obediencia, conforme al decreto del sagrado Concilio de Trento.

Otro inconveniente, y no poco grave, habia igualmente en este punto de las Constituciones de la Santa, y era, que esta nimia libertad de eleccion podia abrir la puerta á abusos que era absolutamente necesario ex-

cluir, autorizando parlerías y entretenimientos que ninguna relacion tenian con la Confesion y direccion. El efecto ménos funesto de semejantes comunicaciones podia ser la pérdida del recogimiento, y podia temerse que, subiendo gradualmente, engendraran la disipacion, la relajacion y el menoscabo del espíritu religioso. Estas y otras consideraciones no escaparon á Teresa y la infundieron cuidados que ella misma declaró á una de sus prioras, diciendo:

« Muy confusa estoy en este punto
» que puse en las Constituciones,
» porque aunque cuando se hizo esta
» Constitucion habia mucho espíritu
» y sinceridad, temo en adelante no
» se aprovechen de ella, para andar
» visitadas, y tratar melancolías, que

» valdria mas no las supiesen sino » los de la Órden. » Pero tambien desapareció este inconveniente, y se remedió este mal con retirar á las madres prioras la eleccion de Confesores y poniéndola en manos de los superiores de la Órden.

§ VI

DE LA ORACION MENTAL Y HORAS CANÓNICAS

« Los Maitines se digan despues » de las nueve, y no ántes, ni tan » despues que no puedan estar, des- » pues de acabados, un cuarto de » hora haciendo exámen en lo que » han gastado aquel dia; á este exá- » men se tañerá, y á quien la priora

» mande léa un poco en romance del
» misterio que se ha de pensar en
» otro dia. El tiempo que en esto se
» gastare séa de manera que á las
» once poco mas ó ménos hagan se-
» ñal con la campanilla, y se recojan
» á dormir. Este tiempo de exami-
» nacion y leccion téngan todas jun-
» tas en el coro, y ninguna hermana
» sálga del coro sin licencia despues
» de comenzados los Oficios.

» En verano se levánten á las
» cinco, y estén en oracion hasta las
» seis, y en invierno se levánten á
» las seis, y estén hasta las siete en
» oracion : acabada la oracion se
» digan las Horas, y si á la priora
» le pareciese, las digan todas jun-
» tas, ó sino déje para ántes de
» Misa una ó dos, de suerte que

» estén acabados ántes de Misa. Los
» domingos y dias de fiesta se cánte
» Misa, Visperas y Maitines. Los
» dias primeros de Pascua y otros
» dias de solemnidad podrán cantar
» los Laudes, en especial el dia del
» glorioso san José. Jamás séa el
» canto por punto, sino en tono, las
» voces iguales. Lo ordinario séa
» todo rezado, y cada dia háya Misa
» conventual, á la cual se hállen las
» hermanas donde cómodamente se
» puede hacer; procúren no faltar
» ninguna al coro por liviana causa,
» y acabadas las Horas se váyan á
» sus oficios: á las ocho en verano,
» y á las nueve en invierno se dirá
» Misa, y las que comulguen se
» quéden un poco en el coro.

» Un poco ántes de comer se táña

» la campanilla, y se júnten todas á
» hacer exámen de lo que han hecho
» hasta aquella hora, y la mayor
» falta que vieren en sí propóngan
» enmendarse de ella, y decir un
» *Pater noster*, para que Dios les
» dé gracia para ello, cada una don-
» de estuviere se hínque de rodillas,
» y hága su exámen con brevedad.

» Á las gracias despues de comer
» en todo tiempo se váyan al coro
» con el psalmo de *Miserere*, y des-
» pues de cenar desde Pascua de
» Resurreccion hasta la Exaltacion
» de la Cruz, lo mismo.

» En dando las dos digan Vispe-
» ras, y despues de dichas se ténga
» la leccion: de suerte que en Vís-
» peras y leccion se gaste sola una
» hora, ahora séan las Vísperas so-

» lemnes, ahora no. Esto no se
» entiende en Cuaresma, que se
» dicen las Vísperas ántes de comer,
» y entónces la leccion se podrá
» tener de dos á tres, gastando toda
» la hora en ella, y si se hallaran
» con espíritu para tenerla de ora-
» cion, hágase conforme mas les
» ayudare el recogimiento y prove-
» cho de su alma.

» Las Completas se digan por
» todo el año despues de cena ó co-
» lacion, para que acabadas Com-
» pletas se guarde silencio, conforme
» la Regla y Constituciones. »

En punto á oracion, notorio es en cuanto la apreciaba Teresa y que tan adelantada estaba en este santo ejercicio, que pocos santos hay en la Iglesia de Dios que la hayan iguala-

do. Pues lo mismo queria que fueran sus monjas, es decir personas de oracion, sea mental, sea vocal, por ser este el fin principal de su vocacion, elevarse continuamente á Dios ; hablar siempre con Dios, unirse cada dia más con Dios por medio de aspiraciones del corazon. Tal es el fundamento de la vida religiosa, y así en todas las Congregaciones la mayor parte del tiempo se gasta en levantar el corazon á Dios, y en todas la oracion es la base del Instituto y el principio de la Regla. Por esto decia la Santa que no traia Dios á su Religion las jóvenes que se presentaban sin estar animadas de este espíritu y las consideraba como perdidas. Y, no sólo consideraba como perdidas á las almas que no eran

fieles á este ejercicio en el claustro, más tambien á las que lo dejan en el siglo, diciendo que cualquier persona, que descuida la oracion, está perdida por sí misma, sin necesidad de que la haga la guerra el demonio para conquistarla y perderla. Las disposiciones contenidas en los cuatro últimos apartes parecen copiadas de la Regla de San Benito.

§ VII

DE LA CLAUSURA Y LOCUTORIO

« Á nadie se véa sin velo, si no
» fuere á padre, ó madre, ó her-
» mana, salvo en caso que pareciere
» tan justo como los dichos, para
» algun fin, y esto con personas que

» ántes se edifique, y ayuden á
» nuestros ejercicios de oracion, y
» consolacion espiritual, y no para
» recreàcion, siempre con una ter-
» cera, como no sea negocio del
» alma. La llave de la reja ténga la
» priora, y la de la portería. Cuando
» entrare médico ó cirujano, ó las
» demas personas necesarias, ó con-
» fesor, siempre lléven dos terce-
» ras, y cuando se confesare alguna
» enferma, desviadas como puedan
» ver al Confesor, con el cual no
» hàble si no la mesma enferma, si
» no fuere alguna palabra, y una
» de ellas váya tañendo una campa-
» nilla, porque el convento entienda
» que hay en casa gente de fuera.
» Las novicias no déjen de visitar,
» asi como las profesas, porque si

» tuvieren algun descontento, se en-
» tienda que no se pretende sino
» que estén muy de su voluntad, y
» darles lugar que la manifiesten, si
» no la tuvieren de quedar.

» De negocios de mundo no tén-
» gan cuenta, ni tráten de ellos, si
» no fueren cosas que pueden dar
» remedio á las que las dicen, y
» ponerlas en la verdad, y conso-
» larlas de algun trabajo, y si no se
» pretende sacar fruto, conclúyan
» presto como queda dicho, porque
» importa que vaya con alguna ga-
» nancia quien nos visitare, y no
» con pérdida de tiempo, y que nos
» quede á nosotras. Ténga mucha
» cuenta la tercera con que se guarde
» esto, y esté obligada á avisar á la
» priora si no se guardare, y cuando

» no lo hiciere, cáiga en la misma
» pena de la que lo quebrantare,
» esto séa habiéndola avisado dos
» veces. La tercera esté nueve dias
» recogida en la celda, y el tercero
» de los nueve le dén una disciplina en el refectorio, porque es cosa
» que importa mucho á la religion.
» De tratar mucho con deudos se
» desvien lo mas que pudieren, porque dejado que se pegan mucho
» sus cosas, será dificultoso dejar
» de tratar con ellas algunas cosas
» del siglo, y téngase gran cuenta
» en el hablar con los de fuera,
» aunque sean deudos muy cercanos, si no son personas que han
» de holgar de tratar de cosas de
» Dios; véanlos muy pocas veces, y
» estas conclúyan presto. »

Muchas precauciones toma aqui la Santa por lo tocante á las conversaciones con gentes del siglo, aunque sean deudos y muy allegados, y no es por demas. Si todas las conversaciones no fueran más que pláticas religiosas y espirituales, no habria inconveniente en que fueran frecuentes y largas; muy al contrário; y en este caso son aceptas á Dios. Asi lo vemos por el ejemplo de san Benito y santa Escolástica. Habia el hermano ido á visitar á su hermana; y, despues de haber confabulado un poco con ella, queria dejarla y volverse á su monasterio; pero ella, deseosa de pasar la noche con él hablando de Dios, le rogaba que se quedara; y como no pareciera inclinado á ello, la Santa rogó al Señor,

el cual envió una lluvia que le estorbó salir del monasterio de su hermana, y así tuvo que hacer por fuerza lo que se resistia á hacer de buen grado, por haberlo dispuesto así el Señor. En las conversaciones meramente políticas fácilmente se introduce la murmuracion, harto á menudo es la caridad quien lo paga, y mayormente cuando se prolongan mucho; y por esto nos dice el Espíritu Santo que en el mucho hablar difícil es dejar de pecar. Por otra parte, queria la Santa que sus monjas fueran recogidas é interiores, y el piadoso Kempis dice muy acertadamente que un hombre muy hablador jamas ha sido hombre interior. No es, pues, nada extraño que tan á pechos tuviera la Santa que en sus

conventos se vieran pocas gentes de fuera; y que, cuando no hubiera medio de estorbarlo, á lo ménos se hablara poco, y en estos casos no sin testigos.

No nos extenderemos más sobre las Constituciones de la Santa; no porque nos parezca poco importante citarlas todas, sino por no permitirlo el estrecho cuadro que de preciso hemos tenido que señalarnos en una obrita limitada. Por otra parte, hemos producido las más esenciales, sustanciales y culminantes, y por ellas es fácil de ver el espíritu que animaba á la Santa, al escribirlas, y la mano que guiaba su pluma.

Hizo la Santa sus Constituciones cuando fundó su primer convento de San José de Ávila. No son la Regla

de la Órden, pues tomó por modelo y forma de su nuevo Instituto la Regla que en otro tiempo habia dado san Alberto á los antiguos Carmelitas, sino adiciones á dicha Regla. No las dió sin prévia licencia de su prelado, sino que las hizo ver primeramente al Ilmo. Sr. Obispo de Ávila, á quien estaba sujeto entónces su convento; y, sólo despues de haber merecido su aprobacion, las puso en vigor, y por ellas fueron gobernándose su primer convento y los demas que fué fundando sucesivamente. Algunos años despues, es decir, en el año mil quinientos ochenta, con el favor y proteccion del rey D. Felipe II, los Carmelitas Descalzos se salieron de la obediencia y sujecion de los Carmelitas Calzados;

hicieron Capítulo provincial en Alcalá de Henáres; presidiólo como legado apostólico el Padre maestro Fr. Juan de las Cuévas, de la Órden de Padres Predicadores, que despues fué obispo de Ávila; y aprobó aquel Legado las Constituciones que para su nueva Órden habian hecho tambien los Carmelitas Descalzos junto con las que habia hecho y ordenado Teresa para sus monjas. Despues de esta segunda aprobacion merecieron sus Constituciones la del sumo pontífice Sixto V en mil quinientos noventa. Ademas han sido aprobadas y confirmadas por todos los Capítulos generales de su Órden y los demas papas que se han sucedido en la Cátedra de san Pedro.

CAPÍTULO XI

TRATA TERESA DE DAR PRINCIPIO Á SU REFORMA. DIFICULTADES Y OBSTÁCULOS QUE TIENE QUE VENCER

Habia trabajado Teresa por espacio de muchos para años adelantar en el camino de la perfeccion y habia llegado á un alto grado de virtud y santidad; pero no estaba contenta con esto, y deseaba adelantar cada dia más. Era el pensamiento que más la preocupaba, y discurria medio de conseguirlo. Estaba en el convento de la Encarnacion de Ávila, que habia adoptado las mitigaciones á la Regla de san Alberto, consen-

tidas por el vicario de Jesucristo, y creyó que, si llevaba una vida más austera, conforme á la Regla primitiva y sin mitigaciones, lograria más bien su intento; pero no la era posible esto en aquel convento que habia adoptado las mitigaciones. Empezó, pues, á pensar de qué modo podria llegar á mayor santidad; y siempre la volvia la misma idea (que la venía de Dios) de que habia de llegar si entablaba una vida conforme al primer Instituto de su Órden.

Habian unos parientes suyos puesto de seglar en aquel mismo convento una sobrinita suya, llamada doña María de Ocampo. Las monjas hacian todo cuanto podian para criar á su educanda en los principios de la moral evangélica; pero todos los

cuidados y esfuerzos de sus maestras no la estorbaban seguir teniendo grande aficion á las vanidades del siglo y gastar la mayor parte de su tiempo en aderezos y composturas. Sin embargo, parece que se querian mucho una á otra; y estando ambas, cierto dia, dialogando junto con una monjita, amiga de la sobrina, dijo la tia, como si en nada pensara, y como para reirse (segun solia), que no era de su gusto la vida que en aquella casa se llevaba; que habia sobradas monjas, y que esto no la sentaba. Al oir esto la sobrina, y movida de un espíritu superior, empezaron á hablar de vida más solitaria, á manera de ermitañas. De palabra en palabra fué encendiéndose la conversacion, hasta que (cosa que poco

era de esperar) la sobrina dijo: « Pues bien, retirémonos las tres, » y hagamos vida más estrecha; » para lo cual ofrezco desde luego » mil ducados de mi legítima para » la casa. » No dió poco contento esta salida á la tia, mayormente viniendo de una jovencita que hasta entónces no habia pensado, por decirlo así, más que en galas y vanidades. Pero, sin responder nada, no echó en saco roto tan inesperada agudeza. Por parte de la sobrina, la experiencia puso de manifiesto que sus palabras no habian sido una mera bobería, pues desde aquel punto entró seriamente en sí aquella jóven; se desentendió en adelante de galas y vanidades del siglo; lo renunció; tomó el velo é hizo una

excelente monja bajo el nombre de hermana María Bautista.

Las palabras de la sobrinita dieron un nuevo incentivo á los deseos de Teresa de formar un nuevo Instituto, en el cual, bajo la Regla primitiva de san Alberto, que era una de las que mayor aspereza profesaban, pudiera ella entregarse con más desahogo á los rigores de la penitencia como deseaba, y determinó poner manos á la obra. Al dia siguiente, la visitó doña Guiomar de Ulloa; eran muy amigas las dos, y así la merecia toda su confianza. Ademas era rica, y podia ayudarla poderosamente en su obra. Hasta entónces, aunque dia y noche estaba Teresa pensando en su proyecto, no lo habia comunicado á nadie; parecióla propia

la ocasion para hacerlo, y asi habló á su amiga de lo que habia ocurrido la víspera, y la manifestó claramente sus intenciones y deseos. Y, como estaban presentes la sobrina y la monjita, como el dia anterior, dijo á la señora de Ulloa que aquellas dos jóvenes la habian manifestado, la víspera, el designio que tenian de fundar un monasterio; que á ella la habia parecido una idea excelente; que lo habia estado pensando toda la noche; que la gustaba muchísimo, y que no se trataba de nada ménos que de reformar la Órden de Nuestra Señora del Cármen. Hizo la más viva impresion en el espíritu de la señora Guiomar la confidencia de su amiga; ilustrada con las luces del cielo, vió desde luégo que en aquel asunto se

trataba de una obra que debia contribuir en gran manera á la mayor gloria de Dios y á dar un nuevo lustre á su Iglesia ; y, como era señora de muchas prendas y virtudes, aplaudió aquel proyecto, é insistió de un modo muy particular en que se llevara adelante, prometiendo cooperar segun se lo permitieran sus fuerzas. Sucedió, pues, que en el espacio de pocas horas, por decirlo así, eran cuatro las personas enteradas del proyecto que con tanta discrecion habia Teresa guardado en su corazon. Cuatro personas enteradas, cuatro personas adheridas, cuatro personas comprometidas á trabajar de mancomun en el buen éxito de la obra de Dios. Era un pequeño núcleo que recuerda el cenabe, de que nos

habla el Señor en el Evangelio, y que, despues de haber empezado tan chiquito, luégo da ramas tan altas, que se levantan hasta el cielo.

Entraron, pues, las cuatro en el proyecto; trataron de ponerse de acuerdo para los pasos y medidas conducentes; pero convinieron en que, ántes de echar manos á la obra, encomendarian este asunto al Señor y le dirigirian fervorosas súplicas para que las diera á conocer su divina voluntad, y, en caso de ser su beneplácito, las favoreciera con su amparo y proteccion. Con mucho gusto se comprometieron las cuatro en hacerlo; y, cierto dia, despues de haber comulgado Teresa, el Señor la dió á entender de un modo indubitable que Él queria que ella tomara

á pechos la empresa, y que Él no dejaría de asistirla. Hemos puesto esto bastante por extenso en el penúltimo capítulo, y así podemos dispensarnos de ponerlo otra vez aquí.

En cuanto hubo Teresa conocido la voluntad de Dios, resolvió no perdonar medios ni sacrificios para el buen éxito de su obra, para hallar y abrir una primera casa y ponerla bajo la advocacion de san José. Sintióse revestida de un ánimo varonil para acometer todos los trabajos, atropellar por todas las dificultades y mantenerse firme en medio de las contradicciones que la saldrian al paso, y que preveia muy bien; pues, tratándose de una obra de Dios de tanta importancia, no podia dejar de encender el encono del infierno é

inducirlo á promoverla cuantos obstáculos creyera capaces de arredrarla y desalentarla. Bien lo hizo; pero ningun trabajo ni obstáculo pudo hacerla aflojar, como luégo veremos.

Entre tanto consultaron con san Pedro de Alcántara, san Luis Beltran y el obispo de la diócesis, los cuales aprobaron unánimemente la generosa resolucion de Teresa, el sacrificio de su sobrina y el celo de doña Guiomar y de la monjita. Por órden del Señor, la Santa comunicó todo con su Confesor, que era entónces el P. Álvarez. Era aquel buen Religioso un gran siervo de Dios, hombre timorato y prudente, que, por lo mismo, se quedó turbado y confuso, no atreviéndose á decir ni sí, ni no; temiendo contradecirlo, por no parecerle justo,

y no teniendo valor para aconsejar lo que, segun las luces humanas, no le parecia acertado ni posible. Conque, para salir del paso con tranquilidad de conciencia, discurrió un medio que le ponia al abrigo de todo compromiso y de toda responsabilidad. No quiso dar ninguna solucion, ni aprobar ni desaprobar, y se contentó con decir á la Santa que lo consultara con su P. Provincial, que era un varon ilustrado y muy prudente. Con lo que la respondió su Confesor, se avistó Teresa con sus tres compañeras, y de comun acuerdo resolvieron que doña Guiomar se encargase de tratar con el P. Provincial, y todas continuaron sus preces. « Es cosa que extraña, dice el vene-» rable Palafox (aunque no sean tex-

» tualmente sus propias palabras),
» ver tres mujeres encerradas en una
» celda del monasterio de la Encar-
» nacion de Ávila, de las cuales la
» una es una pobre monja, la otra
» una jóven educanda en aquel con-
» vento, y la tercera una viuda dis-
» tinguida de Torés, concertándose
» sobre los medios de reformar una
» Órden como la del Monte Carmelo,
» compuesta de tantos hombres ilus-
» tres, y todo esto con mil ducados,
» que habia ofrecido la sobrina de
» Teresa, y el crédito de una viuda
» amiga suya. »

Segun lo convenido, y como por ningun estilo podia empezarse á obrar sin el prévio consentimiento de los superiores, fué la señora Guiomar á hallar al P. Provincial de

los Carmelitas. Lo era, á la sazon, el P. Ángel de Salazar; que tenia mucha piedad y virtud. Acogió muy bien á la señora viuda; la escuchó con mucha atencion y benevolencia; le pareció bien el asunto; prometió que daria su licencia, que el nuevo monasterio contaria entre los que estaban ya bajo su direccion; y por consiguiente escribieron á Roma para conseguir un Breve del papa.

Asegurada, pues, Teresa de la voluntad de Dios y de la aprobacion de sus superiores y otros varones tan santos, tan ilustrados y tan dignos de respeto y veneracion, tomó á pechos la proyectada Reforma, sin que hubiera estorbo capaz de acobardarla, y con este intento compró una casa para dar

principio á su empresa. Pero si eran tan satisfactorios para ella tantos testimonios de simpatía y aprobacion, no ponian ménos rabioso al demonio en vista de los magníficos auspicios con que empezaba la obra; y lleno de furor y de despecho, empleó todas sus armas, se valió de todas sus baterías para atacar el proyecto de Teresa y ahogarlo en su cuna. Divulgóse lo que hasta entónces se habia guardado escondido; súpose que el P. Salazar habia dado su licencia, y todos prorumpieron en clamores y amargas quejas contra él, por manera que le obligaron á revocar la licencia que habia ofrecido. Clamaron igualmente contra Teresa y su compañera. Por lo tocante á esta última, las cosas llegaron á tal

punto, que por esta causa su Confesor la despidió, el dia de la Natividad del Señor, como indigna de recibir la absolucion, con tanto escándalo como, decia él, estaba dando.

En cuanto á la Santa, en el capitulo XXXII de su *Vida*, ella misma nos dice dos palabras de lo que la pasó, asi que se supo en público lo que iba á hacer. « No se hubo comen-
» zado á saber por el lugar, dice,
» cuando no se podia escribir en
» breve la gran persecucion que
» vino sobre nosotras, los dichos,
» las risas, el decir que era dispa-
» rate, á mí, que bien me estaba en
» mi monasterio, á la mi compañera
» tanta persecucion, que la tenia
» fatigada. Yo no sabia qué me ha
» hacer, en parte me parecia que

» tenian razon. Estando ansi muy
» fatigada, encomendándome á Dios,
» comenzó su Majestad á conso-
» larme : díjome que aquí veria lo
» que habian pasado los Santos que
» habian fundado religiones, que
» muchas mas persecuciones tenia
» por pasar de las que yo podia pen-
» sar, que no se me diese nada. De-
» ciame algunas cosas que dijese á
» mi compañera, y lo que más me
» espantaba yo es, que luego quedá-
» bamos consoladas de lo pasado, y
» con ánimo para resistir á todos:
» y es ansi, que gente de oracion, y
» todo en fin el lugar, no habia cási
» persona que entónces no fuese
» contra nosotras, y le pareciese
» grandísimo disparate. »

Nada exageraba la Santa con ha-

blar ó escribir así, pues pareció que todo el infierno se habia conjurado contra ella, y no hubo más que una voz para reprobar la Reforma que queria ella introducir. Se quejó su convento; la contradijeron los PP. Carmelitas; la resistió la nobleza; se la opusieron los magistrados; murmuraron de ella los pueblos; y quiso formalmente oponerse la ciudad. Añádase á esto la escasez de fondos necesarios para continuar la construccion de la casa, y el atraso que habia en la llegada de la Bula del papa, que se habia pedido y era indispensable para allanar dificultades y obviar contestaciones, enredos y pleitos. Tanto ruido metió todo esto, que pareció á la Santa prudente contemporizar en la empresa, aunque sin ánimo de

abandonarla. Mucho tuvo que sufrir y lo sufrió con heroica paciencia y no ménos heroico valor. Muy fatigada andaba Teresa y sin saber qué hacer. Guardaba un modesto silencio, y se contentaba con rogar al Señor que, si tal era su voluntad, tomara bajo su amparo la ardua empresa que la habia confiado. La oracion era su refugio; y en medio de tanto apuro recurrió al Padre de las luces, como siempre hacia, y la consoló y animó el Señor, recordándola lo que habian sufrido los antiguos fundadores de Religiones, la bondad con que les habia asistido en todos los lances; que lo mismo habia de sucederla á ella, pero que no pasara cuidado; que Él habia de velar por ella, como habia velado por ellos,

que no se habia acortado su brazo, y lo mismo habia de salvarla á ella. Así lo hemos visto en la última cita que hemos aducido. Con esto se quedaba consolada y sosegada la Santa, pero no los alborotos.

Efectivamente, continuaban contra ella los dicterios, las sátiras mordaces, las malignas interpretaciones, las torpes y feas calumnias; ninguna arma de guerra descuidó el infierno. De todas partes se levantaba la voz en grito contra ella; todos, así la gente del pueblo, como las personas del convento murmuraban y consideraban la empresa como la cosa más temeraria y disparatada; más ella se quedaba en su retiro, sin perder jamas la paz y serenidad de su alma, y mucho ménos la esperanza y segu-

ridad que la habia dado el Señor, de que todo la saldria como Él la habia dicho. Tal es la pintura que de ello nos hace la Santa en el capítulo XXXIII de su *Vida*. Al principio habla del estado en que se hallaba el negocio de la casa que se trataba de comprar para poner la primera Comunidad de la Reforma, y dice: « Pues » estando los negocios en este estado » y tan al punto de acabarse, que » otro dia se habian de hacer las » escrituras, fue cuando el padre » provincial nuestro mudó de pare- » cer, creo fue movido por ordena- » cion divina segun despues me ha » parecido; porque como las ora- » ciones eran tantas, iba el Señor » perfeccionando la obra y orde- » nando que se hiciese de otra

» suerte. Como él no lo quiso ad-
» mitir, luego mi confesor me mandó
» no entendiese mas en ello : con
» que sabe el Señor los grandes tra-
» bajos y aflicciones que hasta traerlo
» á aquel estado me habia costado.
» Como se dejó y quedó ansi, con-
» firmóse mas ser todo disparate de
» mujeres, y á crecer la murmura-
» cion sobre mi con haberlo mandado
» hasta entónces mi provincial. Es-
» taba muy malquista en todo mi
» monasterio, porque queria hacer
» monasterio mas encerrado : de-
» cian que las afrentaba. que alli
» podia tambien servir á Dios, pues
» habia otras mejores que yo, que
» no tenia amor á la casa, que
» mejor era procurar renta para ella
» que para otra parte. Unas decian

» que me echasen en la cárcel, otras
» (bien pocas) tornaban algo por mí:
» yo bien veia que en muchas cosas
» tenian razon, y algunas veces dá-
» bales descuento, aunque como no
» habia de decir lo principal que era
» mandarmelo el Señor, no sabía
» qué hacer y ansí callaba. Otras
» haciame Dios muy gran merced,
» que todo esto no me daba inquie-
» tud, sino con tanta facilidad y con-
» tento lo dejé, como si no me hu-
» biera costado nada, y esto no lo
» podia creer (ni aun las mismas
» personas de oracion que me tra-
» taban) sino que pensaban estaba
» muy penada y corrida: y aun mi
» mismo confesor no lo acababa de
» creer. Yo como me parecia que
» habia hecho todo lo que habia

» podido, pareciame no era mas
» obligada para lo que me habia
» mandado el Señor, y quedábame
» en la casa que yo estaba muy con-
» tenta y á mi placer : aunque ja-
» más podia dejar de creer que habia
» de hacerse; yo no habia ya medio,
» ni sabia cómo ni cuándo, mas te-
» nialo muy cierto. »

Durante aquellas concurrencias, miéntras toda la ciudad tan desaforada y gritando estaba contra Teresa, pensó ella que para apaciguar tan horrenda tempestad seria del caso recurrir á la autoridad de algun gran personaje que pudiera interesarse por ella y ayudarla á salir del paso. Pues, estaba á la sazon en Ávila un Padre dominico, Presentado en su Órden, llamado fray Pedro Ibáñes,

hombre de mucho saber, reputacion é influjo; y, temiendo ella que los PP. de la Compañia de Jesus, recien establecidos en Ávila, y poco conocidos todavia, tuvieran disgustos y sinsabores, si se mostraban algo inclinados á protegerla, pensó que con ménos inconveniente podria ampararla aquel Padre. Ya en otro tiempo la habia ayudado, defendido y exhortado en secreto á continuar su obra; pero hasta entónces habia prescindido de meterse en todas aquellas jaranas, siendo tan prudente como era. Entendióse, pues, Teresa con la señora Guiomar, y fueron ambas á hablarle. Várias personas, que recelaban este paso, habian advertido á aquel buen Religioso, y ademas le habian suplicado que de ninguna

manera aprobara el designio de la Santa, y mirara bien lo que hacia. Esto no obstante, cuando se le presentaron las dos amigas, las recibió con la mayor bondad; las oyó con la mayor caridad; y, no queriendo dar una respuesta definitiva acto continuo, las pidió ocho dias para pensarlo. Estaba muy en favor de la obra; mas no por esto dejaba de ver cuántos obstáculos presentaba; y, no queriendo contristar á las dos amigas con una respuesta precipitada y negativa, prefirió pedirlas el mencionado plazo para pensarlo con mayor madurez; las preguntó si estaban dispuestas á conformarse con el dictámen que él diera, y ellas se comprometieron en estar por lo que él las dijera. Con esto se separaron, y el

P. Ibáñes se puso á pensarlo. Pesó con mucha detencion todos los obstáculos que hallaba Teresa : las quejas del monasterio de la Encarnacion, las contradicciones de los PP. Carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados y las murmuraciones de la plebe. Sin embargo, despues de haberlo profundamente meditado, se confirmó en la conviccion de que Teresa seguia fielmente la inspiracion de Dios. Así, cuando, pasados los ocho dias del plazo, volvieron las dos mensajeras á ver al P. Ibáñes para saber la respuesta que debia darlas, él las recibió con el mayor agrado y las dió la respuesta que apetecian. Asi nos lo cuenta la Santa en el capítulo XXXII de su *Vida*. « Se le asentó ser muy

» en servicio de Dios, dice, y que no
» habia que dejar de hacerse : y ansí
» nos respondió nos diésemos priesa
» á concluirlo, y dijo la manera y
» traza que se habia de tener ; y
» aunque la hacienda era poca, que
» algo se habia de fiar de Dios, y
» que quien lo contradijese fuese á
» él, que él responderia, y ansí
» siempre nos ayudó. » Y efectivamente tomó mucho interes por la causa, y él juntamente con doña Guiomar se daban mucho movimiento, y negociaban y escribian á Roma, trabajando con actividad para sacar el Breve de su Santidad para poner en planta el proyecto.

Muy consoladas salieron de la entrevista las dos mujeres, tanto más que vieron despues que desde

aquel dia algunos del pueblo que tanto habian vociferado contra ellas, empezaban á ablandarse y ponerse en su favor, y tambien el P. Provincial iba inclinando á darlas otra vez su licencia. Con tan favorable respuesta trataron desde luego de poner en ejecucion lo que tanto habian deseado, y querian comprar secretamente una casa para disponerla en forma de monasterio. Despues de agenciadas las diligencias, habian hallado una que podia bastarlas, habian ajustado el precio, y, al dia siguiente, debia firmarse la contrata. No pudo la cosa hacerse tan en secreto, que no llegara á noticia del público; y el demonio, que tan receloso andaba de este negocio, se puso á bramar como un furioso leon y

á hacer de nuevo cuanto pudo para estorbar el proyecto. Conque trabajó en revolverlo todo, halló bien dispuestas la ciudad y las monjas de la Encarnacion que opusieron la más viva resistencia, y se levantó tal grito y alboroto, que el P. Provincial, asustado con tanto ruido y tanta persecucion, tuvo por conveniente no dar aún el consentimiento, que habia prometido dar, y, so pretexto de las rentas módicas y mal aseguradas, se retractó formalmente. Habia ya Teresa experimentado muchos reveses, sostenido muchos combates y llevado muchos trabajos para llegar al punto en que estaban las cosas; pero, en cuanto la señora Guiomar la dió parte de la negativa del P. Provincial, se mantuvo quieta

y en silencio, y dejó de ocuparse momentáneamente del asunto, esperando mejor coyuntura. En esta situacion se quedaron las cosas unos cinco ó seis meses.

Entónces todos echaron á hablar de ella con ménos aprecio, y la miraron como una mujer que no tenia ningun juicio. Todas las monjas de la Encarnacion se pusieron furiosas contra ella, lo mismo que si con aquella empresa se hubiera empañado su reputacion. « Tambien » comenzó aquí el demonio (dice la » Santa en el capítulo XXXIII de su » *Vida*), de una persona en otra á » procurar se entendiese, que yo » habia visto alguna revelacion en » este negocio, é iban á mí con » mucho miedo á decirme que an-

» daban los tiempos recios, y que
» podria ser me levantasen algo y
» fuesen á los inquisidores. A mi
» me cayó esto en gracia, y me
» hizo reir (porque en este caso
» jamás yo temí, que sabia bien de
» mí que en cosa de la fe contra la
» menor ceremonia de la Iglesia,
» que alguien viese yo iba por ella
» ó por cualquier verdad de la
» sagrada Escritura, me pornia yo
» á morir mil muertes) y dije, que
» deso no temiesen, que harto mal
» sería para mi alma si en ella
» hubiese cosa que fuese de suerte,
» que yo temiese la Inquisicion;
» que si pensase habia para qué yo
» me la iria á buscar, y que si era
» levantado, que el Señor me libraria
» y quedaria con ganancia. Y tra-

» télo con este padre mio dominico
» (que como digo era tan letrado,
» que podia bien asegurar lo que él
» me dijese) y dijele entónces todas
» las visiones y modo de oracion y
» las grandes mercedes que me hacia
» el Señor con la mayor claridad
» que pude, y supliquéle lo mirase
» muy bien, y me dijese si habia
» algo contra la sagrada Escritura y
» lo que de todo sentia. Él me ase-
» guró mucho, y á mi parecer le
» hize provecho; porque aunque él
» era muy bueno, de allí adelante
» se dió mucho mas á la oracion. »
Esto prueba la poca pena que la daba todo lo que ocurria; mucha contradiccion hallaba; pero así se lo habia avisado el Señor, prometiéndola que no la habia de abandonar,

que de todo la sacaria; y esto la bastaba, y todo lo sufria con paciencia, resignacion é igualdad de ánimo. Así que jamas, ni áun en lo más recio de la borrasca, perdió la confianza de que se habia de cumplir lo que la habia prometido el Señor. Todas sus quejas se reducian á decir á Dios en sus oraciones, como leemos en el mencionado capitulo de su *Vida*: « Algunas veces » afligida decia: Señor mio, ¿cómo » me mandais cosas que parecen » imposibles, que aunque fuera » mujer, si tuviera libertad, mas » atada por tantas partes, sin dinéros » ni á donde los tener, ni para » breve, ni para nada, qué puedo » yo hacer, Señor? »

El P. Álvarez, Confesor de Te-

resa, en el fondo no se oponia á sus ideas; pero era de la Compañia de Jesus, y en aquel Instituto está dispuesto que en cosas semejantes los Religiosos den cuenta á sus superiores de lo que tratan; y él se conformaba con la obediencia. Pues, debió suceder que, no conociendo de un modo suficiente el espíritu de Teresa, empezó su superior á temer, y regularmente mandó á su súbdito que la tirase del freno, para no dar lugar á que tanto él como ella se despeñasen. Con esto, el P. Álvarez, que, por otra parte, era un varon docto, espiritual y santo, escribió á la Santa, diciéndola que el mal resultado de su proyecto debia persuadirla de que no era más que un desvario; y que así debia conocer

que era conveniente que en lo sucesivo se desentendiera de semejantes empresas, y jamas volviera á hablar de aquella, que tanto escándalo habia metido en toda la ciudad. Quedó vivamente conmovida Teresa con aquella carta; empezó á temer que hubiese dado á alguno ocasion de pesar, á dudar de las inspiraciones que habia tenido, y hasta á vacilar sobre la verdad de todas las revelaciones de su vida anterior. Dios la consoló en medio de todos sus cuidados; la colmó de nuevas mercedes; pero la mandó que se sujetara á su Confesor durante algun tiempo.

Obedeció la Santa á Dios y á su Confesor; pero el P. Ibáñes y la señora Guiomar, que en aquel asunto creyeron no deber obediencia á nadie

y poder obrar como les pareciera, proseguian de mancomun y sin descanso el proyecto de la fundacion, miéntras Teresa estaba quietecita y callandita en su convento, aguardando la hora decretada en los consejos de la divina Providencia para romper el silencio y poner igualmente mano á la obra otra vez. Duró esto unos seis meses; lo hemos dicho ya. Al cabo de aquel tiempo, fué mudado el rector del colegio de los PP. Jesuitas de Ávila, cuyas órdenes habia obedecido el P. Álvarez, y vino en su lugar otro más inclinado á las ideas de Teresa que su antecesor. Se llamaba P. Gaspar de Salazar, de quien la Santa habla várias veces con el mayor elogio, y dice que era un hombre « muy espiritual y de grande

» ánimo y entendimiento, y buenas » letras. » Al principio, abundó en el modo de pensar del P. Álvarez, y no estaba por la Santa; pero, como vió que llevaba un camino tan extraordinario, le pareció que en cosa tan ardua no era oportuno dar dictámen ni consejo sin haber ántes visto y examinado. Resolvió, pues, visitar á la Santa para tratar personalmente con ella y averiguar lo que en ello podia haber; y el P. Álvarez, que tuvo noticia de la intencion de su prelado, la mandó que la abriera francamente su corazon y le dijera toda la verdad con sencillez y sin disfraz. Repugnaba esto á la Santa; pero mediaba mandato del representante de Dios, y obedeció. Fué á visitarla el P. de Salazar; y, como

era hombre letrado, religioso y versado en la ciencia de tratar y encaminar las almas, poco tiempo le fué menester para conocer la verdad y cerciorarse por sí mismo de que realmente iba Teresa guiada por el espíritu de Dios. Con esto dió contraórden al P. Álvarez, y le dijo que no se metiera más en temores; que dejara libre campo á Teresa y no la tuviera atada más tiempo. Así lo hizo el Confesor de la Santa, resultando de allí que tres Órdenes religiosas de la Iglesia contribuyeron á la reforma de la de Nuestra Señora del Cármen: la de San Francisco de Asis, por medio de San Pedro de Alcántara; la de Santo Domingo, por medio del P. Ibáñes; y la de la Compañía de Jesus, por medio del P. de

Salazar, rector de Ávila. Á lo que acabamos de decir del P. Álvarez conviene añadir que, despues de haber meditado sobre un versículo [1] de un Salmo de David, que, por medio de la Santa, le habia Dios mandado que meditara, no contentándose con la licencia que por mandato de su superior la habia dado, la dijo tambien con toda conviccion que ya no habia que dudar, sino que volviese á tratar de la fundacion del monasterio.

En cuanto vió Teresa que habia

---

[1] El versículo, de que aquí se trata, es el versículo 6 del Salmo XCI que dice: *Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ;* que quiere decir: Señor, ¡cuán magníficas son tus obras, extremadamente profundos tus pensamientos,

mudado de parecer su Confesor y entraba plenamente en sus miras, volvieron á ocuparse de este asunto con el celo que es de suponer, aunque en secreto, ella y su noble amiga. Recogió todo el dinero que pudo para la compra de una casa; y, para no dar lugar á que imprudentemente se tuviera noticia del negocio en público, escribió á su hermana, D.ª Juana de Ahumada, mujer de todas prendas, que vivia en Alba, rogándola que pidiera á su marido, hombre muy honrado, que tuviera la bondad de ir á Ávila para hacer la compra de la casa, como si debia ser por su propia cuenta. Condescendió gustoso el cuñado en prestar este servicio á Teresa; fué á Ávila, compró la casa, y luégo se emprendió

la construccion del edificio para apropiarlo al nuevo destino que se le debia dar. Era el dia 10 de Agosto del año 1561. Muy abrumada estuvo la Santa, aquellos dias. « En tener » los dineros, dice ella en el capi- » tulo XXXIII de su *Vida*, en procu- » rarlo, en concertarlo y hacerlo » labrar, pasé tantos trabajos y » algunos bien á solas; aunque mi » compañera hacia lo que podia, » mas podia poco, y tan poco, que » era cási nada : mas de hacerse en » su nombre y con su favor, todo » el mas trabajo era mio, de tantas » maneras, que ahora me espanto » cómo lo pude sufrir. » Teresa escribió á su hermana que viniera á Ávila algun tiempo despues; y, para que nada adivinara el pueblo, la

encargó que dejara creer à los vecinos que venia con ànimo de vivir en aquella ciudad, y que para ella estaban arreglando la casa. De este modo pudieron ir adelantando sin inconveniente las obras; sin embargo, no era la señora de Ahumada la que las comenzó y siguió dirigiendo, sino la señora de Ulloa. Y sucedió que, miéntras se estaban haciendo, llegó un dia en que se vió muy apurada Teresa por falta de dinero; pero no fué más que una prueba de que Dios la sacó como la habia sacado de todas las demas, como nos cuenta ella misma en el mencionado capítulo. « Una vez, dice, estando en una » necesidad, que no sabia qué me » hacer, ni con qué pagar unos ofi- » ciales, me apareció san Josef, mi

» verdadero padre y señor, y me
» dió á entender que no me falta-
» rian, que los concertase, y ansí
» lo hizo sin ninguno blanco, y el
» Señor, por manera que se espan-
» taban los que lo oian, me pro-
» veyó. »

Con la proteccion del Señor pudo la Santa, á pesar de su pobreza, sufragar los gastos de construccion del nuevo edificio, é iban rápidamente adelantando las obras. Mas, cuando se presentó ella para trazar el plan del monasterio, quedóse muy parada con ver la casa tan chiquita, y la pareció que no habia que pensar en hacer de ella un monasterio, por no tener la suficiente capacidad, por más pequeño que quisiera hacerse. Con esto, estaba pensando dejarla y

comprar otra más capaz para esta blecer en ella una Comunidad con la correspondiente conveniencia, si no con alguna comodidad; pero luégo vió que iba á tropezar con las mismas dificultades que se la habian ofrecido para la compra de la primera, á saber la escasez de recursos, la falta de fondos. En medio de esta preocupacion, recurrió como siempre á su divino Consolador y supremo amparo. « Haciaseme la » casa muy chica, dice ella en el » mismo capitulo XXXIII de su *Vida*, » porque lo era tanto, que no pa- » rece llevaba camino ser monasterio » y queria comprar otra, ni habia » con qué, ni habia manera para com- » prarse, ni sabia que me hacer, que » estaba junto á ella otra tambien

» harto pequeña para hacer la iglesia;
» y acabando un dia de comulgar, di-
» jome el Señor : *Ya te he dicho que*
» *entres como pudieres.* Y á manera
» de exclamacion tambien me dijo :
» *¡O codicia del género humano,*
» *que aun tierra piensas te ha de fal-*
» *tar! ¿Cuántas veces dormí yo al*
» *sereno, por no tener á donde me*
» *meter?* Yo quedé muy espantada y
» vi que tenia razon, y voy á la ca-
» sita, y tracéla y hallé aunque bien
» pequeño monasterio cabal, y no
» curé de comprar mas sitio, sino
» procuré se labrase en ella, de ma-
» nera que se pueda vivir, todo
» tosco y sin labrar, no mas de
» como no fuese dañoso á la salud,
» y ansí se ha de hacer siempre. »
En las palabras, que la dijo el Se-

ñor, habia más que suficiente motivo para desvanecer los cuidados y estimular el celo de una alma ménos ansiosa de conformarse con la voluntad de su divino Esposo; y para Teresa habia más de lo que la era menester, no deseando siempre sino conocer dicha voluntad para acatarla y adorarla con la más profunda sumision. Así que, en cuanto la hubo hablado de este modo al corazon su amantísimo Jesus, cerró la boca á toda queja y cobró ánimo para todo lo que la pedia su divina Majestad.

Otra circunstancia concurrió á aumentar su aliento. Un dia de la fiesta de santa Clara, iba Teresa á comulgar, como hacía cada dia, y se la apareció aquella santa, dechado de humildad y de pobreza. Estaba muy hermosa,

y dijo á nuestra Santa que debia armarse de valor é ir adelante en lo que llevaba comenzado; que no reparase, y que ella la habia de ayudar. Asi lo hizo Teresa, y santa Clara la cumplió su palabra, haciendo contribuir al sustento de la Comunidad de Teresa por medio de unas monjas Clarisas qee vivian cerca del monasterio de las Carmelitas Descalzas.

Era, pues, negocio concluido; quedó resuelta Teresa; dió órden de activar las obras, no descuidaba en proveer de todo lo que era necesario, y asi andaba con prisa y fervor la obra. Y sucedió que, cierto dia, habiendo entrado en la casa un sobrino de la Santa, que tenia cinco años de edad, se cayó un pedazo de

pared; cogió debajo al niño; le dejó yerto, frio, sin sentido, y sin dar señal alguna de vida, por manera que todos le creyeron muerto. Asi fueron á decirlo á la Santa, que estaba en casa de la señora de Ulloa. Al recibir tan triste noticia, fueron corriendo las dos amigas al teatro de la catástrofe; hallaron, en efecto, al muchacho en el más deplorable estado; tomó la Tia á su sobrino en sus brazos; rogó á Dios por él; fué oida su oracion; recobró el niño la vida; y, despidiéndole la Santa de sus brazos, dijo á su hermana: Toma allá tu hijo; y estaba tan bueno y tan sano, como si nada le hubiera sucedido; y dentro de poco rato echó á correr, volviéndose para su Tia, abrazándola, colmándola de caricias y

haciéndola mil niñerias. Fué este hecho milagroso examinado en su tiempo, probada su verdad, y, por lo mismo está inserto como auténtico en la Bula de la canonizacion de la Santa. Asi que, cuando el chico resucitado hubo llegado á mayor edad, decia á su Tia que, supuesto que desde su niñez le habia impedido de gozar de la gloria celestial, en conciencia tenia la obligacion de asegurar su salvacion por medio de sus consejos y oraciones. Murió aquel muchacho poco despues que ella con los mayores sentimientos de piedad; con una vida cristiana y pura se habia preparado á una santa muerte.

Despues de caida aquella pared, volvió á caer otra. Era otra pared muy buena y grande, muy bien cons-

truida, y que habia costado mucho dinero. Por estar tan bien construida, se creia asegurada, y que no se habia de caer como la otra; y sin embargo, cuando más seguros creian que podian estar, sucedió que se cayó toda una noche, sin que pudiera llegarse á saber cuál habia sido realmente la causa de aquella desgracia. Dirigia las obras D. Juan de Ovalle, cuñado de la Santa; se figuró que habia habido algun defecto de construccion; hizo cargos á los oficiales, y queria obligarles á que la volviesen á edificar á su costa. Tuvo noticia de todo aquello la Santa; sintió la pena que iba su cuñado á causar á los oficiales; llamó á su hermana Juana, y la dijo que suplicara á su esposo que no porfiara con los oficiales, pues no

eran ellos los que ténian la culpa, sino los demonios que se habian concertado y juntado para derribarla; que se dejara, pues, de razones y contiendas; que se callara y les pagara para que volvieran á hacerla.

Nada turbada habia quedado Teresa con este segundo accidente; pero no sucedió lo mismo con doña Guiomar. En efecto, asi que tuvo noticia del caso, entró en desaliento, fué á ver á la Santa y la dijo que podia ser que no aprobara Dios su empresa, supuesto que (cosa que nadie hubiera podido imaginarse) habia dado por tierra una pared tan sólida y tan bien construida. Pero Teresa, en vez de manifestar la menor alteracion, la respondió con un aire jovial, y serio á la vez: « Si la

» pared se hà caido, es menester » volverla á levantar. » Quedó con esto tranquilizada aquella señora y escribió á su madre para pedirla que mandara el dinero necesario para volver á construir aquella pared; y asi proveyó Dios á que quedara remediado todo.

Pero si no daba á Teresa cuidado alguno la construccion del edificio, otra cosa se lo daba, y la llevaba algo acongojada. Como no adelantaba la obra tanto como era de desear, é iba alargando la cosa, sin que llegaran con mucha abundancia los fondos necesarios ni el Breve que se habia pedido, y era indispensable, estaba temiendo que con tantas alargas llegara á entender el P. Provincial, por alguna via indirecta, lo que se estaba

trazando y negociando, y no la prohibiera de ir más adelante. No carecia de fundamento esta preocupacion de la Santa; pues, no obstante todos los ardides para encubrir la verdad, sin negarla, así en su monasterio como en la ciudad bien se barruntaba que habia misterio; pero supo el Señor tomar sus medidas para cortar este temor y desvanecer toda zozobra, y fué del modo siguiente.

Habia en Castilla un caballero muy distinguido, perteneciente á una de las familias más nobles y poderosas, y pasaba por ser el más rico de aquel reino: se llamaba Árias Pardo, llevaba título de conde, y estaba casado con doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medina Celi. Con ser tan rico y poderoso, no de-

jaba de ser hombre como los demas; llegó su hora y pagó su tributo á la muerte. Doña Luisa, que queria extremadamente á su marido, quedó sumamente afligida con su muerte, y tanto, que llegó á temerse por su salud y su vida. Vivia en Toledo y era señora de todas prendas y llena de piedad « muy temerosa de Dios, » dice la Santa, y tan buena, que con » su mucha cristiandad suplió lo » que á mí me faltaba. » Iba extendiéndose la fama de la santidad de Teresa; habia llegado hasta Toledo; tuvo noticia de ella doña Luisa, y pensó que en medio de su profundo quebranto no podia esperar consuelo más que en su compañia. Movida, pues, de este deseo, escribió al P. Provincial, Fray Ángel

de Salazar, suplicándole que diera licencia á su súbdita para ir á pasar algunos dias con ella en Toledo. No estaba entónces aquel Padre en Ávila; pero, á pesar de que tanto le habian indispuesto contra la obra hasta el punto de retirar su licencia, deseoso de complacer á una señora tan poderosa y principal, escribió á la Santa, poniéndola órden con precepto de obediencia de que desde luégo y sin la menor demora se pusiera en camino para Toledo con otra compañera. Recibió Teresa esta obediencia, la vispera de la Natividad del año 1571; causóla mucha afliccion; la enseñó á várias personas que la merecian toda confianza, las cuales fueron unánimes en decir (conociendo el secreto y estado de

sus asuntos), que, en caso de irse, lo desbarataba todo, y que asi era preciso que se quedara en Avila. Sin embargo, más bien inspirada la Santa que las que querian desviarla de obedecer, creyendo ser voluntad de Dios la órden de su prelado, se desentendió de todos los raciocinios de los que la contradecian, é hizo acto de obediencia. Por otra parte, la voz del Señor se habia dado á oir dentro de su corazon para amonestarla á que partiera con toda confianza, asegurándola que era necesaria su ausencia al buen éxito de su empresa, hasta tanto que hubiesen llegado las noticias de Roma. Marchóse, pues, el dia de la festividad, despues de comer, acompañada de su cuñado.

Dábala mucha pena á la Santa aquel viaje, por ver que se la pedia con motivo de la fama de su elevada virtud que tanto habia cundido, sin que por esto lo creyera ella, persuadida como estaba, y dice ella tambien, que no era más que una *pecadorcilla;* pero lo consultó con el Señor, y en el capítulo XXXIV de su *Vida* nos cuenta lo que la respondió, como ya hemos apuntado. « Dijome » el Señor, dice, que no dejase de » ir, y que no escuchase pareceres; » porque pocos me aconsejarian sin » temeridad, que aunque tuviese » trabajos se serviria mucho Dios, y » que para este negocio del monas- » terio convenia ausentarme hasta » ser venido el breve; porque el » demonio tenia armada una gran

» trama venido el provincial, y que
» no temiese de nada, que él me
» ayudaria allá. Yo quedé muy es-
» forzada y consolada : díjelo al re-
» tor, díjome que en ninguna ma-
» nera dejase de ir, porque otros
» me decian que no se sufria, que
» era invencion del demonio, para
» que allá me viniese algun mal,
» que tornase á enviar al provincial.
» Yo obedecí al retor, y con lo que
» en la oracion habia entendido, iba
» sin miedo, aunque no sin grandi-
» sima confusion de ver el título con
» que me llevaban, como se engaña-
» ban tanto, esto me hacia impor-
» tunar mas al Señor para que no
» me dejase. »

Las gentes, que nada entendian en los secretos misterios del negocio,

viéndola partir para un punto tan remoto, se figuraron que ya no pensaba en su obra y la dejaba; y así empezaron otra vez á reirse de ella. Poco caso hizo ella de sus mofas; se puso en camino; llegó sin tropiezo á Toledo, que dista unas veinte leguas de Ávila, y fué recibida con el mayor agasajo por aquella señora. Miéntras permaneció en aquella ciudad (lo que duró seis meses), no aflojó lo más mínimo en sus ejercicios de piedad y penitencia. En vez de alegrarse del buen trato que habia en la casa de la condesa, sufria en el alma con aquel régimen de vida tan opuesto al de su vocacion. « Cási » todo me era cruz, dice, porque » los regalos me daban gran tor- » mento, y el hacer tanto caso de

» mi me traia con gran temor. » Con estar en medio del mundo, no se la pegó el amor al siglo, ántes bien le cobró más aversion; vivia como en el convento, en cuanto lo permitia su posicion; dió constantemente el ejemplo de todas las virtudes cristianas, y muchos aprovecharon para moverse á practicarlas. « Fué el Señor servido, dice, que » el tiempo que estuviese en aquella » casa, se mejoraban en servir á su » Majestad las personas della. » Cuanto más veia la condesa á Teresa, tanto más admirada de ella quedaba, y tanto más cariño la cobraba. Este ascendiente, que iba tomando la Santa, no la movia á adularla con palabras que pudieran dejarla envanecerse de su elevada posicion, sino

más bien á cultivar la humildad cristiana en medio de tanto fausto y tanta grandeza. « No dejaba de tratar » con aquellas tan señoras, dice, que » muy á mi honra pudiera yo servir, » con la libertad que si yo fuera su » igual. Saqué una ganancia muy » grande, y deciaselo. Vi que era » mujer, y tan sujeta á pasiones » como yo, y en lo poco que se ha » de tener al señorio, y como mien- » tras es mayor tiene mas cuidados » y trabajos, y un cuidado de tener » una compostura conforme á su » estado, que no las deja vivir, co- » mer sin tiempo ni concierto, » (porque ha de andar todo confor- » me al estado, y no las complexio- » nes) han de comer muchas veces » los manjares mas conforme á su

» estado, que no á su gusto. »

Así vivia en Toledo Teresa, aguardando se alzara la órden que allí la sujetaba; y sucedió que, despues de haber pasado seis meses en casa de la condesa, el P. Provincial alzó el mandato, pero dejándola libre de permanecer en Toledo ó de regresar á Ávila, como mejor la pareciera. El motivo de dejarla esta libertad de accion fué porque, á la sazon, debia haber en el convento de la Encarnacion de Ávila una eleccion de madre priora, y con este motivo no podia prescindir aquel prelado de dejar á la Santa la libertad de tomar parte en la eleccion, segun el derecho que la asistia. Despues de haberlo pensado, preferia Teresa volverse á Ávila, pero sin precipitacion, para

dar lugar á que entre tanto se hiciera la eleccion, y, no estando ella allí, no pensaran en elegirla á ella, y se dieran los votos á otra de la Comunidad. Ademas, para eludir esta carga que tanto temia, escribió á sus amigas para que no la dieran sus votos, y quiso quedarse en Toledo algunos dias más, esperando que estuviera hecha la eleccion ántes de marcharse; pero no la salió bien aquella astucia; otros fines llevaba el Señor, y dióla á entender en la oracion que nada debia detenerla; que era necesaria su presencia en Ávila; que por cierto tenia que prepararse á una muy pesada cruz; pero que se revistiera de valor, y que Él no la abandonaria.

« Estando muy contenta de no me » hallar en aquel ruido, díjome el

» Señor que en ninguna manera
» deje de ir; que pues deseo cruz,
» que buena se me apareja, que no
» la deseche, que vaya con ánimo
» que él me ayudará, y que me
» fuese luego. » Aunque no la decia el Señor en términos claros la cruz que la aguardaba, no dejó ella de adivinar; y como la prelacia era la cruz que más temia en este mundo, quedóse rendida con pensar que era destinada á cargar con ella. Se puso, pues, muy atormentada; fué á entenderse con su Confesor, y se la respondió que no tenia más que marcharse con la mayor brevedad. Con esto, sin irse con más rodeos y venciendo sus repugnancias, trató de irse de Toledo, y asi lo dijo á la señora condesa. Mucho lo sintió

aquella piadosa señora; pero, viendo que se trataba de la voluntad y gloria de Dios, con harta pena lo tuvo por bien y lo consintió. Lo que algo la consoló en el acto de separarse de ella, fué la esperanza que la dió Teresa, de que no se despedia para siempre, sino que habia de llegar el dia en que la volveria á ver en Toledo.

Puesta así de acuerdo con aquella noble señora, se salió de su casa para tomar el camino de Ávila, sintiendo separarse de ella, y gustosa de sacrificarlo todo á la voluntad de Dios. Esta lucha de su corazon nos pinta la Santa en el capítulo XXXV de su *Vida*, diciendo: « Mientras mas veia » que perdia de consuelo por el » Señor, mas contento me daba

» perderlo. No podia entender cómo
» era esto, porque veia claro estos
» dos contrarios holgarme y conso-
» larme, y alegrarme de lo que me
» pesaba en el alma, porque yo
» estaba consolada y sosegada, y
» tenia lugar para tener muchas
» horas de oracion: veia que venia
» á meterme en un fuego que ya el
» Señor me lo habia dicho, que
» venia á pasar gran cruz (aunque
» nunca yo pensé fuera tanto, como
» despues vi) y con todo venia ya
» alegre: y estaba deshecha de que
» no me ponia luego en la batalla,
» pues el Señor queria que la tu-
» viese, y ansi enviaba su Majestad
» el esfuerzo y le ponia en mi fla-
» queza.

« No podia, como digo, enten-

» der cómo podia ser esto... aun-
» que queria tenerla (la pena) de
» ver que dejaba personas que tanto
» sentian apartarse de mi, con ser
» yo de condicion tan agradecida,
» que bastara en otro tiempo á
» fatigarme mucho, y ahora aunque
» quisiera tener pena no podia.
» Importó tanto el no me tardar un
» dia mas para lo que tocaba al
» negocio desta bendita casa, que
» ya no sé cómo pudiera concluirse
» si entonces me detuviera. »

CAPÍTULO XII

FUNDACIONES

§ I

FUNDACION DEL CONVENTO DE MONJAS DE SAN JOSÉ DE ÁVILA

Por fin habia tocado la hora que en los consejos de la suprema Sabiduría se habia ajustado y fijado para que diera principio á su grande y portentosa mision la humilde sierva que habia escogido Dios para tan ardua y difícil ejecucion. Habiéndose Teresa despedido de la señora condesa, se habia salido de Toledo y se habia puesto en camino para ir á

dar cumplimiento á la voluntad del Señor y á acometer con varonil denuedo la obra colosal y tan superior á las fuerzas de una pobre mujer. « Partida ya de aquella ciudad, dice » la Santa en el capitulo XXXVI de » su *Vida*, venia muy contenta por » el camino determinándome á pasar » por todo lo que el Señor fuese » servido muy con toda volun- » tad. » No se detuvo, ni perdió tiempo en el camino, y asi no tardó en hallarse otra vez en Ávila, que debia ser la cuna de la obra que con tanta justicia la hará inmortal entre los hombres. Si hubiera dilatado, ó se hubiera detenido, era de temer que hubiese perdido la ocasion de emprender ó continuar y llevar á cima el grande edificio que la divina

Providencia la llamaba á establecer en su Iglesia.

Como todo lo preparaba Dios de un modo que no alcanzan las luces de los hombres, dispuso que se reunieran á la vez en el mismo punto todos los elementos que debian contribuir á la ejecucion de sus adorables é impenetrables designios. Todo lo habia trazado por manera que no era posible desconocer allí su dedo y que era llegada la hora que habia determinado para que quedara cumplida su divina voluntad y la noble ambicion de su humilde sierva. Efectivamente, solia estar ausente de Ávila el obispo de aquella diócesis, y Dios dispuso que estuviera allí, cuando llegó Teresa, para poderla secundar en su proyecto. La misma noche que

llegó la Santa á aquella ciudad, llegó tambien el despacho y Breve de Roma para que se hiciese el monasterio y tomara aquel prelado la administracion y direccion de aquel negocio. Esta coincidencia explicó la prisa que daba el Señor á la Santa para que sin demora se marchara de Toledo; estaba en camino el Breve, y era urgente que se pusiera igualmente en camino ella, para que llegaran ambos á un mismo tiempo á Ávila. Así sucedió, y esta simultánea llegada la llenó de admiracion á ella y á cuantos lo vieron, por manera que no era posible dejar de atribuirla á una disposicion de Dios que sabe realizar sus miras y cumplir sus designios en tiempo oportuno. Halló tambien allí Teresa á san Pedro de

Alcántara, que no estaba más que de paso, pero muy afortunadamente, pues con su autoridad, y sobre todo con la deferencia que su santidad le merecia en el espíritu del obispo, junto con el interes que llevaba á la obra, la tomó con empeño y pudo darla grande impulso. Otra cosa que pone más de manifiesto que no debia atribuirse á un caso fortuito, sino á una disposicion del Señor, el que se hallara en Ávila san Pedro en aquella coyuntura, es, que no sobrevivió mucho á la conclusion de la obra; al cabo de algunos dias fué á recibir en el cielo el galardon debido á sus austeridades y virtudes. No se hubiera dicho sino que Dios le dejaba en este mundo hasta que hubiese regresado Teresa á su convento. Por fin, estaba

tambien en Ávila D. Francisco de Salcedo, en cuya casa se hospedaba el santo, y ambos sirvieron de mucha utilidad á la Santa en aquel caso.

En efecto, el mencionado Breve, que era del año 1562, habia sido enviado de Roma en nombre de Pio IV, no á Teresa, sino á la señora Guiomar, y mandaba que las monjas dieran obediencia al obispo. Pues, al principio, ponia aquel prelado algunas dificultades, porque no le parecia prudente autorizar un establecimiento de monjas pobres y sin rentas. Fué menester que intervinieran san Pedro y el señor de Salcedo; abogó el santo con mucho calor en favor de la obra. Hizo presente á aquel prelado las grandes virtudes y el elevado espíritu de Teresa; le dió á entender que en

aquello no se trataba de un negocio humano, sino de un asunto concertado en los consejos de Dios y dirigido de un modo patente por su mano; que debia dar mucha gloria á Dios, acarrear gran provecho á las almas que abrazaran aquel Instituto; la utilidad que redundaria en favor de la Iglesia y de la ciudad con las oraciones de aquellas pobres monjas; y, por fin, adujo tantas, tan buenas y tan convincentes razones para inclinar el ánimo del prelado, adicto por su condicion, linaje y bondad á todas las personas que sólo buscaban la gloria de Dios, que, despues de sus primeras resistencias, cedió á las instancias del santo; y no sólo esto, sino que de allí adelante fué celoso protector del monasterio.

Mucho se habia adelantado con decidir á aquel prelado en favor de la santa causa, y asi pudo trabajarse con más libertad en la construccion del edificio para ponerlo en estado de recibir á las primeras monjas de la Reforma; pero, con lo mal dispuesto que estaba el pueblo, importaba mucho no meter ruido para no corroborar las sospechas y suscitar alborotos que hubieran podido comprometer, aunque no fuese más que momentáneamente, el buen éxito de la empresa; y asi se hizo. « Todo, » dice la Santa misma en el mencio- » nado capítulo XXXVI de su *Vida*, » se hizo debajo de gran secreto, » porque á no ser ansi, no sé si se » pudiera hacer nada segun el pue- » blo estaba mal con ella, como se

» pareció despues. » Desde su regreso de Toledo, volvia Teresa á estar en su convento de la Encarnacion; y, aunque no guardaban clausura las monjas de aquel convento, si hubiera ella salido á menudo de la casa sin motivo plausible, sus frecuentes salidas habrian abierto la puerta á pensamientos y rumores, que convenia sumamente evitar, mayormente no careciendo de fundamento; pero á este inconveniente obvió tambien el Señor, disponiendo que se pusiera malo D. Juan de Ovalle, cuñado de la Santa, á cuya sombra se labraba la casa que debia convertirse en monasterio, y que no era más que su testaferro. Con esta ocasion podia la Santa, sin dar márgen á voces y gritos, salir del con-

vento cuando la pareciera, so pretexto de ir á visitar y cuidar á su cuñado, aunque en realidad más bien para inspeccionar, dirigir y activar personalmente las obras. Y, (circunstancia que no es ménos de notar, y que pone más de manifiesto el dedo de Dios,) « fué, dice la Santa en el » mismo lugar, cosa para espantar » y que no estuvo (el cuñado) mas » malo de lo que fué menester para el » negocio, y en siendo menester tu- » viese salud para que yo me desocu- » pase, y él dejase desembarazada » la casa, se la dió luego el Señor » que el estaba maravillado. »

Entretanto poco es menester decir el celo y la actividad que desplegó Teresa para dar impulso á la obra, para que con la mayor brevedad po-

sible acabara de construirse la casa, que mucho la faltaba para estar en forma de monasterio. Arregló una pequeña pieza para iglesia, con una rejita de madera pequeña doblada, y bien espesa y cerrada, por donde pudieran oir Misa las monjas. Hizo un zaguan harto estrecho, por donde se entraba á la iglesia y á la portería, y adentro lo que habia de ser para la vivienda suya y de las monjas tan estrechito, pequeñito y pobrecito, que en todo era de conocer el espíritu de humildad, pobreza y penitencia de que la habia dotado el Señor.

Al paso que se iba arreglando el edificio material, no perdia ella de vista el edificio espiritual, que era el que más á pechos tenia, y anduvo bus-

cando y escogiendo las piedras vivas que debian ser su fundamento y apoyo. Despues de muchas diligencias, acertó á hallar cuatro doncellas, que se manifestaron dispuestas á entrar en el nuevo Instituto: Antonia de Enao, en Religion, Antonia del Espíritu Santo, que á ella habia indicado san Pedro de Alcántara; María de la Paz, que habia estado en casa de doña Guiomar, y en Religion llevó el nombre de María de la Cruz; Úrsula de los Santos que no trocó su nombre en Religion; y, por fin, María de Ávila, hermana del P. Juan de Ávila, llamada en Religion María de san José. Eran pobres las cuatro, como lo eran los Apóstoles que escogió nuestro divino Redentor para fundar nuestra sagrada Religion en

la tierra. Á la verdad, eran pobres en bienes de fortuna, pero ricas en virtud ; esto es lo que queria la Santa, y por eso las escogió para que fueran las cuatro columnas de la iglesia que se estaba rematando. Naturalmente las recibió sin dote, supuesto que no tenian, y era en lo que ménos miraba Teresa. Las mudó á tres el nombre que llevaban en el siglo, para que, despues de haberlo renunciado, no conservaran en el claustro resabio alguno de mundo. Por el mismo motivo trocó la Santa su nombre de Teresa de Ahumada, que ántes llevaba, por el de Teresa de Jesus, que de allí adelante llevó.

Concertado, pues, todo y arreglado, y despues de haber dado la obediencia al obispo, fué la Santa á

su nuevo convento, acompañada de otras dos monjas del convento de la Encarnacion que acertaron á estar fuera; fueron igualmente las cuatro doncellas que debian recibir el santo hábito. Se procedió á la ceremonia con la mayor alegria y solemnidad que permitian las circunstancias; consagró la iglesia, puso el Santísimo Sacramento y dió el santo hábito á las cuatro doncellas el maestro Daza; y así quedó fundado el primer monasterio de monjas Carmelitas Descalzas, que puso la Santa bajo la advocacion del glorioso patriarca san José. Habia ella recibido de aquel glorioso santo mercedes muy señaladas, y como prueba de su agradecimiento le ofreció las primicias de su Órden y de sus trabajos. Tal fué

el nacimiento de aquella célebre Reforma, ó por mejor decir, de aquella nueva Religion, que es uno de los más bellos ornamentos de la Iglesia. Fué aquel memorable acontecimiento, el dia 24 de Agosto del año 1562, fiesta del apóstol san Bartolomé, ocupando la Silla de san Pedro el papa Pio IV; siendo obispo de Ávila el Ilmo. Sr. D. Álvaro de Mendoza; rey de España, D. Felipe II; y Padre General de la Órden de Nuestra Señora del Cármen, el Padre fray Juan Bautista de Ravena. Concluida la ceremonia, se retiraron las personas que habian asistido á ella, entre las cuales eran de notar la hermana y el cuñado de la Santa, los señores Gonzáles Daranda, Julian de Ávila, Francisco de Salcedo, y otros amigos

suyos particulares que sabian su intento; mas ella no se retiró, sino que se quedó con las novicias, aunque no de asiento, porque no podia prescindir de volver al convento de la Encarnacion. Era monja profesa de aquella casa; no podia trocar su residencia sin licencia de su P. Provincial; y asi tenia de preciso que volver al convento donde habia profesado, y permanecer en él hasta que con beneplácito de su prelado pudiera volver al convento de su Reforma. Era hija de obediencia, y ni podia ni queria ir en contra. « No » hacia cosa que no fuese con pare- » cer de letrados, dice ella en el » capitulo XXXVI de su *Vida*, para » no ir un punto contra obediencia, » y como veian ser muy provechoso

» para la órden por muchas causas,
» que aunque iba con secreto y
» guardándome no lo supiesen mis
» prelados, me decian lo podia ha-
» cer, porque por muy poca imper-
» feccion que me dijeran era, mil
» monasterios me parece dejara,
» cuanto mas una: esto es cierto.
» Porque aunque lo deseaba por
» apartarme mas de todo y llevar
» mi profesion y llamamiento con
» mas perfeccion y encerramiento,
» de tal manera lo deseaba, que
» cuando entendiera era mas servi-
» cio del Señor dejarlo todo, lo
» hiciera como lo hice la otra vez
» con todo sosiego y paz. »

Fué, no cabe duda, un venturoso dia para Teresa el dia 24 de Agosto de 1562, en que tuvo el consuelo de

ver colmados sus deseos; no cabia en si de gozo y contento cuando vió que habia podido dar principio á su proyecto de Reforma; dulces transportamientos de alegría experimentaba su corazon con ver el Santisimo Sacramento puesto en su nuevo monasterio, cuatro pobrecillas doncellas con el santo hábito de su nuevo Instituto, y mayormente cumplidas las promesas del Señor, como tanto ansiaba. Mas no se halla en la tierra la verdadera y duradera dicha; todos sabemos por nuestra propia experiencia que están sujetas á vicisitudes todas las cosas de este mundo, asi las buenas como las malas, las prósperas como las adversas, y del mismo modo lo experimentó por si misma Teresa, como, por otra parte,

en Toledo se lo habia dado á entender el Señor. Efectivamente, despues de haberla su amantísimo Jesus llenado de los consuelos que acabamos de decir, permitió que de repente se viera su espíritu cubierto de oscuras tinieblas y densas nubes; no habia más que tres ó cuatro horas que estaba concluida la ceremonia tan grata á su corazon, cuando se sintió muy perturbada y agitada de temores, recelos, fastidios y otros mil terribles sentimientos. « Acabado » todo seria como desde tres ó cua- » tro horas, dice la Santa en el » capítulo XXXVI de su *Vida*, me » revolvió el demonio una batalla » espiritual, como ahora diré. Pú- » some delante si habia mal hecho » lo que habia hecho; si iba contra

» obediencia en haberlo procurado
» sin que me lo mandase el pro-
» vincial, (que bien me parece á mí
» le habia de ser de algun disgusto,
» á causa de sujetarle al ordinario
» por no se lo haber primero dicho
» aunque como él no le habia que-
» rido admitir, y yo no lo mudaba,
» tambien me parecia no se le daria
» nada por otra parte) y si habian
» de tener contento las que aquí es-
» taban con tanta estrechura, si les
» habia de faltar de comer, si habia
» sido disbarate, que quien me metia
» en esto, pues yo tenia monasterio.
» Todo lo que el Señor me habia
» mandado y los muchos pareceres
» y oraciones, (que habia casi mas
» de dos años que no cesaban) todo
» tan quitado de mi memoria, como

» si nunca hubiera sido, solo de mi
» parecer me acordaba, y todas las
» virtudes y la fe estaban en mí en-
» tonces suspendidas, sin tener yo
» fuerza para que ninguna obrase ni
» me defendiese de tantos golpes.
» Tambien me ponia el demonio que
» como me queria encerrar en casa
» tan estrecha, y con tantas enfer-
» medades, que como habia de sufrir
» tanta penitencia, y dejaba casa tan
» grande y deleitosa y á donde tan
» contenta siempre habia estado, y
» tantas amigas, que quizá las de
» acá no serian á mi gusto, que me
» habia obligado á mucho, que quizá
» estaria desesperada, y que por
» ventura habia pretendido esto el
» demonio para quitarme la paz y
» quietud, y que ansi no podria te-

» ner oracion estando desasosegada,
» y perderia el alma. Como desta
» hechura juntas se me ponian de-
» lante, que no era en mi mano
» pensar en otra cosa; y con esto
» una afliccion y oscuridad y tinie-
» blas en el alma, que yo no lo sé
» encarecer. De que me vi ansi,
» fuime á ver el santísimo Sacra-
» mento, aunque encomendarme á
» él no podia: parèceme estaba con
» una congoja como quien está en
» agonia de muerte. Tratarlo con
» nadie no habia de osar, porque
» aun confesor no tenia señalado.
« ¡Ó válame Dios, y qué vida esta
» tan miserable! No hay contento
» seguro ni cosa sin mudanza. Ha-
» bia tan poquito que no me parece
» trocara mi contento con ninguno

» de la tierra, y la mesma causa dél
» me atormentaba ahora de tal suer-
» te, que no sabia qué hacer de mí.
» ¡Ó si mirasemos con advertencia
» las cosas de nuestra vida, cada
» uno veria con experiencia en lo
» poco que se ha de tener contento
» y descontento en ella! Es cierto
» que me parece que fue uno de los
» mas recios ratos que he pasado
» en mi vida: parece que adivinaba
» el espíritu lo mucho que estaba
» por pasar, aunque no llegó á ser
» tanto como esto si durara. »

Pasó Teresa como unas doce horas en estas tristes congojas, y hubiera sucumbido bajo el peso de tanta tristeza, si no la hubiera asistido el Señor; pero en medio de aquellas crueles perplejidades hizo brillar en

su alma un rayo de luz celestial que disipó la tempestad y las tinieblas de que se veia rodeada, y echó ella de ver que todo aquello no era más que un artificio de que se valia el espíritu de mentira para espantarla y acobardarla, cerró sus oidos á sus prestigios, le dejó burlado y se tranquilizó. Recordó entónces su primitivo fervor y se encendió de nuevo en sus antiguos deseos de servir con firme resolucion y constancia al Señor, no obstante todos los trabajos y dificultades con que pudiera tropezar en su servicio. « No dejó el Se-
» ñor, dice ella en el mencionado
» capítulo, padecer á su pobre
» sierva: porque nunca en las tri-
» bulaciones me dejó de socorrer, y
» ansi fue en esta que me dió un

» poco de luz para ver que era de-
» monio, y para que pudiese enten-
» der la verdad y que todo era
» quererme apartar con mentiras;
» y ansí comencé á acordarme de
» mis grandes determinaciones de
» servir al Señor y deseos de pade-
» cer por él, y pensé que si habia
» de cumplirlos, que no habia de
» andar á procurar descanso, y que
» si tuviese trabajos, que eso era
» el merecer, y si descontento como
» lo tomase por servir á Dios, me
» serviria de purgatorio; ¿que de
» qué témia? que pues deseaba tra-
» bajos, que buenos eran estos, que
» en la mayor contradiccion estaba
» la ganancia; que porque me habia
» de faltar ánimo para servir á quien
» tanto debia. Con estas y otras

» consideraciones haciéndome gran-
» de fuerza, prometi delante del
» santísimo Sacramento de hacer
» todo lo que pudiese para tener
» licencia de venirme á esta casa,
» y en pudiéndolo hacer con buena
» conciencia prometer clausura. En
» haciendo esto, en un instante huyó
» el demonio y me dejó sosegada y
» contenta, y lo quedé y lo he estado
» siempre, y todo lo que en esta casa
» se guarda de encerramiento, peni-
» tencia, y lo demás, se me hace en
» extremo suave y poco. »

Habia, pues, cesado aquella tribulacion; pero otras aguardaban á la Santa. Con lo que de dia y de noche habia trabajado para la fundacion de aquel primer monasterio, estaba rendida de cansancio y de

sueño, necesitaba descanso; mas no la dieron lugar. No tardó en cundir la noticia de que se habia abierto el convento de la Reforma que tanto se habian empeñado en estorbar, é inmediatamente hubo tantos chismes y la salieron á Teresa tantos enredos, que bien vió que aún no habia llegado á la cima del Calvario. Informada del acontecimiento la Madre superiora del monasterio de la Encarnacion de Ávila, pasó órden á su súbdita de que, acto continuo y sin la menor demora, se restituyera á su convento y dejase de volver á ocuparse jamas del de san José. Bien adivinó ella lo que la iba á suceder; pero mediaba órden de su prelado; era hija de obediencia; y asi, sin meterse en réplicas ni resistencias,

se despidió de las cuatro novicias que acababan de recibir el santo hábito, y se volvió donde la mandaba la obediencia. No pintaremos lo que pasó en el convento de la Encarnacion, cuando la vieron volver á entrar, ni los cargos que la hizo su superiora, ni lo que la dijeron sus hermanas; ella nos ahorra este trabajo, diciendo en el capítulo XXXVI de su *Vida*: « Pasado esto, que-
» riendo despues de comer descan-
» sar un poco, (porque en toda la
» noche no habia cási descansado
» ni en otras algunas dejado de tener
» trabajo y cuidado, y todos los dias
» cansada), como se habia sabido
» en mi monasterio y en la ciudad
» lo que estaba hecho, habia en él
» mucho alboroto, por las causas

» que ya he dicho que parecia lle-
» vaban algun color. Luego la pre-
» lada me envió á mandar que á la
» hora me fuera allá. Yo en viendo
» mandamiento, dejo mis monjas
» harto penadas, y voime luego.
» Bien vi que se me habian de ofre-
» cer hartos trabajos, mas como ya
» quedaba hecho, muy poco se me
» daba. Hice oracion suplicando al
» Señor me favoreciese, á mi padre
» san Josef que me trajese á casa,
» y ofrecile lo que habia de pasar,
» y muy contenta se ofreciese algo
» en que yo padeciese por él, y le
» pudiese servir, me fui con tener
» creido luego me habian de echar
» en la cárcel, mas á mi parecer
» me diera mucho contento por no
» hablar á nadie y descansar un poco

» en soledad, de lo que estaba muy
» necesitada, porque me traia mo-
» lida tanto andar con gente. Como
» llegué y dí mi descuento á la pre-
» lada, aplacóse algo, y todas en-
» viaron al provincial, y quedóse la
» causa por delante dél; y venido
» fui con harto gran contento de ver
» que padecia algo por el Se-
» ñor. »

Dieron aviso al P. Provincial de lo que habia hecho Teresa; se presentó aquel prelado y la mandó llamar. Compareció la Santa ante su tribunal; la riñó severamente aquel Padre; y, como nada respondiera la Santa (segun la resolucion que habia tomado) á todos los cargos que la hacian, el P. Provincial la mandó romper el silencio. « Me mandó, dice

» ella en el mencionado capítulo,
» delante de las monjas diese des-
» cuento, y húbelo de hacer: como
» yo tenia quietud en mi y me ayu-
» daba el Señor, dí mi descuento
» de manera que no halló el provin-
» cial ni las que allí estaban por qué
» me condenar; y despues á solas
» le hablé mas claro y quedó muy
» satisfecho, y prometióme, si fuese
» adelante, en sosegándose la ciu-
» dad, de darme la licencia que me
» fuese á él porque el alboroto de
» la ciudad era tan grande. »

Así, pues, quedaba sosegada la turbacion de Teresa, habia desaparecido el alboroto y la inquietud de su Órden, se habia apaciguado la indignacion de la Madre priora y del P. Provincial; pero no era lo mismo

fuera del convento. No habia más que griteria y tumulto en la ciudad; estaban tan exaltados los ánimos, y por espacio de tres dias subió tan de punto la agitacion, que, quien no hubiera sabido lo que ocurria, hubiera podido figurarse que estaba sitiada la ciudad, y el enemigo al pié de las murallas para dar el asalto. Cerraba su tienda el artesano; dejaba su taller el obrero; sus casas, los vecinos, é iban corriendo y alzando la voz en grito los ociosos por las calles. De este modo una pobre monja era el blanco de las contradicciones de toda una ciudad, la fábula del público y la burla de todas las gentes. Juntáronse el corregidor, algunos regidores, algunos del cabildo, y todos juntos convinieron en que era

indiscreto el celo de Teresa, que sería más que un gravámen para la ciudad, y que asi no habia que tolerarlo, sino refrenarlo ántes que pasaran más adelante las cosas; que se habia de quitar el Santisimo Sacramento y deshacer lo que estaba hecho. Hubiérase puesto por obra inmediatamente aquella resolucion, si no hubiera tomado á pechos uno de los miembros de la junta moderar el ardor de los demas. Era el padre maestro fray Domingo Báñez, uno de los Padres más graves de la Órden de Santo Domingo, hombre muy instruido y que despues fué catedrático de prima en la Universidad de Salamanca. Á la sazon no conocia todavia á Teresa, y asi sólo por principio de justicia levantó la voz en su favor.

Creyendo, pues, desacertada é injusta la resolucion, tomó la palabra en medio de la junta, levantó la voz con energia, y, oponiéndose él solo á lo que acababan de disponer todos los demas, dijo con teson que no debia ventilarse con tanta precipitacion un negocio de tanta trascendencia, que requeria más maduro consejo, que seria bien se mirase más despacio, que le parecia muy del caso sobreseer, pues no habia urgencia para la ejecucion, y que era negocio que más bien entraba en las atribuciones del Ordinario que en las de la ciudad. Fueron tomadas en consideracion las sensatas observaciones del P. Báñez; se calmó el furor de los miembros de la junta, y se decidió que la ciudad daria parte al Consejo real de lo que

estaba pasando en Ávila, y asi lo hicieron.

Pero, miéntras tanto el pueblo, que tan furioso se habia puesto, seguia en su irritacion, continuaba sus diligencias para conseguir que se deshiciera lo que estaba hecho; estaban fuera de su juicio todos los vecinos; y cundia por todos los barrios el espíritu de discordia. Deseoso el corregidor de aquietar tanto tumulto, creyó que bastaria presentarse al monasterio de San José, intimar á las cuatro novicias que desocuparan inmediatamente la casa, si no querian que rompiera las puertas; y asi lo hizo. La Santa habia enseñado á sus novicias á no temblar; y asi, cuando se presentó el corregidor y las hizo sus amenazas, ellas res-

pondieron con mucha tranquilidad y resolucion á la vez que aquello no incumbia á la autoridad civil, sino á la eclesiástica; que el obispo era quien las habia puesto allí, y que allí se habian de quedar y no saldrian hasta que recibieran órden de su prelado. No contaba aquel alto magistrado con tan vigorosa y respetosa respuesta de cuatro pobres mujercillas; pero le llamó la atencion; volvió sobre sí; y se retiró procurando, lo mejor que pudo, apartar el populacho y apaciguar el tumulto. Pero lo que no pudo conseguir con las baladronadas y amenazas, pensó conseguirlo por via de los tribunales, por medio de la justicia; y así, despues de demandas y respuestas, armó pleito, y se llevó la cuestion al

Consejo real con su informacion. La ciudad envió á la corte, y era tambien necesario que el monasterio enviara, so pena de comprometerse gravemente el negocio. Hubiera Teresa debido ir y comparecer ante el tribunal, ó hacerse representar y defender; y ni uno ni otro podia por escasez y falta de recursos para ello, y no era poco su conflicto, ni sabia qué hacer. Por colmo de desgracia, la priora del convento de la Encarnacion la mandó que dejara de meterse más en aquel asunto, porque no hacia más que enredarlo y agravarlo. Viéndose la Santa en tan terrible apuro, sola y sin amparo, echó mano del medio que siempre acostumbraba... la oracion. Fué á postrarse á los piés del supremo Conso-

lador y le dijo : « Señor, esta casa » no es mia, por Vos se ha hecho, » ahora que no hay medio que ne- » gocie, hágalo vuestra Majestad. » Dicho esto, como añade la Santa, » quedaba tan descansada y tan sin » pena, como si tuviera á todo el » mundo que negociara por mi, y » luego tenia por seguro el negocio. » No fué vana su confianza, pues no tardó en experimentar los efectos de la proteccion divina. Ella se estaba lamentando de que, al paso que la ciudad tenia los recursos necesarios para llevar adelante el negocio, ella no tenia ninguno, ni para ir y presentarse ante el Consejo real y defenderse, ni para enviar á nadie que la representara y defendiera ; y el Señor proveyó á este inconveniente

con un socorro imprevisto y que la puso á sus anchuras. Despues de haber recibido de su Madre priora el mandato que hemos dicho, recibió otro de su P. Provincial en que la decia que dejase de entender en ello y que no queria darla licencia para ir hasta tanto que se llegara á ver en qué iba á parar todo aquello. Con esto se quedó en paz, poniéndolo todo en manos de Dios con plena y absoluta confianza, de lo que jamas habia tenido lugar de arrepentirse; y el Señor misericordioso tomó el negocio por su cuenta. Con este fin dispuso que salieran á la palestra dos valerosos campeones, capaces de tomar la defensa de la Santa, y de contrarestar victoriosamente los esfuerzos de sus adversarios: estos dos

insignes varones fueron el maestro Daza, de quien ya se ha hablado, y el señor Gonzalo de Aranda, ambos sacerdotes muy conocidos por su saber y virtud. Este último fué á Madrid para ocuparse de todo lo concerniente al Consejo real, y el maestro Daza quedó en Ávila para obrar segun exigieran las circunstancias, y se dió mucho movimiento. Despues de la primera descabellada junta, hubo otra á la que asistió él, por haberle el obispo puesto de su parte. Lo mismo que la primera vez, todos los miembros de la junta estaban furiosos y queriendo absolutamente que se deshiciera lo que estaba hecho, y diciendo que era menester acabar de una vez; pero él, aunque se hallaba solo contra todos, no reparó en opo-

nerse á semejante proposicion, y habló con tanta elocuencia, con tanta prudencia y tanto tacto, que á todos los aplacó por entónces. D. Francisco de Salcedo, por otra parte, secundado por algunas personas que estaban en sus miras, trabajaba tambien cuanto podia para reducir á los amotinados.

Así se iban pasando las cosas y los dias en discusiones y negociaciones. Duró mucho tiempo aquel estado poco satisfactorio; pero poco á poco iba calmándose el ardor de los partidos interesados. Entre tanto desde el trono de su gloria estaba Dios velando por su causa é iba tomando sus disposiciones para que todo quedara arreglado y concluido, segun los votos de su sierva, el dia y la hora

señalados y decretados en los consejos de su divina Providencia. Así que dispuso que llegase á Ávila durante aquellas ocurrencias el P. Presentado, fray Pedro Ibáñez, de la Órden de Santo Domingo, de quien ya tambien se ha hablado. Con sus luces y santidad tenía mucho prestigio, y se valió de él para aplacar y ganar los corazones de muchos pertinaces. Ademas medió con el Padre Provincial de PP. Carmelitas y pudo sacarle licencia para que volviera Teresa á su convento de San José, llevándose las monjas del convento de la Encarnacion que gustasen de abrazar el nuevo Instituto. Cuatro fueron las que se manifestaron dispuestas á hacerlo; con ellas se trasladó á su nuevo monasterio, en el

mes de Marzo del año 1563, y fueron las cinco recibidas con imponderable gozo por las cuatro novicias que allí habia ella dejado, y no bastaron para hacer salir ni las órdenes expresas del corregidor, ni las griterías de los amotinados. Teresa hizo priora á una de las monjas profesas que la habian seguido, y superiora á otra, no reservando para sí más que el cargo de obedecerlas. Así vivió algun tiempo en la Comunidad, como mera monja, sin ninguna autoridad ni distincion, y súbdita como la última de todas; pero no aprobó el obispo semejante arreglo, sino que, pareciéndole que para cultivar aquella nueva planta ninguna era tan apta como la que la habia plantado, dispuso que fuera ella la priora; y, á pesar de cuanto

se resistió, no pudo prescindir de hacer acto de obediencia y cargar con el peso de la dignidad.

Puesta de superiora por el obispo, tuvo ocasion la Santa de poner de manifiesto las eminentes dotes con que la habia enriquecido Dios para formar y gobernar las personas que bajo de su direccion fueran á ponerse; y todo lo que desde aquella hora hasta la de su muerte hizo, lleva el sello de una alma fuerte y prudente, que no arredraban los obstáculos, ni la hacia traspasar los límites de un gobierno juicioso un imprudente y ciego celo. No hay más que examinar los trabajos que durante los últimos veinte años de su vida ejecutó para quedar convencido de los inmensos recursos que en su talento hallaba y

de lo sólido que era su virtud.

En cuanto se vió revestida del cargo de superiora, dió á sus hijas la forma de vida que deberia guardarse en todas las casas del nuevo Instituto, y nada hizo sin la participacion y aprobacion de su obispo y superior. Puso por fundamento de su Regla el ejercicio de la oracion y la mortificacion de los sentidos. Estableció una exacta clausura, cerró los locutorios, y dispuso que las conversaciones en lo interior del convento fueran muy raras y cortas. En los trabajos que á sus monjas podian sobrevenir, no las permitia buscar otros consuelos que los que pueden hallarse en Dios, y que jamas las faltaron. Vivir de limosna y sin renta alguna debia ser la regla y práctica

de las monjas de su Reforma. Adoptó otro modo de vestir; su hábito de estameña se convirtió en un pobre sayal de jerga áspera y grosera; los zapatos ó chapines, en sandalias ó alpargatas pobres (de donde las viene el nombre de *Descalzas* que se las ha dado); el colchon para acostarse, en un jergon lleno de paja. La comida debia corresponder á lo demas, y no saber á regalo, sino consistir en pescado y yerbas. Tal fué el fundamento de la empresa y establecimiento de la Reforma; privarse de cuanto puede halagar los sentidos y practicar todo cuanto puede contribuir á vencerlos y tenerlos domados y sujetos. Se ha conservado fielmente en la Órden la vida austera y penitente establecida por Teresa, lo

que no ha estorbado que en todos tiempos haya habido en las casas de su Instituto doncellas de calificada nobleza, y que, en vez de prevalerse de esta distincion que han dejado á la puerta, al entrar en los conventos, sólo han ambicionado y buscado la nobleza que da la virtud, y se han visto luchar á porfía para ver cuál de ellas habia de llegar á ser más pobre, más humilde, más mortificada, más fervorosa y obediente, haciendo reinar entre ellas la virtud de la caridad que las unia con Dios y entre sí bajo la vigilancia y direccion de sus prelados y los ejemplos de sus santas hermanas.

Arregladas las cosas por este tenor, empezó á brillar con todo su resplandor la vida monástica y á

atraer nuevas postulantes; poco á poco fueron entrando otras doncellas; y con el ejemplo de la piedad y virtud de Teresa y sus hermanitas quedó tan edificada la ciudad, que se desistió de su empeño en sacarlas, y hasta las que con más ardor habian trabajado para echarlas, se pusieron de su parte y se constituyeron sus protectores y bienhechores, confesando que la victoria de Teresa no podia ser más que la obra de Dios. Y verdaderamente no podian decir otra cosa, teniendo á la vista el tierno espectáculo de aquellas santas doncellitas que, dejando las vanidades y comodidades del siglo, abrazaban voluntariamente los trabajos y la pobreza, y daban por este medio, á los que ni uno ni otro tienen ánimo para

sufrir, una leccion de valor, abnegacion y resignacion de que no eran capaces ellos. « Su trato, dice la » Santa en el capitulo XXXVI de su » *Vida*, es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La » soledad es su consuelo, y pensar » de ver á nadie que no sea para » ayudarlas á encender mas en el » amor de su Esposo les es trabajo, » aunque sean muy deudos. Y ansi » no viene nadie á esta casa sino » quien trata desto, porque ni las » contenta, ni los contentan; no es » su lenguaje sino hablar de Dios, » y ansi no entienden, ni las entienden sino quien habla lo mesmo. » Guardamos la regla de Nuestra » Señora del Cármen, dada por Alberto, patriarca de Jerusalen, y

» cumplida esta sin relajacion (sino
» como la confirmó el Papa Inocen-
» cio IV en el año MCCXLVIII en
» el año quinto de su pontificado)
» me parece serán bien empleados
» los trabajos que se han pasado.
» Ahora aunque tiene algun rigor
» (porque no se come jamás carne
» sin necesidad, y ayuno de ocho
» meses, y otras cosas, como se ve
» en la mesma primera regla) en
» muchas aun se les hace poco á las
» hermanas, y guardan otras cosas
» que para cumplir esta con mas
» perfeccion nos han parecido nece-
» sarias, y espero en el Señor ha de
» ir muy adelante lo comenzado,
» como su Majestad me lo ha dicho.»
Tales eran las monjas Carmelitas Descalzas de santa Teresa.

Habia la experiencia enseñado á la santa Fundadora que un crecido número de monjas en una misma casa era muy nocivo á la conservacion del órden; por lo mismo quiso que no hubiera más que trece en cada convento, y que no vivieran más que del producto de su trabajo y las limosnas de sus conciudadanos. Tenia esto muy á pechos; y, si más tarde aflojó en este punto, sólo fué en caso de que no bastaran las limosnas de los fieles para las necesidades de las casas; en cuyo caso permitió que se las dieran rentas fijas. Si llegaba á suceder esto, permitia que hubiera veinte monjas en el mismo convento. Asi lo habia dispuesto la Santa en sus *Constituciones*, como ya dicho en el articulo correspon-

diente, que en otro lugar hemos aducido; pero, andando los tiempos, se han modificado algun tanto estas disposiciones primitivas.

Habia cerca de cuatro años que estaba fundado el convento de San José de Ávila, cuando hizo un viaje por España el P. General de Carmelitas, que reside siempre en Roma. Era, á la sazon, General de la Órden el P. Juan Bautista Rubeo de Ravena, que por sus prendas y virtudes era muy señalado en la Órden, como dice la Santa. Asi que supo ella que habia de venir aquel Padre, entró en cuidado Teresa, y dice por qué, en el capítulo II de sus *Fundaciones*. « Temi dos cosas, dice : la una, que » se habia de enojar conmigo, y no » sabiendo las cosas como pasaban,

» tenia razon; la otra, si me habia
» de mandar tornar al monasterio de
» la Encarnacion, que es de la regla
» mitigada, que para mi fuera des-
» consuelo, por muchas causas que
» no hay para qué decir... Mejor lo
» hizo Nuestro Señor que yo pensa-
» ba; porque el General es tan siervo
» suyo, y tan discreto y letrado, que
» miró ser buena la obra, y por lo
» demas ningun desabrimiento me
» mostró. » Habia aquel buen Padre oido hablar mucho de Teresa; y asi, cuando pasó por Ávila, quiso tener el gusto de verla y hablarla. Con esta intencion fué al convento de San José y se avistó con ella. « Yo, dice la Santa, le di cuenta con
» toda verdad y llaneza, porque es
» mi inclinacion tratar ansí con los

» perlados, suceda lo que sucediera,
» pues están en lugar de Dios. » El resultado fué que el P. Juan Bautista quedó penetrado de aprecio y de admiracion por ella con las conversaciones que tuvieron los dos; y así se desvanecieron los temores que habia concebido ella. Se manifestó el Padre General tan contento con su prudencia y tan movido de su celo y de los encendidos deseos que en ella veia de llevar almas á Dios, que la dió patentes muy cumplidas para fundar otros monasterios bajo del mismo plan, y, como dice la Santa en el capítulo II de sus *Fundaciones*, « con censuras para que ningun
» provincial me pudiese ir á la ma-
» no. » Y es de notar que el Padre General la dió aquellas patentes de

si mismo, y sin que se las pidiera Teresa. « Yo no se las pedí, dice, » puesto que entendió de mi ma- » nera de proceder en la oracion, » que eran los deseos grandes de » ser parte para que alguna alma se » llegase mas á Dios. Estos medios » yo no los procuraba, antes me pa- » recia desatino; porque una mu- » jercilla tan sin poder como yo, » bien entendia que no podia hacer » nada. » Las patentes, que acá- baba de recibir la Teresa, se concre- taban á conventos de monjas; se la permitia dar mayor extension á su *Reforma*, aumentando y fundando en otros puntos más conventos de mujeres, mas no de frailes; y áun, para los nuevos conventos de muje- res que fundara, el P. General la

ponia por condicion que los que se fundasen de ahi adelante estuvieran debajo de su obediencia, dejando por algun tiempo sujeto al obispo el que habia fundado en Ávila, por estar ya hecho.

Esta gracia tan inesperada, que se acababa de conceder á la Santa, la llenó del más vivo consuelo y la hizo ver cuán grande era la bondad que en su corazon abrigaba aquel dignísimo Prelado; y podia alentarla á pedirle nuevos favores. No se atrevió, sin embargo; mas lo que no tuvo valor para hacer ella, se encargó de hacerlo su superior inmediato, el Ilmo. Sr. obispo de Ávila. Se trataba de conseguir del P. Juan Bautista Rubeo patentes para fundar tambien conventos de frailes, que

abrazaran la Reforma; y dió este paso ántes que se fuera de Ávila el Padre.

« Aun ántes que se fuese (el P. General), dice la Santa en el capítulo II de sus *Fundaciones*, el » señor obispo, que es D. Alvaro » de Mendoza, muy aficionado á » favorecer á los que ve que pretenden servir á Dios con mas perfeccion; y ansí procuró que le » dejase licencia para que en su » obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes descalzos de la » primera regla. Tambien otras personas se lo pidieron: él lo quisiera hacer, mas halló contradiccion en la órden, y ansí para no » alterar la provincia, lo dejó por » entónces. » Estas últimas palabras de la Santa dicen con bastante clari-

dad que la denegacion del P. General no era absoluta y perentoria, sino condicional y subordinada á las circunstancias y los tiempos; y que habia lugar de esperar que más tarde podria conseguirse lo que no habia sido posible entónces. Entretanto el P. Juan Bautista partió de Ávila para Valencia sin haber modificado su respuesta negativa. Asi que no perdió ánimo Teresa; lo siguió pensando y deseando; y, cuanto más lo pensaba, tanto más se encendia en deseos de ponerlo por obra, por manera que se determinó á escribir al P. General, cuando hubo llegado á Valencia, para pedirle esta gracia, con la esperanza de no sufrir un desaire, fiada en la gran bondad que le habia

conocido. « Pasados algunos dias,
» dice la Santa en el mencionado
» capitulo, considerando yo cuán
» necesario era, si se hacian nuevos
» monasterios de monjas, que hu-
» biese frailes de la mesma regla, y
» viendo ya tan pocos en esta pro-
» vincia, que aun me parecia se iban
» á acabar, encomendándolo mucho
» á Nuestro Señor, escribí á nuestro
» Padre General una carta supli-
» cándoselo lo mejor que supe,
» dando las causas por donde
» seria gran servicio de Dios; y los
» inconvenientes que podia haber,
» no eran bastantes para dejar tan
» buena obra, y poniéndole delante
» el servicio que haria de Nuestra
» Señora, de quien era muy devoto.
» Ella debia ser la que lo negoció,

» porque esta carta llegó á su poder
» estando en Valencia, y desde allí
» me envió licencia para que se fun-
» dasen dos monasterios, como
» quien deseaba la mayor religion
» de la órden. Porque no hubiese
» contradicion, remitióla al provin-
» cial que era entónces, y al pasado,
» que era harto dificultoso de al-
» canzar : mas como vi lo principal,
» tuve esperanza el Señor haria lo
» demás ; y ansí fué, que con el
» favor del señor obispo, que tomaba
» este negocio muy por suyo, en-
» trambos vinieron en ello. »

Habia, pues, conseguido Teresa todo cuanto habia deseado y pedido, allanando el Señor todas las dificultades y quitando todos los estorbos, para fundar nuevos monasterios de

mujeres primero, y de hombres despues, y los consideraba ya como hechos; y, viéndola llegada al colmo de sus deseos, se pensaria naturalmente que nada la quedaba ya que desear, y que su corazon rebosaba de puro contento sin mezcla alguna de cuidado y preocupacion; pero no era así. Muy bien tenía licencia para obrar segun deseos; pero la licencia no la daba los medios y recursos para llevar adelante y á cima la obra. Se veia mujer flaca y pobre, sin arrimo ni ayuda temporal alguna para una obra tan heroica y colosal, y entónces empezaron de nuevo los apuros, sin que, sin embargo, bastaran á desanimarla y hacerla desistir de su empeño. Dos especies de recursos la eran indispensables para

volver á emprender, continuar y llevar á cabo la grande empresa que habia proyectado. En primer lugar, la era menester, particularmente para establecer la reforma de los frailes, cuando ménos un cooperador que entrara en sus miras, que estuviera animado del mismo espíritu que ella, qne consintiera en tomar su parte en la direccion de una empresa tan ardua y problemática; y no lo tenía á la mano entónces. Y en segundo lugar, tampoco tenía los fondos necesarios para acometer la obra; y sin ellos es muy arriesgado, por no decir más, cualquier buen éxito. Tenian su peso semejantes consideraciones; pero sólo para una alma que no tuviera tanta fe como tenía ella en la proteccion divina,

cuyos efectos habia experimentado siempre en sus mayores apuros; y, animada de este noble sentimiento, dijo con el profeta rey (Ps. IV, *v.* 9): « En paz dormiré juntamente, y » reposaré, » y con ánimo varonil se decidió á contrastar todas las olas y dificultades que se la habian de ofrecer. En estos mismos términos nos lo dice la Santa en el capítulo II de sus *Fundaciones* : « Estando yo » consolada con la licencia, creció » mas mi cuidado, por no haber » fraile en la provincia que yo en- » tendiese, para ponerlo por obra, » ni seglar que quisiese hacer tal » comienzo. Yo no hacia sino su- » plicar á Nuestro Señor, que » siquiera una persona despertase. » Tampoco tenia casa, ni cómo la

» tener. Héla aquí una pobre monja
» descalza, sin ayuda de ninguna
» parte, sino del Señor, cargada de
» patentes y de buenos deseos, y
» sin ninguna posibilidad para po-
» nerlo por obra; el ánimo no defa-
» llecia, ni la esperanza, que pues
» el Señor habia dado lo uno, daria
» lo otro : ya todo me parecia muy
» posible, y ansi lo comencé á poner
» por obra. »

Entre tanto cinco años seguidos pasó Teresa en su primer monasterio de la Reforma de San José en Ávila.

« Cinco años después de la funda-
» cion de San Josef de Avila, dice la
» Santa en el capitulo 1 de sus
» *Fundaciones*, estuve en él, que á
» lo que ahora entiendo, me parece
» serán los mas descansados de mi

» vida, cuyo sosiego y quietud echa
» harto menos muchas veces mi
» alma. En este tiempo entraron
» algunas doncellas religiosas de
» poca edad, á quien el mundo (á
» lo que parecia) tenia ya para sí,
» segun las muestras de su gala y
» curiosidad, sacándolas el Señor
» bien apresuradamente de aquellas
» vanidades, las trajo á su casa,
» dotándolas de tanta perfeccion,
» que era harta confusion mia, lle-
» gando al número de trece, que es
» el que estaba determinado, para
» no pasar mas adelante. Yo me
» estaba deleitando entre almas tan
» santas y limpias, á donde solo era
» su cuidado de servir y alabar á
» Nuestro Señor. » Si asi habian
adelantado en tanto poco tiempo

aquellas doncellas en el camino de la perfeccion, fué por el esmero con que se dió ella á formarlas en todo género de mortificacion, en el ejercicio de la obediencia y en la práctica de las demas virtudes. El medio, de que principalmente se valia para inducirlas á cumplir fielmente las obligaciones de su estado, era el ejemplo que las daba; y asi siempre era la primera que se veia llegar por todas partes, al coro, á la cocina y á todos los demas oficios; siempre escogia para sí los cargos más penosos; y por doquiera que fuera, se presentaba con aquel espíritu de órden, con aquel aire de contento que dicen que nada es embarazoso ni fastidioso. De este modo volaban, y no corrian, con sus ejemplos en el

camino de la perfeccion sus monjas.

§ II

FUNDACION DEL CONVENTO DE MONJAS DE SAN JOSÉ DE MEDINA DEL CAMPO

Encerrada Teresa en su pequeño desierto de San José de Ávila, disfrutaba un profundo descanso, despues de haber pasado por todas las tribulaciones y tempestades que la habian sobrevenido. Era aquel lugar un paraiso de delicias tanto para ella como para sus dichosas compañeras. Ninguna cosa de la tierra distraia á aquellas fervorosas solitarias de la oracion, ni las estorbaba de pensar en la bienaventuranza á que aspiraban y

las aguardaba en la patria celestial. Todas disputaban á profia cuál de ellas, bajo de la direccion y con los ejemplos de una maestra tan celosa é ilustrada, llevaria más bien pintada en sus costumbres la santidad de sus antiguos Padres del Monte Carmelo. Cultivaban con el mayor esmero y fervor todas las vlrtudes cristianas y monásticas. En verano, se levantaban á las cinco de la mañana, y en invierno, á las seis; principiaban el dia con el ejercicio de la oracion mental, que hacian indistintamente en el oratorio, en sus celdas, ó en la huerta. Despues decidieron que, para mutuo y buen ejemplo de todas, harian este ejercicio en comun. Concluida la oracion, rezaban las Horas menores, ó cantaban al-

guna, segun la fiesta del dia. Luégo subian las monjas á sus celdas, ó se iban á los puntos que se las señalaban para el trabajo. Cada una de ellas guardaba rigoroso silencio, todo el tiempo que duraba el trabajo que la habia dado la obediencia; y por esto no queria Teresa que hubiera laboratorio comun, temiendo que esto las diera ocasion de hablar. Cada una igualmente trabajaba y descansaba por separado en su celda, de la cual no podia tampoco salir sin que para ello tuviera verdadera necesidad. Tocaban á Misa en verano á las ocho, y en invierno. á las nueve. Despues de Misa, cada monja se volvia á su celda para vacar á la labor de manos. Un cuarto de hora ántes de comer se tocaba una pe-

queña campana para el exámen de conciencia, que cada una hacia, ó en su celda, ó en el punto donde estaba trabajando. Fuera de los dias de ayuno, iban á comer á las diez; y en los dias de ayuno eclesiástico ó de la Órden, sólo comian á las once y média. Para comer, la porcion que más comunmente se servia á cada monja, era una sopa con legumbres y un huevo; á veces se las daba un poco de pescado muy comun, á no ser que recibieran otro de limosna. Despues de comer, la superiora las daba licencia de hablar juntas un poquito; pero cada una llevaba su labor á la recreacion para estar ocupada y tener ménos lugar de hablar. Á las dos de la tarde, iban á Vísperas, y luégo despues

cada monja se iba á su celda, donde gastaba una hora en hacer alguna lectura espiritual, y empleaba lo que quedaba de la tarde en la labor de manos hasta la Hora de Completas, que, en verano, se rezaban á las cinco, y en invierno, á las seis. En seguida iban á cenar ó á tomar su colacion. Inmediatamente despues se iban á sus celdas hasta las ocho; y entónces empezaban la oracion mental de noche, que duraba hasta las nueve. Luégo rezaban Maitines y hacian el exámen de conciencia. Cuando habian concluido el dia así, se iban á sus celdas respectivas, donde se ocupaban á hacer alguna cosita hasta las once, que se daba el toque para acostarse; y entónces las estaba prescrito un retiro tan

absoluto, que ninguna de ellas podia estar fuera de su celda.

La distribucion de las horas y el modo de estos ejercicios ha cambiado desde entónces acá, segun lo ha pedido la experiencia; pero jamas se ha hecho innovacion alguna tocante la regularidad y la austeridad de la vida.

Despues de haber arreglado la Santa su convento de San José de Ávila, fueron tantas las postulantes que cada dia se presentaban, que era insuficiente el recinto de aquel monasterio para dar cabida á todas; por consiguiente, fué preciso no sólo ensancharlo, más tambien discurrir dónde podria ir á fundar nuevos conventos. Ademas, miéntras andaba ella en estos cuidados, la apremiaba

el Señor para que prosiguiese su obra de fundar más monasterios de monjas, y empezase por Medina del Campo. Era aquel lugar muy acomodado y rico, y muy á propósito para este intento, y el Señor, que asi lo queria, la abrió el camino para llegar; y fué del modo siguiente. Se habia presentado cierta doncella á Teresa para pedir el santo hábito en su primer monasterio de la Reforma; mas, como estuviera completo el número de monjas que en él podian coger, y no hubiera sitio para admitir más, tuvo la Fundadora el sentimiento de despedirla, por no haber medio de recibirla. Visto esto, y, perseverando la jóven en su vocacion, volvio á presentarse otra vez, ofreciendo á la Santa la suma que

debia constituir su dote para que fuera á fundar otro monasterio en Medina del Campo, donde pudiera ser recibida. Quedó admirada la Santa de aquella disposicion providencial; aceptó la inesperada proposicion de aquella doncella; y, resuelta á ir cuanto ántes á fundar en Medina del Campo, dió el santo hábito á aquella jóven primero que á las otras que se proponia llevar para su nueva casa.

Vivia entónces en Medina del Campo el P. Baltasar Álvarez de la Compañía de Jesus, que habia sido confesor de Teresa, y despues de haber sido rector del colegio de Ávila, habia pasado á serlo del de Medina del Campo, y entónces era P. Provincial. Dirigióse á él la Santa,

escribiéndole una carta que le mandó por medio del P. Julian de Ávila, que era un sacerdote muy distinguido por su virtud y santidad. Era el capellan de las monjas Carmelitas del monasterio de Teresa; merecia toda la confianza de la Santa; era su confesor ordinario; la acompañaba siempre en cuantos viajes se la ofrecia hacer, y desde los principios habia servido de mucha ayuda á Teresa y á sus monjas. Tambien entregó al P. Julian de Ávila una carta para el P. maestro fray Antonio de Heredia, que era Prior del convento de Santa Ana de PP. Carmelitas Calzados. Escribia al P. Álvarez, poniendo en su noticia la licencia que la habia dado el P. General para fundar nuevos con-

ventos de la Reforma; la intencion que tenía de ir á fundar uno en Medina del Campo; y suplicándole que procurara tratarlo con el abad de aquella ciudad, que á la sazon administraba la diócesis, por estar vacante la Silla episcopal, de modo que le sacara la licencia necesaria para hacer la fundacion. Al P. de Heredia escribia que la comprara una casa al intento. Uno y otro recibieron muy bien al comisionado de Teresa, vinieron bien en ello y prometieron hacer lo que pudiesen en el caso. Como se trataba de un monasterio que debia profesar pobreza, sufrió algunas dificultades el asunto; pero el P. Álvarez halló en su celo palabras tan elocuentes y razones tan convincentes, que dejó mudos á sus

más acérrimos contradictores, y despues de algunos dias pasados en abocamientos para discutir este asunto con las autoridades y el Cabildo de la ciudad, fué negocio concluido y dada la licencia. Faltaba, pues, la casa; para comprarla eran menester fondos, y era preciso buscarlos. « Pues, dice la Santa en el » capitulo III de sus Fundaciones, » ya que tenia la licencia, no tenia » casa, ni blanca para comprarla: » pues crédito para fiarme en nada, » si el Señor no le diera, ¿cómo le » habia de tener una romera como » yo? Proveyó el Señor, que una » doncella muy virtuosa, para quien » no habia habido lugar en San » Josef que entrase, sabiendo se » hacia otra casa, me vino á rogar

» la tomase en ella. Esta tenia unas
» blanquillas, harto poco, que no
» eran para comprar casa, sino para
» alquilarla; y ansí procuramos una
» de alquiler, y para ayudar al ca-
» mino. » Pero, como dice la Santa,
« el Señor proveyó. »

Aunque ningunos fondos enviaba Teresa al P. de Heredia en la carta que le escribió para suplicarle que la comprara una casa, no reparó aquel Padre en aceptar el encargo y practicar las diligencias necesarias para comprarla; y no tardó el Señor en abrirle un camino. Habia en Medina del Campo una señora, buena cristiana, que tenia una propiedad, que ántes habia sido una casa, pero que, á la sazon, no podia llamarse tal, por no constar más que de un portal

y unos paredones medio caidos: verdaderamente no era más que un solar, aunque la Santa dice que tenia un cuarto muy bien puesto. Tenia mucha devocion aquella señora al P. de Heredia; con esto entabló negocio con ella aquel P. Provincial, y sucedió que, sin exigir ni pago inmediato, ni fianza de especie alguna, se ajustó la venta, y quedó Teresa propietaria de la finca. Arreglado el negocio en estos términos, fué el P. Julian de Ávila á visitar la compra; y, viendo que no era suficiente casa para alojar á Teresa y sus compañeras, alquiló otra donde pudieran acomodarse provisionalmente las monjas. Hecho esto, se volvió á Ávila para notificárselo á la Santa; y luégo, como dice ella en el

mismo capitulo III de sus *Fundaciones* : « Salimos de Avila dos mon-
» jas de San Josef y yo, y cuatro
» del convento de la Encarnacion,
» que es el monasterio de la regla
» mitigada (á donde yo estaba antes
» que se fundase San Josef) con
» nuestro Padre capellan Julian de
» Avila. » Era esto, el dia 13 de Agosto del año 1567.

Con esta compañia salió de Ávila y se puso en camino la Santa para ir á abrir su nuevo convento, el dia de la Asuncion de la Virgen, y no habia más que dos dias de plazo. Era menester llevar mucha prisa y no hallar obstáculos que pudieran estorbarlo; y halló tantos y tan grandes, que hubieran podido desalentar á quien no tuviera tanta reso-

lucion y tanta confianza en Dios como tenia ella. Mas era sin limites esta confianza; y nadie, mejor que ella, podia escribir la siguiente Letrilla, que de ella tenemos :

« *Nada te turbe,*
» *Nada te espante,*
» *Todo se pasa,*
» *Dios no se muda :*
» *La paciencia*
» *Todo lo alcanza;*
» *Quien á Dios tiene*
» *Nada le falta,*
» *Solo Dios basta.*

GLOSA

« Eleva el pensamiento,
» Al cielo sube,
» Por nada te acongojes,
» *Nada te turbe.*

« Á Jesucristo sigue
» Con pecho grande,
» Y venga lo que venga,
» *Nada te espante.*

« ¿ Ves la gloria del mundo?
» Es sombra vana :
» Nada tiene de estable,
» *Todo se pasa.*

« Aspira á lo celeste,
» Que siempre dura :
» Fiel y rico en promesas
» *Dios no se muda.*

« Ámale, cual merece
» Bondad inmensa :
» Pero no hay amor fino
» Sin *la paciencia.*

« Confianza y fe viva
» Mantenga el alma ;
» Pues quien cree y espera
» *Todo lo alcanza.*

« Del infierno acosado
» Aunque se viere,
» Burlará sus furores
» *Quien á Dios tiene.*

« Vénganle desamparos,
» Cruces, desgracias :
» Siendo Dios su tesoro,
» *Nada le falta.*

« Id, pues, bienes del mundo,
» Id, dichas vanas;
» Aunque todo lo pierda,
» *Solo Dios basta.* »

Cuando ella se marchó, lo sintieron mucho las monjas que quedaban en Ávila; no sintió ménos ella aquella separacion momentánea, pero procuró ocultar su sentimiento. Ántes de marcharse, se retiró un poco á una de las ermitas que en la

huerta del convento habia; y allí, puesta de rodillas delante de un Cristo atado á la columna, le suplicó muy encarecidamente que, miéntras estuviera ella fuera, velara Él sobre el monasterio, y la hiciera la gracia de hallarlo, á su vuelta, en el mismo grado de perfeccion en que lo dejaba; y el Señor la otorgó la demanda.

Á pesar de haber Teresa obrado con mucha discrecion en aquel lance, no pudo estorbar que se supiera en la poblacion su salida de Ávila para ir á fundar en Medina del Campo; y así, en cuanto cundió este rumor en la ciudad, volvió á suceder lo que habia sucedido cuando trató de fundar en Ávila; hubo un grito de reprobacion general. « Cuando en

» la ciudad se supo, dice la Santa » en el capítulo III de sus *Funda-* » *ciones*, hubo mucha murmuracion: » unos decian que yo estaba loca: » otros esperaban el fin de aquel » desatino: el obispo (segun des- » pues me ha dicho) le parecia muy » grande, aunque entonces no me » lo dió á entender, ni quiso estor- » barme, porque me tenia mucho » amor, y no me dar pena: mis » amigos harto me habian dicho, » mas yo hacia poco caso dello; » porque me parecia tan fácil lo que » ellos tenian por dudoso, que no » podia persuadirme á que habia de » dejar de suceder bien. » Esto no la extrañó, por estar acostumbrada á ello, ni la impidió de perseverar en su proyecto.

Puesta, pues, en camino, como hemos dicho, no tardó en tropezar con los obstáculos que desde el principio de la Reforma la estaba suscitando el diablo, y que bastaban, no sólo para dar mucho que sentir, mas tambien para desmayar á otro; pero que, léjos de esto, daban mayor ánimo á la Santa. En efecto, estaba cerca de un convento de PP. Agustinos la casa que se la habia alquilado, y parece que no tenian mucho gusto aquellos Padres en ver que se iba á fundar el nuevo convento á las puertas del suyo. Despacharon, pues, en dar aviso de este contratiempo á Teresa; el dueño mismo de la casa, que estaba alquilada en Medina, la escribió una carta para informarla de lo que ocurria, y

áun aconsejarla, al mismo tiempo, que suspendiera su viaje y no saliera de Ávila hasta que los PP. Agustinos, que eran vecinos de aquella casa, dieran su consentimiento para que en ella se hiciera el monasterio; pues, de otro modo, como él era devoto y amigo de aquellos Padres, no habia de dar su casa sin su gusto y consentimiento. Recibió la Santa aquel propio en medio de su camino; encargó el secreto al que traia la carta; sintió vivamente lo que la pasaba; á primera vista, no tuvo por conveniente decirlo á sus compañeras para no contristarlas; pero, despues de haberlo pensado con detencion, se tranquilizó, y áun estuvo por creer que era para ella un feliz presagio aquel contratiempo. Por lo

mismo, sin detenerse ni vacilar, prosiguió su camino; y, como dice ella en el mencionádo capítulo, « llegando la primera jornada ya » noche, y cansadas por el mal » aparejo que llevábamos, yendo á » entrar por Arévalo, salió un clé- » rigo nuestro amigo, que nos tenia » una posada en casa de unas de- » votas mujeres, y díjome en secreto » como no teniamos casa, porque » estaba cerca de un convento de » agustinos, y que ellos resistian » que no entrásemos ahí, y que » forzado habia de haber pleito. ¡Ó » válame Dios! cuando Vos, Señor, » quereis dar ánimo, ¡que poco » hacen todas las contradicciones! » Antes parece me animó, pare- » ciéndome, pues ya comenzaba á

» alborotar el demonio, que se habia
» de servir el Señor de aquel mo-
» nasterio. Con todo le dije que
» callase, por no alborotar á las
» compañeras, en especial á las dos
» de la Encarnacion, que las demás
» por cualquier trabajo pasaran
» por mi. La una destas dos era
» supriora entonces de alli, y defen-
» diéronle mucho la salida, en-
» trambas de buenos deudos, y
» venian contra su voluntad, porque
» á todas las parecia disbarate, y
» despues vi yo les sobraba razon,
» que cuando el Señor es servido yo
» funde una casa destas, parèceme
» que ninguna cosa admite mi pen-
» samiento, que me parezca bas-
» tante para dejarlo de poner por
» obra, hasta despues de hecho :

» entonces se me ponen juntas las » dificultades. »

No faltaban, pues, quebrantos á Teresa; pero no salió frustada su esperanza en el Señor, que á menudo permite los tengan sus siervos; y nunca les abondona en ellos y de todos los saca, como dice David en el Salmo XXXIII, *v.* 20 : « Muchas » son las tribulaciones de los justos; » y de todas ellas los librará el » Señor. » Así lo experimentó la Santa en aquel lance como en todos los demas lo habia experimentado. Cuando llegó á la posada, supo que estaba en aquel lugar el P. Domingo Báñez, grande amigo y antiguo Confesor suyo; mandó llamarle; le enteró del asunto; le suplicó que procurara arreglarlo todo; fué de parecer aquel

Padre que no habria mucha dificultad en hacerlo; y se ofreció á mediar con los PP. Agustinos, pero sin ir con tanta prisa como deseaba Teresa y se necesitaba. Ademas, llegó allí de mañana, el dia siguiente, el P. Antonio de Heredia, que la salia al encuentro y queria acompañarla á la fundacion. Nada sabia de lo que estaba pasando; mas, cuando estuvo informado por Teresa de la dificultad y trabajo en que se veia, creyendo que bastaria la casa que él habia comprado, la aconsejó que fuera á fundar en ella, y fué aprobado su dictámen. Despues de haberlo tratado muy despacio, resolvieron que cuatro de las seis monjas, que iban con ella, se quedarian en una poblacion de las inmediaciones. Te-

resa, acompañada de las otras dos monjas, pasó por Olmedo, donde estaba entónces el obispo de Ávila, de quien fué muy bien recibida; y, finalmente, llegó á Medina del Campo, á eso de média noche.

Por el camino, habia visto la Santa á la mujer del dueño de la casa que se habia de arrendar; y quedó aquella señora tan prendada con su modo de hablar, que pasó órden á su mayordomo, de sacar de la casa y prestar todos los muebles y todas las camas que se necesitaran para el establecimiento.

El P. Julian de Ávila, que habia llegado ántes que Teresa, habia dicho á los PP. Carmelitas que iba á llegar la Santa, para que empezaran á arreglarlo todo de un modo conve-

niente; por manera que, en cuanto oyeron el primer ruido del carruaje de la Santa, asi el P. Prior como los demas frailes se apresuraron á llevar todo lo que podia convenir á la nueva casa. Apeáronse Teresa y sus compañeras á la porteria del convento de Santa Ana, de los PP. Carmelitas; y, para no meter ruido ni llamar la atencion, se fueron á pié á la casa. Debia haber corrida de toros el dia siguiente; y con este motivo llegaba tanta gente de los pueblos vecinos, que estaban llenas las calles, y todos quedaban parados de ver tantos eclesiásticos, frailes y monjas ir cargados de paquetes en medio de las tinieblas de la noche, y no dejaron de llenarlos de dicterios, burlas y hasta de injurias. Esto no obstante,

iban andando, y cuando hubieron llegado todos á la casa, hubo suficientes ornamentos para decir Misa y para el adorno del altar; pero era menester arreglar la casa de un modo decente para celebrar el Oficio, y de contado pusieron mano á la obra. « Yo cuando ví tan buen apa-
» rejo, dice la Santa en el capi-
» tulo III de sus *Fundaciones*, alabé
» al Señor, y ansi harian los de-
» más, aunque no sabiamos qué
» hacer de clavos, ni era hora de
» comprarlos, comenzáronse á bus-
» car de las paredes: en fin, con
» trabajo se halló recaudo. Unos á
» tapizar, nosotras á limpiar el
» suelo, nos dimos tan buena prisa,
» que cuando amanecia estaba
» puesto el altar, y la campanilla en

» un corredor, y luego se dijo la » misa. » Efectivamente, todo el mundo se prestó sin dilacion alguna, animáronse todos á componerlo todo; Prior, frailes, clérigos y las monjas que habian ido con la Santa, nadie estaba alli con los brazos cruzados mirando lo que hacian los demas. Parecia un taller universal. Uno tomaba una escalerilla de mano, subia y se ponia á colgar; otro tomaba tablas, martillo y clavos, y hacia y arreglaba el altar; este con una azada sacaba la tierra que aquel llevaba en un capazo; aquel otro con un plumero, bueno ó malo, limpiaba las paredes cubiertas de polvo y telarañas; cada cual estaba en su lugar y hacia su oficio. Teresa iba de uno á otro entre aquellos singulares ofi-

ciales extemporáneos, como suele ir un valeroso capitan con su gente á una empresa de alguna importancia, y les daba ánimo y prisa. Mas no se contentó la Santa con presenciar, exhortar y dirigir, sino que era la primera en dar ejemplo, y sacaba tierra y hacia como los demas con un valor y una energia superior á una persona de su sexo. De este modo sucedió lo que no era de esperar ni creer; en pocas horas se habia construido una capilla con la prisa que se dieron todos; y, al amanecer, todo estaba ya compuesto, entapizado y adornado, sino con lujo, á lo ménos, de un modo decente y conveniente. Tocaron luégo la campanilla á la primera Misa, quedando con aquel toque todos los vecinos

atónitos, admirados y sin saber lo que significaba aquella novedad, como los Israelitas en el desierto, cuando vieron caer del cielo el precioso maná, y asombrados se preguntaban unos á otros : « Pues, ¿qué es » esto? » Movidos de curiosidad, todos los vecinos salian de sus casas; se dirigian al punto de donde venia el sonido de la campanilla, y en breve acudió y habia tanta gente, que no cogia en el portal, y nadie podia entender cómo en el espacio de média noche, ó de la noche á la mañana, habia podido construirse y arreglarse un monasterio y una capilla. Verdad es que no era muy propio aquel oratorio para recordar el templo de Salomon, que tantos años se habian gastado en construir. Lo cierto es

que fué tanto el gentio que acudió, que no quedaba lugar para las monjas, por manera que tuvieron que refugiarse debajo de una escalera, y desde allí, como dice la Santa, « desde unas resquicias de una » puerta que estaba frontero veía- » mos misa, que no habia otra » parte. » Púsose luégo el santísimo Sacramento, y así quedó fundado el monasterio de SAN JOSÉ de Medina del Campo, el dia 15 de Agosto del año 1567, dia de la gloriosa Asuncion de la Virgen. Por ahí puede inferirse el valor, el afan y la prudencia con que acometió y llevó á cabo Teresa aquella maravillosa empresa. Y bien es de decir *maravillosa*, porque fué menester nada ménos que una maravilla, para que, no obstante

los preparativos que para el caso de antemano se habian hecho, en tan pocas horas, de una casa caida pudiera hacerse un monasterio en una ciudad tan grande y tan poblada, sin que ningun vecino lo supiera hasta verlo concluido. No sé si en la vida de la Santa puede verse mayor maravilla y cosa más gloriosa para ella que este memorable hecho.

Con tan dichoso resultado se dió Teresa por consolada de todos los trabajos que habia tenido que pasar; mas hé aqui que, asi que se estaba deleitando con el placer de ver á Jesus sacramentado y adorado en aquel altar, en medio de aquel pobre y nuevo santuario, que recordaba en cierto modo el pesebre de Belen, el demonio se puso á atormentarla con

otra tempestad, parecida á la que la suscitó cuando formó el monasterio de Ávila. Dios, que sabia de qué manera se comportaba ella en aquellos combates, parecia complacerse en verla luchar, para congratularse de sus victorias despues con ella. Así que, como si temiera que, con las muchas gracias que recibia, se dejara llevar de algun contento harto humano, los favores sobrenaturales que Dios la dispensaba, y las inocentes alegrias que ella experimentaba, iban siempre seguidas de pruebas que la ponian reservada y temerosa. Acabada de oir la Misa primera, salió de su retrete para mirar el patio de aquella casucha, de que no habia podido hacerse suficientemente cargo, la noche pasada. Así

que la vió en tan mal estado (pues no era más que un monton de ruinas, con todas las paredes caidas, sin estar cerrada por ninguna parte, y dejando la entrada libre á cualquiera que quisiera entrar en ella), quedó sumamente afligida, y se la cayeron las alas del corazon. Como entónces iba desgraciadamente propagándose la secta de los luteranos, y los vecinos de Medina del Campo tenian relaciones con las naciones extranjeras, empezó á temer que llegara á aquella ciudad algun luterano de fuera, que se entrara en el convento y profanara el Santísimo Sacramento. Por ahí empezó á atacarla el demonio, y este era su gran cuidado y temor. Sus ojos no veian más que legiones de herejes y luteranos que

con maña se introducian en aquella casa caida, al favor de las tinieblas de la noche; entraban en la capilla; hundian la puerta del sagrario; y se llevaban á Jesus sacramentado y cometian con Él mil desacatos. Con este amargo pensamiento la cogió una tristeza mortal, aumentaba, á cada momento, su perturbacion; se figuraba lo que se diria de ella, y desconfiaba casi que saliera bien su empresa. Pero la Santa nos pinta en el capitulo III de sus *Fundaciones*, mejor que pudiéramos decir nosotros, el estado de su alma en aquel conflicto.

« ¡Ó válame Dios! dice, ¡cuando » yo ví á su Majestad puesto en la » calle, en tiempo tan peligroso » como ahora estamos por estos

» luteranos, qué fue la congoja que
» vino á mi corazon! Con esto se
» juntaron todas la dificultades que
» podian poner los que mucho lo
» habian murmurado, y entendí
» claro que tenian razon. Parecíame
» imposible ir adelante con lo que
» habia comenzado; porque ansi
» como antes todo me parecia fácil,
» mirando á que se hacia por Dios,
» ansí ahora la tentacion estrechaba
» de manera su poder, que no
» parecia haber recibido ninguna
» merced suya : solo mi bajeza y
» poco poder tenía presente. Pues
» arrimada á cosa tan miserable,
» ¿qué buen suceso podia esperar?
» Y á ser sola, paréceme lo pasara
» mejor; mas pensar habian de
» tornar las compañeras á su casa

» con la contradiccion que habian
» salido, haciaseme recio. Tambien
» me parecia que errado este prin-
» cipio, no habia lugar todo lo que
» yo tenia entendido habia de hacer
» el Señor adelante. Luego se añadia
» el temor, si era ilusion lo que en
» la oracion habia entendido, que
» no era la menor pena, sino la
» mayor; porque me daba grandí-
» simo temor, si me habia de en-
» gañar el demonio. ¡Ó Dios mio!
» ¡qué cosa es ver un alma que Vos
» quereis dejar que pene!... Con
» toda esta fatiga, que me tiene bien
» apretada, no daba á entender nin-
» guna cosa á las compañeras, por-
» que no las queria fatigar mas de
» lo que estaban. Pasé con este tra-
» bajo hasta la tarde. »

Teresa guardó, pues, para sí aquella grande preocupacion sin darla á entender á sus compañeras, cuya tranquilidad tenia más á pechos que la suya propia. Despues de haberse visto envuelta en estas tinieblas desde la mañana hasta la tarde, se serenó el cielo de su alma, y volvió á aparecer la luz. Dios la habló al corazon, diciéndola que el autor de aquella tempestad habia sido el demonio, y que bien debia ella quedar bien persuadida de esto, supuesto que no habian participado de su perturbacion sus compañeras. Su mayor cuidado habia sido, como hemos visto, que no llegara á cometerse algun desacato contra el Santísimo Sacramento. Para impedirlo, apostaba, cada noche, gente que lo

guardara; y, no contenta con esta precaucion, ni dormia, ni descansaba, sino que se levantaba, á cada instante, para ir á asegurarse con sus propios ojos que estaba bien guardado, y ninguna fechoria habia sucedido. « Yo pasaba harto penosas » noches y dias, dice ella en el men- » cionado capítulo, porque (aunque » siempre dejaba hombres que ve- » lasen al santísimo Sacramento) » estaba con cuidado si se dormian, » y ansi me levantaba á mirarlo de » noche por una ventana, que hacia » muy clara luna, y podialo bien » ver. »

Fué uno de los principales motivos de sus fundaciones este culto del Santísimo Sacramento, y decia que nada tenia tan á pechos como

erigir á Jesucristo en la tierra cuantos más tronos la fuera posible. Para salir de estos cuidados, y viendo que no podria prescindir de ellos, si continuaba viviendo en una casa tan expuesta, resolvió mudarse y pasar á otra donde no tuviera que temer semejantes inconvenientes. Y sucedió afortunadamente que un mercader de Medina del Campo, que tenia una casa bastante grande, la prestó la mitad de ella para ocuparla hasta que estuviera enteramente dispuesta en forma de monasterio la nueva casa que tenia ajustada. En la parte de la casa, que para ella y su Comunidad la ofrecia generosamente aquel caballero, habia una grandisima sala dorada, que podia fácilmente convertirse en capilla; y, dirigiendo el

Señor aquella obra con su admirable providencia, hizo entrar en sus miras á una señora piadosa y pudiente de aquella ciudad, que se llamaba D.ª Elena de Quiroga, y era sobrina del Eminentísimo S.r de Quiroga, cardenal de Toledo. Fué á visitar á la Santa aquella señora, y tanto la agradaron su conversacion y trato, que, de vuelta á su casa, contó á su hija, que tenia unos diez y ocho años de edad, lo que acababa de ver y oir. Con la relacion de su madre se sintió la hija movida á entrar en el Instituto de Teresa; se lo declaró en estos términos á su madre, la cual se sintió movida de los mismos deseos; se presentaron ambas á la Fundadora para pedir el santo hábito, ofreciéndose á ayudarla para que

luégo se comenzase á hacer una capilla y un claustro; se aceptó su peticion y su ofrecimiento; y madre é hija tomaron el velo, llevando la primera el nombre de Elena de Jesus, y la segunda, el de Jerónima de la Encarnacion. Con la dádiva de aquellas dos señoras y las copiosas limosnas de otras personas caritativas pudo el P. Prior de los Carmelitas dar tal impulso á las obras del monasterio que se estaba construyendo, que, dos meses despues, estaba concluido y arreglado, y pudo Teresa trasladarse á él con su Comunidad. El ejemplo de la señora de Quiroga y su hija produjo tan buen efecto en la ciudad, que várias personas de mucho arraigo, prendadas del nuevo Instituto, quisieron abra-

zarlo tambien, y lo hicieron con tal desprendimiento de las cosas de este mundo, que Teresa misma no pudo dejar de admirarse. Quedaba, pues, sólidamente fundado el monasterio de San José de Medina del Campo; no tenia más que seguir, y asi sucedió con el amparo del Señor que velaba por él.

Despues de haber fundado el convento de Medina del Campo, siguió Teresa fundando otros en varios puntos : uno en Valladolid, en el cual entró D.ª Beatriz Óñez; otros en Malagon, Toledo (donde tuvo tambien que vencer crecidos obstáculos, á pesar del amparo que hallaba en la señora Condesa de la Cerda), Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Véas, Sevilla, Caracava, Villanueva

de la Serena, Palencia, Soria, Búrgos y Granada, por manera que en ménos de doce años tuvo el consuelo de ver fundados y florecientes diez y seis nuevos monasterios. No la faltaron contradicciones ántes de alcanzar tan maravillosos resultados; pero de todas salió victoriosa y triunfante con su paciencia, su mansedumbre, su serenidad de ánimo, su maduro juicio, su acertado modo de pensar, y especialmente con el auxilio de Dios, en quien habia puesto toda su confianza. Cuando se ofrecia el caso, sabia criticar ingeniosamente las combinaciones humanas, hacer ver lo vanas que son, y el poco lugar que ocupa nuestra prudencia en el gobierno y cosas de este mundo. Así que, cierto dia, decia que la cons-

taba que no son los hombres más que unas pequeñas ramas de romero y que no conviene contar con su apoyo. Otra vez, como sólo tuviera tres ducados para edificar un monasterio, decia que poco valian Teresa y tres ducados. pero que mucho eran Dios, Teresa y tres ducados; y, efectivamente, razon dió á este acto de confianza y fe en la divina Providencia su buen éxito en todas sus empresas. Habia en Toledo una mujer, que con su virtud habia adquirido cierta celebridad; y, creyendo que la llamaba el Señor á la vida del claustro, se presentó á la Santa para pedirla que la admitiera en su Instituto. Persuadida de que, si parecia sábia, se granjearia mejor el agrado de Teresa, y se la abririan

más fácilmente de par en par las puertas del monasterio, la ocurrió la idea de decir que, al entrar, iria con la Biblia. « ¡La Biblia de Vd.! res- » pondió la Santa, ya puede Vd. » guardarla; y créame, no se vénga » Vd. con nosotras, pues sólo so- » mos nosotras unas pobres mujer- » cillas, cuya sabiduria y talento se » reducen á manejar el huso y obe- » decer. » Y con el tiempo se vió que bien habia acertado Teresa en no conceder el sayal á tan sabionda persona, que más tarde llevó extra- vagante conducta.

§ III

FUNDACION DEL PRIMER CONVENTO DE FRAILES CARMELITAS DESCALZOS DE SAN JOSÉ DE DURUELO

Concluida la fundacion del convento de monjas Descalzas en Medina del Campo, estaba muy contenta Teresa con ver que habia ya dos conventos que habian abrazado la Reforma; pero eran ambos de mujeres; no quedaba enteramente satistecha ella; deseaba que hubiera igualmente frailes de su Instituto; y, decidida á llevar adelante esta nueva empresa, la pareció propicia la conyuntura para tratar la reforma de los conventos de Religiosos de Nues-

tra Señora del Cármen. No era nueva en ella esta idea; mucho tiempo habia que lo estaba pensando, deseando y discurriendo medio; y vimos en otro lugar que con esta intencion habia hecho pedir, y habia tambien ella pedido y conseguido para ello licencia del P. General de la Órden, cuando de Roma pasó á España. Pero era mujer; no podia meterse sola en reformar los conventos de hombres; necesitaba alguno que la ayudara, y hasta entónces no habia dado con sugeto de su satisfaccion, que estuviera dispuesto á secundarla en esta nueva mision, y consintiera á ser el caudillo de esta ardua empresa. « Estando aquí » (en Medina) yo, dice la Santa en » el capitulo III de sus *Fundaciones*,

» todavía tenia cuidado de los mo-
» nasterios de los frailes, y como
» no tenia ninguno (como he dicho)
» no sabia qué hacer, y ansí me
» determiné muy en secreto á tra-
» tarlo con el prior de alli, para
» ver qué me aconsejaba, y ansi lo
» hice. » Efectivamente, animóse á descubrirse sobre este particular con el P. Antonio de Heredia, que era el P. Prior de que habla Teresa, y era realmente Prior del convento de PP. Carmelitas de Medina; pero sin pensar, ni remotamente siquiera, que participara de sus ideas aquel Padre. Pues, dió que las ideas de la Santa eran cabalmente las del P. Antonio; y tanto, que deseoso de llevar vida más estrecha y perfecta, habia pensando irse á la Car-

tuja; lo habia pedido, y le habian dicho que le recibirian. Y asi, al oir lo que le propuso Teresa, se alegró sobremanera; la comunicó lo que pensaba; el paso que ya habia dado; y, por fin, que lo que le estaba sucediendo con ella le parecia traza del cielo, y que él habia de ser el primer Carmelita Descalzo. No hizo mucho caso la Santa de su ofrecimiento; porque, aunque le tenia muy conocido y la constaba que era hombre de gran virtud, como, por otra parte, era delicado de salud, no conceptuaba ella que le hubiera Dios criado para tanta penitencia y llevar adelante el rigor y aspereza que deseaba ella plantar; así lo sentia y asi se lo dijo, por más que se esforzara el Padre en persuadirla que

no tenia más que deseos de penitencia y mortificacion. « Él (el » P. Prior) se alegró mucho cuando » lo supo, dice la Santa en el men- » cionado capítulo, y me prometió » que seria el primero : yo lo tuve » por cosa de burla, y ansi se lo » dije ; porque (aunque siempre fué » buen fraile, y recogido, y muy » estudioso, y amigo de su celda, » que era letrado) para principio » semejante no me pareció seria ni » ternia espíritu, ni llévaria ade- » lante el rigor que era menester, por » ser delicado y no mostrado á ello. » Él me aseguraba mucho; y certi- » ficó que habia muchos dias que » el Señor le llamaba para vida mas » estrecha, y ansí tenia ya determi- » nado de irse á los cartujos y le

» tenian ya dicho le recibirian. Con
» todo esto no estaba muy satisfecha,
» aunque me alegraba de oirle, y
» roguéle que nos detuviésemos
» algun tiempo, y él se ejercitase en
» las cosas que habia de prometer:
» y ansí se hizo, que se pasó un
» año. »

En aquel mismo tiempo dispuso el Señor que fuera á Medina del Campo un Religioso Carmelita, llamado fray Juan de la Cruz, en Religion, despues de haber llevado en el siglo el sobrenombre de *Yépes*, que era el de su familia, y despues el de *San Matías*, que era el de su Religion, y, en fin, el *de la Cruz*, que hace su verdadero carácter, y con que se le distingue. Nació en el año 1542, en Fontivéros, villa muy

antigua de Castilla la Vieja entre Ávila y Salamanca. Tuvo por padres á Gonzalo de Yépes y Catalina Álvarez. Á pesar de su nobleza, llegó á ponerse tan pobre su padre, que se vió reducido á ejercer el oficio de tejedor para ganar con que mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Con la proteccion de un piadoso caballero, llamado Alonso Álvarez de Toledo, pudo Juan hacer sus estudios; y, á los veinte y un años de su edad, fué á presentarse al convento de *Santa Ana* de Medina del Campo, de la Órden de Nuestra Señora del Cármen; pidió el santo hábito, y fué recibido como un precioso don del cielo, por las muchas dotes y virtudes, con que le habia

favorecido el Señor. Recibido en aquel convento, no habia fraile más piadoso ni más mortificado que él. No contento con observar la Regla primitiva mitigada por Eugenio IV, pidió á su prelado la licencia de guardar en toda su pureza y rigor la Regla de san Alberto, sin mitigacion alguna, aunque sin faltar en lo exterior al órden de la Comunidad. En el mismo año de su profesion, fué enviado al colegio de Salamanca para cursar teologia; y, á los veinte y cinco años de su edad, le obligaron á recibir el presbiterado, no obstante su resistencia, por creerse indigno de tanta honra. Sin embargo de aumentar, con licencia de sus superiores, los rigores de la Regla, no le parecia bastante penitente la

vida que llevaba, y con deseo de mayor perfeccion derterminó pasar á la Cartuja, donde podria entregarse á una vida más austera que la que llevaba en su Órden. Casi tenia ya concertado entrar en la Cartuja del Paular de Segovia, cuando el Señor, que le destinaba á una mision más gloriosa, desbarató en un momento todos los proyectos que estaba formando; y fué del modo siguiente.

Teniendo que pasar á Medina del Campo el P. maestro fray Pedro de Orozco, tomó para acompañarle á fray Juan de la Cruz. Cuando hubieron llegado á aquella ciudad, fué el P. maestro á visitar á Teresa; y, como en la visita le preguntara ella por los Religiosos de la Órden que manifestaran deseos de aspirar á

mayor perfeccion, la habló aquel venerable anciano de su compañero de viaje, fray Juan de la Cruz; y tal elogio hizo del P. Juan, y tanto ponderó las prendas y virtudes, el fervor y espíritu de penitencia de su compañero, que no pudo ella resistir al deseo de verle. Se la presentó, pues, el jóven Religioso; le vió la Santa; le habló y examinó con mucha atencion; como buena lapidaria, conoció los quilates y estima de aquella preciosa piedra; parecióla que él solo la bastaba para primera piedra del monasterio de frailes que queria hacer; y que él era verdaderamente el coadjutor que la habia preparado la divina Providencia en el gran designio que habia concebido ella de empezar la Reforma de los frailes

Carmelitas, como habia ya empezado y llevaba adelantada la de las monjas de su Órden. Siguiendo la conversacion, iba la Santa quedando cada vez más prendada de la prudencia y ánimo de un sugeto tan jóven aún; y, como estuviera ella para darle á conocer sus proyectos, él tomó la delantera, diciéndola que estaba creido de que Dios le llamaba á vida más austera que la que profesaba; y que, no pudiendo soltar la rienda á sus deseos en la Órden que habia abrazado, estaba pensando en retirarse á la de los Cartujos, en la cual, con el ejemplo de aquellos fervorosos solitarios y con el silencio de su retiro confiaba que habia de trabajar de un modo más acertado y eficaz en el negocio de su salvacion.

Oyéndole hablar de esta manera, tomó la palabra Teresa para decirle y persuadirle que para el caso ninguna necesidad tenia de irse á la Cartuja; que era superfluo mudar de Religion para conseguir lo que deseaba; que muy bien podria hallarlo en la misma Órden, con tal que se reformara adoptando la Regla primitiva, como intentaba ella hacer; que, habiéndole Dios llamado al Instituto del Monte Carmelo, más bien le pedia el Señor que permaneciera en él y trabajara con ánimo y valor en restablecerlo en su antigua observancia; que en esto se ocupaba ella, segun la licencia que la habia dado el P. General de la Órden de Nuestra Señora del Cármen de fundar dos conventos reformados para

los hombres; que él debia ser el primer instrumento de que se valdria el cielo para esta obra tan importante; y asi, que aguardase hasta que tuviese ella monasterio para dar principio á la reforma de PP. Carmelitas.

Si habia el mérito del P. Juan de la Cruz llamado la atencion de Teresa, no llamó ménos la atencion de aquel Padre la elocuencia de la Santa. Sentóle su proposicion; se rindió á sus consejos; y la única cosa que la pidió, fué, que no metiera mucha dilacion en poner por obra su proyecto. Quedó Teresa llena de alegria, viendo que, para apoyarla en aquel arduo negocio, podia ya contar con dos Religiosos de la Órden, que debian ser las dos

piedras fundamentales del nuevo edificio. Sin embargo, quiso dilatar un poco para tener lugar de probar más al P. Antonio, que la merecia ménos confianza que el P. Juan. De este modo pasó un año entre la fundacion del monasterio de monjas de Medina y la del primer convento de frailes Carmelitas reformados; no porque descuidara la Santa este negocio, que era el objeto de su más viva solicitud, sino porque, como era obra de Dios y de Teresa, tenia esta que aguardar que la pusiera el Señor en estado de cumplirla.

Por fin, llegó el dia. Cierto caballero, llamado D. Rafael Mejía Velázquez, tenia una casa de campo en Duruelo, aldea de Ávila. No conocia á la Santa, ni tampoco la Santa le

conocia, á él. Sin embargo, como era bello sugeto y oyera decir que ella tenia intencion de hacer un convento de frailes Carmelitas Descalzos, fué á visitar á Teresa y ofrecerla dicha casa, diciéndola que podria ir á verla, tanto más que era camino derecho de Valladolid, donde debia ir ella para la fundacion de un convento de monjas. Admiró la Santa y bendijo la Providencia, que tan oportunamente la asistia; aceptó y dijo que, cuando se marchara á Valladolid, entraria de paso á ver la finca. Al cabo de algunos dias, partió de Ávila con una compañera y el P. Julian de Ávila; y, en cuanto llegaron á Duruelo, se apeó; entró en la casa; la miró despacio, y halló que estaba tal, que no se atrevieran á pasar la

noche en ella, por lo asquerosa que estaba, y tambien porque todo el edificio se reducia á un portal, una cámara doblada con su desvan y una pequeña cocinilla. « Llegamos poco » antes del anochecer, dice la Santa » en el capítulo XIII de sus *Funda-* » *ciones :* como entramos en la casa, » estaba de tal suerte, que no nos » atrevimos á quedar allí àquella » noche, por causa de la demasiada » poca limpieza que tenia, y mucha » gente del agosto. Tenia un portal » razonable, y una cámara doblada » con su desvan, y una cocinilla; » este edificio todo tenia nuestro » monasterio. Yo consideré que el » portal se podia hacer iglesia, y el » desvan coro, que venia bien, y » dormir en la cámara. Mi compa-

» ñera, aunque era harto mejor que » yo, y muy amiga de penitencia, » no podia sufrir, que yo pensase » hacer allí monasterio, y ansi me » dijo : *Cierto, madre, que no haya* » *espíritu (por bueno que sea) que* » *lo pueda sufrir : vos no trateis* » *desto.* » Esto no desmayó á Teresa, sino que, cuando, despues de haberse hecho bien cargo de la casita y haber trazado el plan del futuro monasterio, hubo regresado á Medina, se avistó con el P. Antonio; le dió cuenta de lo que habia visto, y le preguntó si se sentia con ánimo de ir allá para empezar la obra. Temia que el P. Antonio no habia de hacer caso de una casita tan ruin para el destino que se la queria dar; pero no se holgó poco, cuando le oyó

responder con la mayor resolucion que *no solo allí, mas que estaria en una pocilga*. En lo mismo estaba fray Juan.

Despues de haber adherido los dos Padres, era menester conseguir la adhesion de los prelados, porque con esta condicion habia dado su licencia el P. General; el P. Antonio tomó esto á su cargo, y la Santa salió con el P. Juan á la fundacion de Valladolid. Estuvieron allí algunos dias, y ella los aprovechó para enterarle con mucho cuidado, como si fuera novicio, de la manera de vivir que se guardaba en sus monasterios, de la oracion, penitencia y mortificaciones, y de todo lo demas que á ella la parecia conveniente, para que todas las cosas quedaran bien entendi-

das desde su principio. « Allí, como » estuvimos algunos dias con oficiales, dice la Santa en el capítulo XIII de sus *Fundaciones*, para » recoger la casa sin clausura, habia » lugar para informar al P. Fr. Juan » de la Cruz de toda nuestra manera » de proceder, para que llevase bien » entendidas todas las cosas, ansi » de mortificacion, como de estilo » de hermandad y recreacion que » tenemos juntas; que todo es con » tanta moderacion, que solo sirve » de entender allí las faltas de las » hermanas, y tomar un poco de » alivio para llevar el rigor de la » regla. »

Cuando hubieron llegado á Valladolid, hallaron que, por disposicion divina, estaba en aquella ciudad el

P. Provincial de Carmelitas, llamado Fr. Alonso González, y la Santa aprovechó aquella conyuntura para ir á hablarle y pedirle su beneplácito para el establecimiento de la Reforma entre los hombres como la habia establecido entre las mujeres. Era aquel Padre anciano ya y muy bueno, sin que por esto fuera muy partidario de la Reforma; y así debió resistirse; pues, segun dice la Santa en el mencionado capítulo: « Yo le » dije tantas cosas, y de la cuenta » que daria á Dios, si tan buena » obra estorbaba, cuando se la » pedí, y su Majestad que le dis- » puso (como queria que se hi- » ciese) que se ablandó mucho. » En esto llegó á Valladolid D.ª María de Mendoza; y ella y su señor her-

mano, que era obispo de Ávila, trabajaron para decidir al P. González y á su antecesor el P. Ángel de Salazar, que estaba ausente, y de quien mucho temia la Santa; y tal fué el influjo del hermano y la hermana con aquellos dos Padres, que no dejaron en sus manos el negar la licencia, por más que no estuvieran muy inclinados á ello.

Muy gozosa quedó la santa Madre con ver que habian condescendido el P. González y el P. de Salazar, y no cabia en sí de contento; y, como la habia enseñado la experiencia cuán funesta es la dilacion en asuntos de tanta importancia, se dió mucha prisa (para no dar lugar á que saliera algun estorbo) para que se empezara de contado. Decidióse que fuese in-

mediatamente el P. Juan de la Cruz á la casa para tomar posesion de ella y para arreglarla; y así se hizo, miéntras renunciaba el P. Antonio su cargo de P. Prior, que aún conservaba, para seguirle, lo cual hizo sin demora, por lo mucho que deseaba entrar en la Reforma. En virtud de lo que acababa de decidirse, descalzóse el P. Juan, tomó el nuevo hábito de la Reforma, que era el hábito de jerga; y, resuelto á vivir y profesar la Regla primitiva, se puso en camino para la casa que habia dado D. Rafael. Se fué á Durnelo, acompañado de un albañil para componer la casa; llegaron; miró el P. Juan la casa; vió lo triste y pobre que era, sin extrañarlo ni sentirlo; tomó posesion de ella; se puso á

arreglarla; y, como tenia más sentimientos de mortificacion y penitencia que recursos, adornó su nuevo monasterio, poniendo muchas cruces y calaveras y asi no tardó mucho en aderezar la casa. Estuvo allí algun tiempo solo el P. Juan, esperando los sugetos que debia enviarle Teresa para abrir el nuevo establecimiento é inaugurar la Reforma. Entre tanto reunnció su priorato, el P. Antonio, se descalzó y vistió el hábito de jerga, como habia hecho el P. Juan; y, acompañado de dos frailes de su convento que tambien querian profesar la estrecha Observancia, se encaminó al nuevo convento de Duruelo. Sucesivamente fueron llegando los Religiosos que enviaba la santa Fundadora; ponianse bajo la obe-

diencia y direccion del P. Juan; y, luégo que se hubieron juntado algunos, tomaron el nombre de *Carmelitas Descalzos*. Despues de haber llegado los Religiosos que envió la Santa, el P. Juan, que habia sido puesto por cabeza de ellos, pasó toda la noche siguiente en oracion con ellos; y, el dia siguiente, con licencia del Ilmo. Sr. D. Alfonso de Mendoza, obispo de Ávila, pusieron el Santisimo Sacramento; dijeron la primera Misa, é hicieron voto de llevar en adelante una vida conforme estaba prescrita en la Regla primitiva de san Alberto, con todo su rigor y austeridad, y sin admitir mitigacion alguna. Así quedó inaugurada la Reforma de PP. Carmelitas Descalzos, el dia 28 de No-

viembre, primero domingo de Adviento del año 1568. Entónces fué cuando el P. Juan tomó el nombre de de P. *Juan de la Cruz* en lugar del de P. *Juan de san Matías*, que llevaba en la Observancia mitigada. Tal fué la cuna de la Reforma de los PP. Carmelitas Descalzos, que aprobó inmediatamente el papa, san Pio V, y confirmó, el año 1580, el papa Gregorio XIII.

No asistió Teresa á la inauguracion de aquella obra, á pesar de haber sido su promotora; pero quedó sumamente consolada cuando supo que se habia hecho; y fué más tarde á ver aquella pobre casa, que tantos trabajos y desvelos la habia costado. Sucedió esto en la Cuaresma del año siguiente, cuando tuvo que ir á

Toledo para fundar otro convento de monjas Descalzas. Pasando de camino por Duruelo, entró en el monasterio del P. Juan. Era por la mañana, miéntras estaba el P. Antonio de Jesus con la escoba en la mano, y barriendo con rostro risueño la puerta de la iglesia. Viendo esto, le dijo riendo la Santa: *¿Qué es esto, mi Padre? ¿qué se ha hecho la honra?* Á lo cual respondió con gran contento aquel Padre : *Yo maldigo el tiempo que la tuve.* Dicho esto, entró ella en la iglesia, y en el capítulo XIV de sus *Fundaciones* nos dice lo que sintió su corazon en aquella visita : « Como entré en la iglesia, dice, » quedéme espantada de ver el es- » píritu que el Señor habia puesto » allí : y no era yo sola, que dos

» mercaderes que habian venido de
» Medina hasta alli conmigo, que
» eran mis amigos, no hacian otra
» cosa sino llorar. ¡Tenia tantas
» cruces, tantas calaveras!

« Nunca se me olvida una cruz
» pequeña de palo que tenia para
» el agua bendita, que tenia en ella
» pegada una imágen de papel con
» un Cristo, que parecia ponia mas
» devocion, que si fuera cosa muy
» bien labrada. El coro era el des-
» van, que por mitad estaba alto,
» que podian decir las Horas, mas
» habianse de abajar mucho para
» entrar y para oir misa : tenian á
» los dos rincones hácia la iglesia
» dos ermitillas (á donde no podian
» estar sino echados ó sentados)
» llenas de heno, porque el lugar

» era muy frio, y el tejado cási les
» daba sobre las cabezas, con dos
» ventanillas hácia el altar y dos
» piedras por cabeceras, y allí
» cruces y calaveras. Supe que des-
» pues que acababan Maitines, hasta
» Prima, no se tornaban á ir, sino
» allí se quedaban en oracion, la
» que tenian tan grande, que les
» acaecia ir con harta nieve los há-
» bitos, cuando iban á Prima, y no
» lo haber sentido. Decian sus Horas
» con otro Padre de los del paño,
» que se fué con ellos á estar,
» aunque no mudó hábito porque
» era muy enfermo, y otro fraile
» mancebo, que tambien estaba
» allí.

« Iban á predicar á muchos lu-
» gares, que estaban por allí co-

» marcanos, sin ninguna doctrina,
» que por esto tambien me holgué
» se hiciese allí la casa, que me di-
» jeron que ni habia cerca monas-
» terio, ni de dónde la tener que era
» gran lástima. En tan poco tiempo
» era tanto el crédito que tenian,
» que á mi me hizo grandísimo
» consuelo, cuando lo supe; iban
» (como digo) á predicar legua y
» media, y dos leguas, descalzos
» (que entónces no traian alpar-
» gatas, que despues se les man-
» daron poner) y con harta nieve y
» frio, y después que habian predi-
» cado y confesado, se tornaban
» bien tarde á comer á su casa; con
» el contento todo se les hacia poco.
» Desto de comer tenian muy bas-
» tante : porque de los lugares co-

» marcanos los proveian mas de lo
» que habian menester, y venian
» allí á confesar algunos caballeros
» que estaban en aquellos lugares,
» á donde les ofrecian ya mejores
» casas y sitios. Entre estos fué
» uno D. Luis, señor de las
» Cinco Villas. Este caballero habia
» hecho una iglesia para una imá-
» gen de Nuestra Señora, cierto
» bien digna de poner en venera-
» cion... El P. Fr. Antonio de Je-
» sús, como fué á aquel lugar á pe-
» ticion deste caballero y vió la imá-
» gen, aficionóse tanto á ella (y con
» mucha razon), que aceptó el pasar
» allí el monasterio : llámase este lu-
» gar Mancera, aunque no tenia nin-
» guna agua de pozo, ni de ninguna
» manera parecia la podian tener allí.

» Labróles este caballero un mo-
» nasterio (conforme á su profe-
» sion) pequeño y dió ornamentos :
» hízolo muy bien...

« Pues como yo ví aquella casita,
» que poco antes no se podia estar
» en ella, con un espíritu que á cada
» parte que miraba hallaba con qué
» me edificar, y entendí de la ma-
» nera que vivian, y con la mortifi-
» cacion y oracion, y el buen
» ejemplo que daban (porque allí
» me vino á ver un caballero y su
» mujer, que yo conocia, que esta-
» ban en un lugar cerca, y no me
» acababan de decir de su santidad,
» y el gran bien que hacian en
» aquellos pueblos) no me hartaba
» de dar gracias á Nuestro Señor
» con un gozo interior grandísimo...

» Los mercaderes que habian ido
» conmigo, me decian que por todo
» el mundo no quisieran haber de-
» jado de venir allí. ¡Qué cosa es la
» virtud, que mas les agradó aquella
» pobreza, que todas las riquezas
» que ellos tenian, y les hartó y
» consoló su alma! »

Tuvo Teresa en aquella visita lugar de quedar muy edificada del espíritu de penitencia y mortificacion de que estaban animados aquellos frailes de la Reforma, de su deseo de perfeccion, y del bien que hacian en todos los pueblos vecinos; pero no pudo desconocer que estaba muy desacomodado aquel lugar, y que allí habia mil inconvenientes para que pudieran vivir religiosamente aquellos fervorosos Padres, y asi

trató de trasladar aquel primer convento de Descalzos á otro punto más propicio. No era difícil hacerlo, mayormente con el caritativo ofrecimiento que les hizo D. Luis, y aceptó el P. Fr. Antonio de Jesus, como refiere la Santa en la última cita que acabamos de aducir; y así se decidió y verificó, trasladando el convento de Duruelo al de Mancera, el dia 2 de Junio de 1570. Allí vivieron algunos años aquellos Padres; pero parece ser que les venian muchas enfermedades, y no era muy bueno el país para su salud. Viendo esto el Ilmo. Sr. D. Lorenzo de Otayud, que acababa de ser nombrado obispo de Ávila, deseoso de preservar á los Religiosos de los funestos efectos del clima en Mancera, pidió á Teresa y

consiguió que se trasladaran á Ávila, ofreciendo todo lo que fuera necesaria para la nueva fundacion. De este modo coexistieron el primer monasterio de monjas y el primer monasterio de frailes del nuevo Instituto en la misma ciudad que era la cuna de la Reforma.

CAPITULO XIII

ES TERESA ELEGIDA MADRE PRIORA DEL CONVENTO DE LA ENCARNACION DE ÁVILA

Despues de las fundaciones, que hemos mencionado, siguió la Santa fundando otros monasterios reformados de hombres y de mujeres, que no nos detendremos en enumerar, por no permitirlo el limitado cuadro de esta obrita. Se la presentaron estorbos, y los venció; tuvo que luchar contra muchas y graves dificultades, y todas las superó; arrostrólo todo por la gloria de Dios, y de todo la sacaron triunfante su

magnanimidad y su ilimitada confianza en Dios que la inspiraba y llevaba por la mano. De esta plena confianza, que tenia en Dios, provenia aquella grandeza de ánimo que manifestó en los más críticos lances de su vida. Jamas contaba consigo misma ni con los otros; no contaba más que con Dios ; en Él solo habia puesto toda su fuerza. Con todo, no dejaba de saber que desdeñar los medios humanos hubiera sido tentar la Providencia; la constaba que el Señor quiere no despreciemos los recursos ordinarios, con tal que de solo su beneplácito esperemos el buen éxito, y que á su divina bondad lo atribuyamos todo. Así, pues, en sus necesidades se valia Teresa de estos recursos, sin contar absoluta-

mente con ellos, sino con Dios, á cuya proteccion fué deudora de todas las maravillas que obró en vida. Apoyada en aquel incontrastable auxilio, acometió y prosiguió con viril denuedo la sublime mision que del cielo habia recibido, y que tuvo tan brillante resultado, que, en los últimos años de su vida, la cupo el consuelo y la gloria de contar treinta casas (diez y seis de mujeres y catorce de hombres), en que habia vuelto á florecer la antigua disciplina de la Órden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, no sólo en España, sino tambien en Génova y Méjico; y despues de su muerte aumentó considerablemente este número. Pero, si la daban justo motivo de holgarse los dichosos frutos de su celo, no es ménos cierto

que hubieran bastado para acobardar una alma, ménos confiada en Dios y ménos resuelta que la suya, los trabajos, cansancios, contradicciones, zelos y enredos que al paso la salieron en la ejecucion de su colosal empresa.

La poca regularidad con que se vivia en el convento de la Encarnacion, donde habia ella profesado despues de concluido su noviciado, contribuyó mucho á disgustarla de la observancia mitigada é inspirarla el deseo de la observancia primitiva. Sin embargo, parece ser que, andando los tiempos, fué relajándose más y más aquel convento, por manera que, algunos años despues de la salida Teresa de aquella primera casa de su vocacion, habia decaido

por completo del espíritu de la Regla, y necesitaba en gran manera que Dios suscitara un ángel que, tanto en el órden espiritual como en el órden temporal, la amparase, volviera á ponerla en pié y á encender el espíritu que en ella se iba amortiguando y extinguiendo. Lo que mucho habia contribuido á aquella decadencia, era el crecido número de monjas que en ella habia y pasaba de ochenta, y la falta de recursos suficientes para proveer á sus necesidades temporales. Con esto vivian muy disgustadas allí las monjas; se las habia hecho insoportable la vida de Comunidad; y, deseosas de salir del paso, estaban resueltas á pedir licencia á sus superiores para irse á vivir con sus parientes donde

hubieran hallado los medios de existencia que faltaban en la casa. No por esto pensaban renunciar su vocacion; pero es claro que las hubiera sido difícil en el siglo, aunque en sus propias familias, guardar la Regla del claustro y observar la vida monástica. Naturalmente no hubieran podido tener en sus casas el recogimiento de soledad, ni seguir ciertas observancias sustanciales de su Instituto, sin contar mil otros inconvenientes y daños que hubiera podido acarrearles tan deplorable resolucion.

Estando en esto, sucedió que el glorioso san Pio V, que á la sazon estaba ocupando la Silla Apostólica, con el gran celo que tenia de la gloria de Dios y del restablecimiento del

espíritu y fervor en las Religiones que lo hubieran perdido, nombró Visitadores que fueran á visitar los conventos que pudieran necesitarlo para establecer las reformas oportunas. Para parte de los conventos de la Órden de Nuestra Señora del Monte Carmelo en España fué nombrado el P. maestro Fernández, de la Órden de Santo Domingo, y debia visitar los conventos de la provincia de Castilla. Pocos hombres reunian tantas dotes como él para desempeñar dignamente el noble cargo que se le habia cometido, por ser un santo varon, lleno de virtud y saber. Siguiendo el itinerario de su mision, llegó á Ávila. No conocia todavía á Teresa; pero habia oido hablar mucho y con mucho elogio de

ella al P. Báñez y á muchos sugetos graves y recomendables de la Órden; y se habia formado el más aventajado concepto de ella con lo que se le habia contado; con todo, no contento con lo que se le habia dicho, para cerciorarse de la verdad, quiso avistarse con ella, para asegurarse por sí mismo si era realmente como se la habian pintado. Estaba entónces Teresa de priora en el convento de monjas Descalzas que habia fundado en Ávila; visitóla el P. Fernández; habló con ella; la Santa le abrió con franqueza su corazon; dióle cuenta de su espíritu, de su vida y modo de obrar; y salió el P. Visitador de aquella entrevista tan prendado de ella, tan persuadido y convencido de ser verdad y sin exageracion todo lo

que de ella predicaba la fama, que de contado se sacudió todas las dudas que le habian asaltado sobre la santidad de la sierva de Dios. Poco ántes, el P. Provincial de PP. Carmelitas movido de un injusto resentimiento, por ver que no entraba la Santa en sus miras, en un asunto que habia ocurrido en Medina del Campo, la habia mandado, so pena de excomunion, que se fuera inmediatamente de aquella ciudad; y ella, sin réplica ni oposicion, se habia marchado al punto y vuelto á su convento de Ávila. Pues, el P. Fernández, creyendo que la santa Madre haria ménos falta en Ávila que en Medina del Campo, abrogó la sentencia del iracundo P. Provincial, y la mandó volver al monasterio de

donde habia sido echada, eligiéndola allí por madre Priora con los votos de las monjas de aquel monasterio.

Cumplió Teresa la obediencia, marchándose á Medina, donde se marchó tambien el P. Fernández. Luégo que hubo vuelto á aquella casa, revestida de la dignidad de Priora, se puso á dirigir sus súbditas con aquel tino y aquella cordura que estaban en su carácter, y sacaron las monjas el correspondiente fruto de su sábia direccion. Dos ó tres meses despues, volvió á Ávila el P. Visitador; visitó el monasterio de la Encarnacion; y lo halló tan decaido del espíritu de su vocacion, que creyó ser indispensable aplicar sin demora el remedio oportuno. Con esta intencion reunió los Defini-

dores del Capítulo de los PP. Carmelitas; consultó con ellos; les dió parte de lo que habia visto; les manifestó el parecer en que estaba de que habia necesidad y urgencia de remediar aquella casa, añadiendo que no creia equivocarse, diciendo que sólo Teresa con su direccion, prudencia, ejemplos y virtudes era capaz de obrar aquel prodigio de reforma; los PP. Definidores adhirieron á aquel dictámen, y con sus votos y la autoridad de que le habia revestido la Santa Sede, nombró á Teresa madre Priora del convento de la Encarnacion de Ávila, aunque sin obligacion de adoptar de nuevo la Regla mitigada que se seguia en aquel monasterio, separándose de la Regla primitiva que habia establecido y seguia.

No estaba en Ávila la Santa cuando se tomó aquella grave resolucion; estaba en Salamanca, y todo se habia pasado sin que lo supiera ni sospechara ella; mas no tardaron en notificárselo. En cuanto llegó á su noticia, nadie lo sintió tanto como ella, y mucho hubiera deseado no aceptar. Sin embargo, ántes de hacer acto de resistencia, lo consultó con el Señor, exponiéndole los motivos que la dictaban su repugnancia; pero Dios, que habia dirigido aquel negocio del modo más conducente á su gloria y al aprovechamiento de las monjas del convento de la Encarnacion, desvaneció sus dificultades y temores, diciéndola, como ella cuenta en las *Adiciones á la Vida*: « ¡Ó hija, hija, hermanas son mias

» estas de la Encarnacion, y te de-
» tienes! Pues ten ánimo, mira que
» lo quiero yo, y no es tan dificul-
» toso como te parece, y por donde
» piensas perderán estotras cosas,
» ganarán lo uno y lo otro; no re-
» sistas, que es grande mi poder. »
Con esto, conformándose con la voluntad expresa de Dios, cerró la boca; acató el mandato de sus prelados y obedeció.

En cuanto las monjas de la Encarnacion tuvieron noticia de la eleccion de Teresa por Priora de su convento, hubo mucho sentimiento y alboroto en aquella casa, por parte de algunas monjas, que con razon temian que no habia de tolerar tantos abusos como se consentian. No guardaban clausura; iban á visitar-

las muchas gentes de fuera; pasaban mucho tiempo en conversaciones, que no sólo las hacian perder inútilmente mucho tiempo, sino que acarreaban una disipacion y relajacion que no podia prescindirse de atajar y remediar para cortar y no dejar ir más adelante los inconvenientes que tantos abusos presentaban para la regularidad y observancia de la disciplina. Conocian el espíritu de Teresa, y así sabian de antemano que, en cuanto llegara, habia de prohibir tanta conversacion y libertad, cerrar locutorios y restablecer el silencio, el recogimiento y la tranquilidad interior. No era esto del gusto de las revoltosas; y así resolvieron no recibirla por prelada. Ademas, para salir más bien con la

suya, imploraron el apoyo y proteccion de muchos vecinos de Ávila, para que con su prestigio dieran á su resistencia la fuerza que no sentian ellas en sí. Súpolo la Santa; bien vió la pesada carga que iba á tomar, y las duras cruces que la estaban aguardando; mas, como veia ser voluntad de Dios, ni sabia lo que era desobedecer, cuando se trataba de cumplir una órden de sus superiores; y, por otra parte, tenia tanto amor á los trabajos, cerró los ojos y los oidos, y se fué donde la llamaba la obediencia. Con esta firme resolucion se marchó de Salamanca y se encaminó á Ávila. Llegó, y se disponia á presentarse al convento de la Encarnacion para encargarse de su gobierno, cuando el

P. Visitador (que regularmente no ignoraria lo que ocurria), temiendo que sería mal acogida, dispuso que fueran con ella el P. Provincial de la Órden y otro compañero suyo; y fué obedecido.

Así escoltada, se presentó al convento de la Encarnacion. El P. Provincial llamó las monjas; las juntó en Capítulo en el coro bajo del convento y las leyó las patentes, por medio de las cuales se las decia era elegida é iba á constituirse Teresa madre Priora del convento, segun la voluntad del P. Visitador y los PP. Definidores de su Capítulo. No fué suficiente un acto tan terminante é imperativo para cerrar la boca á las que, despues de haber hecho voto de obediencia, se erigian en

conjuradas, perturbadoras y alborotadoras. Muchas hubo que con tono de indignacion levantaron la voz en grito, y declararon paladinamente que ningun caso harian de las patentes y por ningun estilo se habian de someter; y hasta las hubo que no repararon en dirigir á la nueva electa palabras disonantes y descomedidas. No entraron en la conjuracion algunas monjas, (que eran las ménos, pero las más observantes y edificantes); y, tomando luégo la cruz, salieron á recibir á la Santa; y el P. Provincial y su compañero entraron á Teresa por fuerza, á pesar de la resistencia de las demas, y la pusieron en posesion de su nueva dignidad. Entónces estalló un espantoso tumulto, una cacofonia. Es-

taban las monjas divididas en dos bandos. Unas bendecian al Señor y cantaban el himno de accion de gracias; y otras se ahogaban en griterías y pestes contra su nueva prelada. Hubo, como es fácilmente de entender, una escena, un tumulto, cual no era de esperar, que puso sumamente disgustado al P. Provincial; y era de temer que no hubiese parado todo en esto, si no hubiera puesto su mano Dios. Pero poco á poco fueron calmándose los ánimos de las protervas; con su afabilidad, su paciencia y bondad se granjeó Teresa las voluntades hasta de las que más rebeldes y obstinadas se habian manifestado, al principio; y con su discrecion y cordura pudo llegar á restablecer el buen órden en aquel

convento, donde tan mal acogida habia sido. Pero es menester decir que dificil hubiera sido elegir otra superiora tan capaz de conciliarse los ánimos con tanto tacto, tanta blandura y benevolencia como Teresa. Jamas obraba por mero capricho; jamas mandaba sin dar ántes ejemplo; si alguna reprension tenia que hacer, echaba mano de cuantos lenitivos la inspiraba su inagotable é ingeniosa cristiana caridad. No habia medio de resistirla. Asi que, cuando hubieron concluido los tres años de su prelacía, se halló que tales habian sido los frutos de su buena y acertada administracion, que las mismas monjas que tanto habian temido su gobierno, fueron las que más procuraron inducirla á que no las dejara y se que-

dara con ellas. Mas no condescendió con sus ruegos é instancias; las monjas del convento de *San José* de la misma ciudad, que habia sido la cuna de la Reforma, la habian elegido por su madre Priora; y más bien quiso volverse á su querido monasterio, que quedarse en el de la Encarnacion. Por lo mismo fué por demas todo cuanto hicieron las monjas de este convento para decidirla á quedarse con ellas; y á su convento de *San José* se volvió, esperando gozar tranquilamente allí del fruto de sus trabajos, viajes y fatigas.

CAPÍTULO XIV

MUERTE DE LA SANTA

Mucho habia viajado Teresa, mucho la habian cansado tantos viajes; y, si no habian llegado á rendir su ánimo, á lo ménos experimentaba que las fuerzas de la naturaleza no llegaban á la altura de su valor. Se veia cansada y debilitada con tanto viajar y tanto trabajar. Á los cansancios de los viajes vinieron á unirse la edad y los achaques debidos á una vida tan activa, laboriosa y penitente; y, sin arredrar su ánimo, habian menoscabado su salud y debilitado sus fuerzas. Ciertos acci-

dentes la acarrearon nuevos dolores. En los últimos años de su vida, dió dos caidas, que la rompieron, cada vez, el brazo izquierdo; la primera en Ávila, el año 1578; la segunda en Villanueva de la Jara, el año 1580. No la fué menester poca fuerza de ánimo, cuando tuvo que sufrir los crueles dolores que la acarreó la operacion, cada vez que se trató de curarla. Nada pudo remediar enteramente el mal, por manera que se quedó estropeada y sin poder valerse de dicho brazo, miéntras vivió, de resultas del primer accidente que la sucedió, cayendo de lo alto de una escaléra. Estuvieron buscando mucho tiempo quien pudiera remediar aquella rotura; y, cuando la madre Priora de Medina la envió una mujer

muy périta en aquella especie de operaciones, estaba ya anudado el brazo.

No obstante sus dolencias, atendiendo más bien al provecho de su obra que al estado de su salud, emprendió un largo viaje en medio del invierno, con un tiempo muy lluvioso y por caminos no ménos ásperos; estuvo á pique de perecer en medio de las aguas; y, si salió salva, no fué sin grave detrimento de su pobre salud. Mas no con esto mudó su corazon. Algun tiempo despues, quiso ir tempranito á la iglesia, y en el camino habia en cierto paso estrecho un arroyuelo que tuvo que atravesar. Estaba allí en el acto una mujer, que, viéndola pobremente vestida, en vez de hacerla un poco de lugar, la dió un empujon, diciéndola:

« Pasa, si puedes; » la hizo caer en el barro, y la dejó en un lastimoso estado. Viendo esto las monjas que la acompañaban, se enojaron; y, como quisieran vengar á su santa Madre, las dijo ella con su acostumbrada benignidad: « Buena ocur-
» rencia ha tenido esta pobre mujer;
» perdonádla este á propósito. »

Iba acercándose su última hora. En 1582, fué á fundar un convento en Búrgos; y, hecha la fundacion, se habia puesto en camino para regresar á Ávila, cuando la atajó los pasos la obediencia, y la obligó á moderar el ardor con que deseaba volver á estar en su primero convento de monjas. Estaba en Medina del Campo el vicario provincial, F. Antonio de Jesus, prelado de la

Santa; y la duquesa de Alba, que la queria en extremo, escribió á aquel Padre, pidiéndole el obsequio de mandar á Teresa que, de paso para su convento, fuera á Alba á pasar algunos dias en aquella poblacion. Era una señora de prendas la duquesa, muy cristiana, muy piadosa; y así no quiso negarla esta gracia aquel prelado; y se lo prometió. Estaba en Medina, por donde debia pasar la Santa, esperando que llegara para ir con ella á cumplir la palabra que habia dado á la duquesa; y, en cuanto llegó, la hizo torcer el camino á la villa de Alba, á pesar de sus vivos deseos de reunirse otra vez con sus amadas hijas de Ávila. Llegaron á Alba, el dia de san Mateo del año 1582; y allí debian con-

cluir su carrera y su vida. Viajaba tan delicada, que se cayó desmayada en el camino; y, por colmo de desgracias, aunque iba tan cansada y con calentura, sucedió que en una casa, donde la pusieron y estuvo dos dias, no tuvo para comer más que unos higos, el primer dia, y unas berzas mal aderezadas, el dia siguiente. Tenia mucho sentimiento la hermana Ana de san Bartolomé[1], que la acompañaba, con ver que no tenía á la mano cosa más conveniente á su salud para ofrecerla á su bondadosa

---

[1] « La venerable Ana de san Bartolomé » era todavia jovencita cuando tomó el velo » en el convento de San José de Ávila. Fué » una de las primeras que abrazaron la Re- » forma, habiendo tenido lugar de conocer » con tiempo á Santa Teresa. Era una santa » doncella que con las luces de la fe se habia

Madre ; mas ella procuró consolarla, diciéndola : « No os aflijáis, hija » mia; muy buenos están estos hi- » gos ; ¡á cuántos pobrecillos hacen » falta para comer! »

» hecho superior á todas las consideraciones » humanas. Se habia desprendido cordial- » mente de todo lo que no fuese Dios, ó que, » á lo ménos, no tuviese relacion con Él. » Dada á la contemplacion, no perdonó medio » alguno para formar en si una imágen de la » santa Fundadora. Se aficionó á ella con » motivo de la grande analogia que entre las » dos habia. Despues de haber recibido su » último suspiro en el año 1582, fué llamada » á Francia con la madre Ana de Jesus; y lle- » garon á Paris en el año 1604. El venerable » Pedro de Bérulle, que con el tiempo fué » cardenal, la eligió por Priora del segundo » monasterio de monjas Carmelitas, que ha » habido en Francia, y se fundó en Pontoise. » El primero habia sido fundado en Paris en » el barrio de *Saint-Jacques*, algunos años » ántes. Habiendo sido la madre Ana llamada » á Flándes por el archiduque Alberto y la in-

Cuando hubo llegado á Alba, fué á pasar un rato con la duquesa; rehusó el alojamiento, que para ella habia mandado preparar aquella se-

---

» fanta Isabel, presidió la fundacion del con-
» vento de monjas Carmelitas de Ambéres en
» el año 1611, y murió en aquella ciudad con
» olor de santidad, el dia 7 de Junio del año
» 1626, teniendo setenta y seis años de edad y
» estando en el sesenta y sétimo año de su
» profesion[1]. El obispo de Ambéres aprobó
» varios milagros obrados por su intercesion
» despues de su muerte. Desde entónces la
» Santa Sede ha hecho verificar otros muchos
» por el obispo de Gante, y se ha enviado la
» sumaria á Roma. Los superiores de esta
» santa la mandaron que escribiera su vida,
» que fué impresa en Ambéres, el año 1646.
» Se volvió á imprimir en Brusélas, el año
» 1708, *in*-8°, con otra vida escrita por un
» autor anónimo. » (GODESCARD.)

[1] Segun pone aquí Godescard, Ana de san Bartolomé no hubiera tenido más que nueve años de edad cuando profesó, lo que no es fácil admitir. Más bien es de creer que haya en esto, ó error por parte de Godescard, ó falta de imprenta.

ñora y se fué derechito al convento, que allí habia fundado ya. Recibiéronla con imponderable gozo y respeto sus piadosas hijas; besáronla la mano; y ella las dió su bendicion, diciéndolas las palabras más cariñosas, que siempre tenia para ellas en su corazon. Como venia tan sumamente rendida, el P. Prior y las monjitas la instaron mucho para que fuera á acostarse, y ella obedeció, diciendo: « ¡Ó válame Dios, hijas, y qué can- » sada me siento! ¡mas ha de veinte » años que no me he acostado tan » temprano como ahora: bendito » sea Dios que he caido mala entre » ellas! » El dia siguiente, se levantó tempranito; oyó Misa; comulgó con mucha piedad y devocion, é hizo la visita del monasterio. Y asi

anduvo por espacio de ocho dias, cayendo y levantando, sin dejar por esto de rezar el Oficio divino, ni de comulgar, ni de hacer sus demas ejercicios y devociones con una verdadera piedad de ángel. Bien se esforzaba cuanto podia para disimular lo mucho que estaba padeciendo; pero no habia remedio, los síntomas más alarmantes daban á entender conocidamente el grave estado de su salud; no habia medio de ocultarlo. La señora duquesa iba á verla cada dia; y con sus propias manos la prestaba los servicios que pedia su desesperada situacion.

Finalmente, iba agravándose el mal, empeorando á cada minuto, y conoció ella que estaba cerca su última hora. El dia 30 de Setiembre,

fiesta del glorioso arcángel san Miguel, la sobrevino un flujo de sangre; y, despues de haber oido Misa y comulgado, se vió tan apretada de congojas, tan extenuada y tan rendida, que no pudo prescindir de ir á acostarse. Habia en el monasterio una enfermeria alta, que tenia una reja que daba á la capilla, y desde ella se veia el altar y podia oirse Misa. Pidió que la subieran á ella, y fué obedecida. Fué con ella su fiel compañera y querida hermana, la madre Ana de san Bartolomé, más bien para contentar su amistad y para dar gusto á la Comunidad que sabia cuánto la queria, que para cumplir con una obligacion; estuvo á su lado, sin que la pudieran apartar, ni de dia ni de noche. En medio

de sus gravísimos dolores, tuvo Teresa un arrobamiento, en el cual su divino Esposo la dió á entender que ya no estaba léjos la hora de su partida. Habia más de ocho años que el Señor la habia revelado el año en que debia morir, sin decirla el dia ni la hora; esta vez fué más explícito. Entónces, sabiéndolo á punto fijo, lo dijo á su amada hermana, que hacia con ella las veces de enfermera, añadiendo que no habia querido decírselo ántes por no darla un sentimiento. Desde aquel acto ningun caso hizo de las esperanzas que, con sinceridad ó sin ella, daban los médicos de su salud; y, desentendiéndose de las necesidades del cuerpo, sólo se ocupó de las necesidades del alma.

Llegó el dia primero de Octubre; y, despues de haber pasado toda la noche en fervorosa oracion, se puso á arreglar sus cosas, como si en breve tuviera que morir. La exhortaban á que pidiera á Dios que la alargara aún la vida, ignorando cuánto deseaba ella salir de este mundo para subir á la gloria; y ella respondia con la mayor humildad que para nada era necesaria su vida. Estaban al rededor de su lecho de muerte sus hermanitas, deshaciéndose en lágrimas y sollozos y dando las pruebas más manifiestas y evidentes de pesar y dolor; pero, en vez de dejarse enternecer, como hacia san Martin con los cordiales ruegos de sus discípulos que tanto sentian verle morir, sólo el porvenir

consideraba la moribunda y hablaba con teson el lenguaje de la fe. « Hijas » mias y señoras mias, las decia, » pidolas por el amor de Dios que » observen exactamente las Reglas » y las Constituciones de la Órden, » y que no tomen por dechado á » esta indigna pecadora, que está » para morir, sino que las guarden » con mas perfeccion y obedezcan » á sus superiores. Piénsen sola- » mente en perdonarla el mal ejem- » plo que las ha dado. » No se cansaba de repetirselo con gran fervor de espíritu. Ninguna de sus hijas tenia valor para responderla; sino que unas lloraban, otras gemian y suspiraban, y todas se compungian de ver la humildad de una Madre que tanto las habia edificado, y de

oirla tratarse como la mayor pecadora del mundo. Mandó, aquel mismo dia, llamar al P. Antonio de Jesus, que la habia acompañado á Alba y era su Confesor, para confesarse con él. Oyóla en Confesion aquel Padre; y, despues de haberla oido, la rogó tambien, como hacian las hermanas, que no los dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida más; á lo que respondió ella que no se cansaran en esto; que estaba ya cerca su partida; y para nada era ya menester ella en este mundo. Estando en estas pláticas, la dió una grande congoja, por manera que parecia que empezaba á levantársela el pecho. Mandaron llamar y vinieron sin demora los médicos; empleáronse remedios y más reme-

dios; pero ella se sonreia, dando á entender el ningun provecho que de ellos se habia de sacar. Echáronla unas ventosas sajadas, que ella consintió con gusto en que se las pusieran, por lo mucho que debian darla que sufrir, y por los deseos que tenia de no vivir sin padecer.

Iba haciendo rápidos progresos la enfermedad y acercándose á pasos agigantados la última hora de su vida; y asi, el dia tres de Octubre, vispera de san Francisco, pidió el sagrado Viático, y se lo llevaron. En cuanto vió ella entrar al Señor sacramentado, para recibirle con mayor respeto, á pesar de lo caida y moribunda que estaba, se incorporó en la cama sin ayuda de nadie; se la puso encendido y resplandeciente el

rostro; la salió una viva expresion de fe de los ojos; y, volviéndolos á Jesucristo, despidiendo centellas de amor por ellos, exclamó : « ¡Ó » amado Señor mio! ya, por fin, » llegó la hora que con tanto ardor » deseando estaba. Conque, tendré » la dicha de veros, y á Vos me » voy á ir. ¡Sea dichoso mi trán- » sito y cúmplase vuestra voluntad! » Llegó ya la hora de salir yo de » este destierro; y hallará mi alma » en vuestra presencia la dicha, que » era el objeto de sus largos y » ardientes votos. » Á eso de las nueve de la noche, pidió el sacramento de la Extremauncion, que recibió con grandes sentimientos de reverencia y piedad, respondiendo con mucha atencion á las oraciones

que se rezan en la administracion de aquel divino Sacramento. Concluida la ceremonia, habló un rato con ella el P. Antonio de Jesus, y la preguntó este dónde queria que se la diera sepultura, en caso de llevarla Dios de aquella enfermedad; y si gustaria que se condujera su cuerpo á su convento de Ávila, ó que se quedase en su convento de Alba. Se notó que no contaba la Santa con aquella pregunta; que la sentia; y respondió: « Pues, qué, ¿he de tener acaso yo » cosa alguna propia? ¿no me han » de dar un poco de tierra aqui? »

Se iba debilitando, á cada instante, la santa Madre; y, al paso que la iban abandonando sus fuerzas, subia de punto su fervor. Miéntras conservó el uso de la palabra, estuvo orando

y pidiendo perdon de sus culpas al Señor, como si no hubiera sido su vida más que un tejido de pecados. Se la oia repetir á menudo, como hacia san Agustin en el acto de pasar á mejor vida, algunos versos del Salmo *Miserere* de David, y especialmente el verso en que decia el profeta rey : « Al corazon contrito » y humillado no lo despreciarás, oh » Dios. » Duraron los dolores de la agonía hasta las siete de la mañana del dia siguiente, cuatro de Octubre, fiesta de san Francisco de Asis. En aquella hora, cansada con los esfuerzos de aquella suprema lucha, dejó caer la cabeza entre los brazos de la hermana Ana de san Bartolomé que la cuidaba, mirando dulcemente con sus ojos, que no estaban apa-

gados todavia, un Crucifijo que tenia en la mano (á la manera que pintan á Magdalena), sin que se la cayera, ni se lo pudieran arrancar hasta despues de haber muerto, cuando la quisieron enterrar. Catorce horas pasó en aquella postura, sin mover ni mano ni pié, hasta las nueve de la noche de aquel dia (4 de Octubre del año 1582), hora en que se quedó dormida con el sueño de la muerte, y voló á la gloria su alma para recibir la corona que á sus trabajos y virtudes tenia Dios preparada. Es notable aquella noche, porque fué cuando se puso en vigor el calendario gregoriano, quitando los diez dias que andaban de sobra y adelantados, por manera que el dia despues de la muerte de santa Teresa

se halló ser el 15, en vez de ser el 5 del mes, y ocupaba la Silla de san Pedro Gregorio XIII, y el trono de España, Felipe II.

En el acto de finar, tenia Teresa sesenta y siete años, seis meses y siete dias. Habia sido monja cuarenta y siete años, veinte y siete de los cuales habia pasado en el convento de la Encarnacion, y los otros veinte en la Reforma. No gravó la muerte en su frente las horrendas huellas de su paso; al contrário, se notó que habia remozado su semblante, cubriéndose su tez de un color fresco y rojo, y desapareciendo las arrugas de la vejez; y quedaron sus miembros tan flexibles, como si estuviera aún con vida. Ántes que espirara la Santa, la hermana Ana de san Barto-

lomé vió (como ella misma asegura) á Jesucristo á los piés de la cama, rodeado de gran resplandor y acompañado de un sinnúmero de ángeles, que estaban aguardando el alma de Teresa para llevarla á la gloria. En el acto de morir ella, vió una monja salir su alma de su boca en forma de una paloma de una admirable blancura; y otra monja vió, en el mismo acto, una estrella sobre la torre y campanario de la Iglesia, que eran muestras de la gloria y felicidad de que gozaba su alma. Habia allí cerca un árbol, que desde mucho tiempo estaba seco y casi enteramente cubierto de cal y escombros; pues, al contrário de lo que sucede en otoño, volvió á reverdecer y cubrirse de flores.

El dia siguiente, se hicieron con grande solemnidad sus funerales, y se dió sepultura á su cuerpo en la iglesia de las Carmelitas de Alba, en el hueco de una pared, entre las dos rejas del coro bajo. Alli estuvo hasta el año 1585, en que el Capitulo general de la Órden dispuso elevarlo de la tierra y conducirlo al convento de San José de Ávila, cabeza de la Reforma. Asi se hizo; pero no pudo hacerse con tanto silencio y de un modo tan secreto, que no llegara á noticia de la familia del duque de Alba. Informada esta del hecho, y pareciéndola que con aquella translacion habia la villa perdido un gran tesoro, el Prior, D. Fernando de Toledo, tio del duque D. Antonio Álvarez de Toledo, se resintió en

gran manera y tomó con empeño que habian de restituirse á Alba las cenizas de la Santa. Por consiguiente, despachó con diligencia á Roma para reclamarlas; y negoció tan bien este asunto, que el papa Sixto V, que ocupaba entónces la Silla de san Pedro, dirigió un mandato á su Nuncio en España, D. Camilo Gaetano, de que los PP. Carmelitas Descalzos volviesen luégo el cuerpo adonde lo habian tomado, y lo entregasen á la madre Priora y convento de monjas. Notificó este mandato el Nuncio á Fr. Nicolas María, que á la sazon era P. Provincial. Obedeció este sin demora; fué á Ávila; desde allí con mucho secreto envió al P. Juan Bautista, Prior de Pastrana, y al P. Nicolas de san Cirilo,

Prior de Mancera, para que sacasen el cuerpo de Ávila; y ellos lo hicieron así, y partieron luégo acompañando el santo cuerpo para Alba, donde llegaron el dia 23 de Agosto del año de 1588. Desde entónces hasta ahora ha estado siempre el cuerpo de la Santa en Alba, donde descansa en un suntuoso sepulcro, labrado todo de piedra de silleria. Cuando volvieron á levantar el cuerpo para esta nueva translacion, lo hallaron tan fresco, tan entero y flexible como estaba en el acto de morir.

No puede desearse, pedirse, ni hallarse cosa más auténtica, en punto á historia, que los hechos que sirvieron de fundamento para poner á Teresa en el catálogo de los santos. Hiciéronse con el más escrupuloso

cuidado las informaciones; personas muy respetables por su carácter atestiguaron, con fe de juramento, hechos que habian presenciado ellos, y pusieron su firma en los actos que contenian sus declaraciones ó atestiguaciones. Oyéronse muchos centenares de testigos, de la gente más grave y letrada de España; todas las ciudades, por donde habia pasado Teresa, se levantaron, por decirlo así, para declarar en favor de sus heroicas virtudes; y de muchos puntos de la Península se vieron llegar hombres muy calificados, gentes fidedignas para atestiguar los milagros que habia obrado Dios por medio de las venerables reliquias de su fiel y humilde sierva. Finalmente, el papa Paulo V la declaró *Beata*,

en 1614, y despues de él, su sucesor inmediato, el papa Gregorio XV, en 1621, concedió licencia para que se tributara culto público á santa Teresa, llamándola en su Bula de canonizacion *nueva Débora, suscitada en la Iglesia para hacer patente en ella la fuerza del Altísimo*. Clemente IX fué quien dispuso que se rezara de ella con Oficio de rito doble.

Por várias partes del mundo cristiano han sido distribuidas las reliquias de la ilustre Reformadora de la Órden de Nuestra Señora del Cármen. En Roma está un dedo indice de la mano de la Santa, en el convento de *Regina Cœli*. Las Carmelitas de Paris tienen otro dedo de santa Teresa, reliquias bastante con-

siderables de su carne, y ademas su manto que, en 1604, se llevaron seis monjas Carmelitas que de España pasaron á fundar el primer convento de Carmelitas Descalzas en Francia. Las Carmelitas de Brusélas tienen el quinto dedo y una clavícula de la Santa. Las hay tambien en Lisboa; pero, naturalmente, las más de ellas están en Ávila, donde se ve su suntuoso sepulcro, y en el monasterio de Alba de Tórmes, que aún conserva el cuerpo con el corazon y el brazo izquierdo. Está el corazon dentro de un globo de cristal transparente, y el brazo se conserva en un tubo de cristal espeso, pero igualmente transparente. El sepulcro de santa Teresa en Ávila es un gracioso monumento de mármol negro,

con algunos dorados y dos angelitos encima, uno de los cuales tiene en la mano un corazon encendido y un dardo; y el otro, una corona de flores.

La Reforma de santa Teresa, rápidamente propagada en España, tuvo luego conventos en Francia. Como hemos dicho ya, en 1604 pasaron á París seis Carmelitas Descalzas y fundaron el convento del arrabal *Saint-Jacques;* aquellas hijas de la penitencia hallaron las puertas abiertas en Pontoise, Dijon, Tours, Compiègne, Lyon, Reims y otras ciudades. Casi de todas las grandes familias de Francia salieron doncellas para alistarse en esta nueva familia: en ella buscaban la juventud y la hermosura un asilo; la des-

gracia, un refugio; la inocencia y la virtud, un amparo; y las culpas, un lugar de expiacion. Allí se vieron la piadosa señora Acarie, la marquesa de Bréauté, que habia enviudado en la flor de su edad, Luisa Séguier, la señora de Coudray, la señorita de Cossé-Brissac, Silvia de la Rochefoucauld. Más tarde figuraron otros nombres no ménos célebres, como la señora de la Vallière; y, despues de esta ilustre penitente, un ángel de piedad, Luisa de Francia.

FIN.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

DEDICATORIA. VII
PRÓLOGO. IX

Capítulos. Páginas.

I. — Siglo XVI. 1
II. — Nacimiento é infancia de santa Teresa. 11
III. — Muere Beatriz. — Empieza á relajarse Teresita. . . 29
IV. — Es puesta Teresa en un convento. — Cae enferma. — Recobra su antiguo fervor. 51
V. — Entra Teresa en Religion. — Cae enferma otra vez. — Sus grandes padecimientos. 71
VI. — Mejora la salud de Teresa. — Regresa á su convento. — Muere su padre. — Sus luchas para romper absolutamente con el mundo y darse á Dios. — La vence finalmente la gracia con leer las Confesiones de san Agustin. 99
VII. — Encendido amor de Teresa

Capítulos. Páginas.

por Dios. — Sus vehementes deseos de sufrir. 129
VIII. — Virtudes de la Santa : penitencia, obediencia, humildad, pobreza, castidad, paciencia y oracion. 165
IX. — Reforma. 203
X. — Constituciones 251
XI. — Trata Teresa de dar principio á su Reforma. — Dificultades y obstáculos que tiene que vencer. . 301
XII. — Fundaciones :
§ I. — Fundacion del convento de monjas de San José de Ávila 369
§ II. — Fundacion del convento de monjas de San José de Medina del Campo. . . . 435
§ III. — Fundacion del primer convento de frailes Carmelitas Descalzos de San José de Duruelo. 483
XIII. — Es Teresa elegida Madre Priora del convento de la Encarnacion de Ávila. . 517
XIV. — Muerte de la Santa. . . . 537

Paris. — Typ. Ch. Unsinger, 83, rue du Bac.

VIDA
DE
SANTA TERESA
DE JESUS

G 25361